

DEVENIR PERRA

Itziar Ziga



Devenir Perra

ITZIAR ZIGA

DEVENIR PERRA

Prólogo de Virginie Despentes y Beatriz Preciado

Fotografías de Mònica Barrero y Erika Gasparini

UHF

© Itziar Ziga, 2009

© Del prólogo: Virginie Despentes y Beatriz Preciado

© Editorial Melusina, s.l.
www.melusina.com

Diseño gráfico: Iván Lozano

Fotografía de cubierta: Mònica Barrero

Primera edición, 2009

Primera reimpresión, 2010

Segunda reimpresión, 2011

Reservados todos los derechos

Fotocomposición: Víctor Igual, s.l.

Impresión: Romanyà Valls, s.a.

ISBN-13: 978-84-96614-69-7

Depósito legal: B.35.093-2011

Impreso en España

*A mi madre, que venía a buscarme al colegio
erguida en sus tacones nueve centímetros parabellum.*

CONTENIDO

PRÓLOGO DE VIRGINIE DESPENTES Y BEATRIZ PRECIADO 7

ADVERTENCIAS 15

ME GUSTA SER UNA ZORRA:
LA CONSTRUCCIÓN DESDE EL PLACER 21

ÉSA NO SOY YO:
IMPOSTANDO EL FEMINISMO Y LA FEMINIDAD 37

PERLAS ENSANGRENTADAS:
MANADA FRENTE A LA VIOLENCIA 57

LA BOA DE PLUMAS COMO RESISTENCIA 75

CON P DE PUTA (PERRA) 93

COMO LA FALSA MONEDA... ESTAFA AL PATRIARCADO 119

HIJABS Y MINIFALDAS: TANTO ESCÁNDALO POR TAN POCA TELA	139
ODA AL COÑO DE ANNIE SPRINKLE	159
GLOSARIO DE PERRAS	163
CONTRA-AGRADECIMIENTOS	167
AGRADECIMIENTOS	169
BIBLIOGRAFÍA	171
CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS	175

Prólogo

Chubasquero rosa. Vestido escotado de muselina negra con un descosido en el hombro. Uñas cortas pero pintadas. Pelo largo, extensiones, pelo corto. Pelo oscuro. Teñido de rojo, de rubio. Peluca fucsia. Una inteligencia sólo comparable a su capacidad de seducción. Una resistencia frente al abuso sólo comparable a su capacidad de montar orgías. Un bolso-caniche, donde están los rizos se abre una cremallera de la que sale un monedero de lunares y el último folleto de las jornadas transmaricaputabollo. Purpurina azul sobre los párpados. Sorbijas con diamantes de plástico. Recuperación. Acumulación. Resignificación. Un programa para devenir-perra.

Itziar Ziga conoce la ciudad como la conocen los que viven siempre fuera. Pasa por las calles como si le pertenecieran. Zapatos de princesita, pero con las suelas desgastadas. Se nota que ha hecho todos los trayectos de noche como de día, alerta como colocada, con los ojos llenos de lágrimas o de rabia, en grupo, en pareja, en trío, sola, pero siempre parte de la manda. Mujer de exterior, chica de bar, buscona de librerías y co-

rredora de manifestaciones. Itziar Ziga es un turmo-mix político-cultural: el campo y la ciudad, su madre y sus colegas, Euskalerria y Catalunya, la copla y el feminismo iraquí, Judith Butler y Manuela Trasobares, la teoría *queer* y los talleres de pantojismo, la cultura trans y las abuelas putas, Alaska y Benedetti, santa Águeda y la Dulce Neus.

Itziar Ziga es una *drag-bitch*, una perra travesti, una bio-mujer capaz de producir una versión putón de la feminidad no ya como artificio teatral (¡bastante caro les cuesta el teatrillo a otras!) sino como estrategia de lucha guerrillera. Pero no se nace perra, se llega a serlo. Se trata de una feminidad reciclada donde no queda nada ni bio ni crudo, donde todo ha sido ya cocido por no decir vomitado, una feminidad hecha con los detritus de género que quedan en el basurero de la heterosexualidad normativa o con los invendibles del merchandising del todo a un euro del kiosko del patriarcado.

Aquellos que siempre han afirmado que no había ni políticas ni estéticas *camp* que vinieran de la cultura feminista o lesbiana (excepto de la subversión de género que proponen las mari-machos y las *drag kings*) deberán recoger sus caducas etiquetas y crear un nuevo concepto si quieren entender el desafío que *Devenir Perra* propone.

En la basura del hetero-capital recupera Itziar Ziga la boa de plumas radioactivas, el vestido roto de flamenca que recuerda al que un día llevaba Ocaña para caminar por las Ramblas, el tacón alto pero ancho de puta corredora de calles e incluso el polvo de lujo y las botellas de Xibeca. Itziar Ziga inventa un modo a través del que las ratas de barrio bajo y gustos perversos, esas que han sido

históricamente excluidas de los circuitos de poder (al que sólo se accede desde la heterosexualidad blanca de clase media), intervienen en los procesos de producción de significado introduciendo sus propios códigos. El glamour basurero de las perras sin trabajo y sin perspectivas de tenerlo se revela contra las nuevas formas de sumisión social que derivan del imperativo del mercado. Itziar Ziga y sus colegas perras afirman que hay vida inteligente más allá del hetero-planeta de la dieta milagro y del lavavajillas que deja impecable el *tupperware*, pero también más allá de la mujer liberada y de la igualdad de género, más allá del gay reconvertido en jefe de sección y de la lesbiana discreta y labradora. Las perras se ríen de los códigos de los ricos (¿ahora nuevos pobres?), de sus bolsos de Prada medio vacíos y de sus caras de susto frente a la crisis. Las perras se lo montan con la crisis, porque la crisis es el único modo de vida que conocen.

Lo que singulariza la escritura de Itziar Ziga, al mismo tiempo colectiva y radicalmente personal, no tiene que ver con haber nacido mujer u hombre, sino con provenir de los ámbitos en los que tradicionalmente no se escribe. Escritura-perra: lengua precisa formada por la práctica del periodismo, al mismo tiempo que lengua política, pero también lengua lasciva. Este libro se revela frente a la tradición que hace que el poder de la publicación escrita siga estando detentado por una clase privilegiada, una comunidad cerrada que está autorizada a expresarse. Pero también frente al proceso de producción de hegemonías a través de la exclusión discursiva que se operó dentro del propio movimiento feminista. La escritura de Itziar Ziga surge de la periferia de la gran ciudad, de los bloques de Rentería, de la periferia del lenguaje universitario, pero también de la periferia del feminismo.

De las periferias vienen las manadas. Cuando la feminidad se construye en manada, se convierte en una feminidad subversiva. Una perra sola es una perra muerta, una manada es un comando político. Las perras no se ocupan de la cocina ni de vigilar a los niños de la patria. En manada, cada perra es capaz de morder, de organizarse para vivir fuera del hogar. Las perras de Itziar Ziga son animales fronterizos, zorras transnacionales o bollos sin papeles para los que el glamour de basurero es una forma de resistir frente a las construcciones normativas de género, clase, sexualidad o pertenencia nacional. La manada no es ni la comunidad, ni el gueto, ni el partido político. En la manada de perras no hay ley de género ni de identidad sexual, no valen más los tacones que los bigotes (ni bio ni pegados con cola). Y como la manada es una máquina colectiva de follar que sirve para resistir y para inventar otras formas de placer también entran en ella los chicos trans y las camioneras más austeras.

Escritura-perra. Pero también escritura-manada. Como si se tratara de un album de hip-hop, Itziar Ziga se marca un solo entrecortado por las voces de perras-estrella, desplazando los géneros de la sociología y de la antropología para inventar un feminismo chucos y sin collar. Palabras metralleta que abren un pasillo por el que corren, por no decir saltan, todas las figuras de feminidad que habitualmente han sido designadas como víctimas: mujeres con velo, con cabezas rapadas, violadas, mujeres transexuales, mujeres cubiertas de moratones, trabajadoras sexuales, ninfómanas... Las que aquí hablan son perras sabias: a diferencia de los pioneros del activismo travesti y marica-basurero del inmediato posfranquismo para quienes la precariedad económica se veía incrementada por una

fuerte exclusión cultural, las perras de Itziar Ziga coleccionan diplomas universitarios (inútiles para el mercado de trabajo, pero eficaces como forma de acceso a formas de poder que derivan del conocimiento), hablan varios idiomas y han penetrado (en todos los sentidos del término) las comunidades *queer* de varios continentes.

Para todos aquellos que todavía no hayan tenido la suerte de encontrar a Itziar Ziga en su camino, este libro les aproximará a la vena más licántropa del activismo feminista contemporáneo. Y quizás mordidos por sus palabras ustedes mismos devendrán perras.

VIRGINIE DESPENTES y BEATRIZ PRECIADO
(Setter Francés y Bulldog Sin Tierra)

«...y con la Fusta en la mano, pidió a sus Cachorrillas
que la siguieran por el Camino del Destino
hasta que crecieran y se convirtieran en Perras de Pura Sangre,
Perras de Caza con la seguridad en la Punta del Rabo.»

El almanaque de las mujeres
Djuna Barnes

Advertencias

Antes de nada quiero advertirlo. A pesar de que mi madre y el Ministerio de Educación creyeron en mí y me pagaron la carrera de periodismo, esté donde esté me expreso como un camionero atascado en la M-30. Es superior a mí. Como excusa, argumento que me crié en un barrio de bloques, en una época en la que las criaturas campábamos a nuestro aire por las calles sin actividades extraescolares y sin miedo a los pederastas.

Nunca he pasado por buena. Ésa ha sido una batalla perdida de antemano que jamás me intereso librar. Ya de canija era demasiado contestona y me gustaba decir la mía más de lo aconsejable para las buenas chicas. Mi padre me lo repetía mil veces: desde que me vio recién nacida supo que iba a darle problemas. Y vaya si se los di. Aunque no tuve otro remedio que aguantarla, nunca acepté su violencia contra nosotras.

Ya nací en guerra con el orden patriarcal que amenazaba mi vida y la de todas las mujeres: sólo podía ser feminista.

Cuando mis tetas empezaron a despuntar en aquella masa de carne inocente y caté las mieles del pecado, tampoco quise conformarme con el roce de un solo cuerpo. Siempre me ha

gustado cómo suena la palabra *puta*. Así que mis novios también me llamaban mala. Después descubrí los cuerpos de mis amigas. Y todavía fui peor.

Esta precoz tendencia mía a no encajar en lo que se esperaba de una buena chica supuso una revelación. Nunca iba a ser feliz conformándome a los límites de la feminidad. Tenía que reventarlos. Como no se me dan bien las líneas rectas, me he perdido mucho para llegar a donde estoy. Pero ahora publico un libro sobre putas feministas; y ya nadie me va a mandar callar. (Otra ventaja de ganarse la vida como camarera, además del alcohol gratis, es que no necesito prostituirme cuando escribo.)

Me interesa desde dónde y para qué muchas mujeres feministas nos calzamos el disfraz de puta (desarrollemos o no un trabajo sexual remunerado). Desde la poderosa reapropiación del insulto. Desde la asunción de que a todas las mujeres se nos trata en algún o muchos momentos como a parias abordables sexualmente. Desde la resistencia diaria a deshacernos de minifaldas y corsés para ser tomadas en serio o para pasar desapercibidas. Desde la construcción placentera de nuestro personaje social.

«He aceptado la pureza como la peor de las perversiones.» Estas palabras de Marguerite Yourcenar me persiguen, se repiten en mi cabeza como un rezo. La verdad objetiva siempre es la versión del poder. Y yo escribo desde los márgenes, desde las alcantarillas del sexo. Desde el activismo y desde la rabia de género y de clase, como mujer mala y como pobre.

Este es un tratado de amor. Y también de revancha. Las perros de las que hablo son mis amigas. Hubo infinitas horas de charla previas a las entrevistas de este libro. Las adoro y voy a retratarlas como las siento. Para mí son diosas lubrificas. Mi voz

se confundirá con las suyas y con las de tantas otras que llegaron a mí a través del activismo, de mis reportajes periodísticos, de los trabajos, de las noches de ronda, de los libros, de los recuerdos ajenos que hago míos, de las pantallas, de los vientos extraños. No creo en el sujeto, no creo en la persona, no creo en mi voz.

Abogo desde aquí por la discordancia de género como mecanismo de sabotaje sexual y lingüístico. Nunca me ha salido del coño generalizar en masculino, pero tampoco quiero entorpecer mi narración con tediosas *as/os* o arrobas o estrellitas. La segregación biológico-social de género es para mí cada vez más turbia. Ya no sé lo que es una mujer, ni me interesa. A mi abuela Susana Goikoetxea, que tiene ahora noventa y ocho años, lo primero que le patinó cuando empezó a perder las conexiones con su entorno fue el concepto establecido de género. Nos hablaba a nosotras en masculino y lo mezclaba todo. *Aupa, amona*, por fin te has librado del lenguaje simbólico que te destinó a ti y a todas las mujeres a servir en la casta inferior.

Pues lo dicho, seguiré la rebeldía senil de mi *amoná* Susana y no suscribiré la lógica semántico-sexual que nos ha puteado a ella, a mí, a ellos, a todas. Como anunciaba al principio, por supervivencia no me quedó otro camino que ser feminista. Además descubrí que se estaba muy bien merodeando por estos parajes de la feminidad proscrita. Y mientras autonombrazarse feminista siga teniendo tan mala prensa, insistiré en ello. Lo digo tanto por los cortos de mente alérgicos a todo lo que huele a denuncia del sexism o como por las feministas decentes que se ofenden cuando una zorra como yo se confiesa como tal.

También recuerdo a un novio estilo talibán que tuve —los mentecatos no sólo salen con las otras—. Cuando vio claro

que ya me había cansado de nuestra asfixiante burbuja, acusó a mi amiga perra Bego de ser una feminista radical y de estar malmetiendo contra él. No pude reprimir la carcajada: feminista radical, y lo dices como insulto. Ella y yo todavía nos morimos de risa al recordar aquel episodio y lo bobo que era el pobre.

Por cierto, ésta es otra advertencia: soy radical. Radical se dice de quien busca la raíz de las cosas. Así que no ser radical es ser, como poco, superficial y, en realidad, estúpida. A pesar de lo que digan los telediarios.

Una de las acusaciones más habituales con las que se nos suele menospreciar a las feministas es la cantinela de que odiamos a los hombres. En mi caso, nada más lejos de la realidad. A mí me encantan los hombres. A quien no soporto es a los machos. Tengo muchos más amigos hombres que la mayor parte de imbéciles que me han señalado a lo largo de mi vida como antihombres. Y el feminismo ha sido precisamente el discurso vital que ha permitido que me cure las heridas abiertas por la brutalidad de los machos y me alíe con los hombres. Transformar esta pesadilla en mi mundo habitable.

Respecto a los machos, a los hombres que se creyeron el cuento de ser hombres, nunca me cansaré de repetir las palabras de mi perra amiga Virginie Despentes en su explosiva *Teoría King Kong*. «Cuando defendéis vuestros derechos masculinos, sois como los empleados de un gran hotel que se creen los propietarios de la finca... siervos arrogantes, eso es lo que sois.»

Ah, se me olvidaba. Ya sea por temperamento, por las hormonas endógenas y sintéticas que me revolucionan a cada rato, por mi afición al *gin-tonic*, por mi horóscopo maya o por haber transitado mi infancia en aquella Rentería de los

años ochenta que llamaban Beirut, soy exaltada, incendiaria y majara.

Por tanto y recapitulando: soy una zorra vasca feminista radical malhablada panfletaria. Antes de que lo escupa nadie, ya lo he dicho yo.

Me gusta ser una zorra: la construcción desde el placer

Dama, dama que hace lo que le viene en gana...

Cecilia

La mañana del sábado 16 de abril de 1983, cuatro chicas vascas de estética punk se retuercen en las pantallas domésticas de Televisión Española, la emisora estatal y única que había entonces. El programa musical *Caja de ritmos*, dirigido por Carlos Tena, emite varios vídeos de la creciente escena punk rock bilbaína, entre ellos «Me gusta ser una zorra», del grupo Las Vulpess. «Si tú me vienes hablando de amor, qué dura es la vida, cual caballo me guía, permíteme que te dé mi opinión, mira imbécil, que te den por culo. Me gusta ser una zorra... Prefiero masturbarme sola en la cama, antes que acosarme con quien me hable del mañana, prefiero joder con ejecutivos, que te dan la pasta y luego vas al olvido. Me gusta ser una zorra...»

Quince días después, el diario *ABC* publica la letra y clama castigo para las zorras y quienes han osado mostrarlas. Carlos Tena dimite, el programa recibe una querella del fiscal general del Estado por escándalo público y Las Vulpess no salen de su

asombro. Loles Vázquez, la autora de la mítica letra, asegura que en la redacción de *ABC* debieron pegarse horas visionando la cinta para desentrañar las palabras de una grabación tan ruidosa. Son muy morbosos los guardianes de la moral y las buenas costumbres.

De todas las canciones punk e indecentes de aquellos años de explosión pos-franquista, «Me gusta ser una zorra» fue, sin duda, la más perseguida y castigada. «Era un país muy machista, la Polla Records cantaban también con tacos y no estaban tan mal vistos», afirma Loles, la fundadora de la banda. En sus conciertos, recibían los insultos y los gritos guarros del público masculino, ya fueran bien vestidos o macarras, y ellas respondían sin tregua. La de Las Vulpess fue una corta carrera llena de sobresaltos, una noche fueron a Burgos de concierto y se encontraron con una audiencia exclusiva de militares que esperaban un *striptease*.

Han pasado veinticinco años desde entonces, pero yo sigo echando de menos a zorras que se autonombren en espacios normativos. Para la opinión publicada, sólo se puede ser puta, perra o zorra cuando otro lo dice, no cuando una lo exclama. Por eso molestaron tanto Las Vulpess. Ellas cantaban en primera persona: me gusta ser una zorra. No «me gusta ser tu zorra» o «me gusta ser una zorra porque a ti te gusta». Este libro podría llamarse como la canción de Las Vulpess. Yo tenía nueve años cuando a ellas las insultaban y perseguían por declararse zorras pero algo debió de calarme dentro porque jamás he pretendido hacerme pasar por buena y decente. Y me desaté por dentro cuando berreo con ellas: me gusta ser una zorra.

Tras la lectura voraz de *Transgresoras, las mujeres que cambiaron su mundo*, de Alaska, una tarde desolada de noviembre en 2003, empecé a darle vueltas a la idea de investigar sobre la feminidad que otras amigas mías y yo encarnábamos, sobre si existía la fórmula de una feminidad extrema y antipatriarcal. Alaska dice: «Si no se nace mujer, ¿cómo se llega a serlo? ¿Cómo es el mecanismo a través del cual construimos el género? La hiperfeminidad exhibida por travestis y transexuales ha permitido analizar la construcción del hecho que supone representar una mujer».

Para mí *Transgresoras* es todo un tratado de empoderamiento y es el origen de *Devenir perra*. Una lucecita se me encendió aquella tarde oscura. En la primera página tenía todavía los ojos inundados por la tristeza de un abandono; al concluir el libro, ya ni recordaba el nombre de mi amor perdido y nada podía borrarme la sonrisa.

Me decidí: quería investigar la feminidad exaltada que se reproducía en mi entorno de feministas, maricas, bollerías, transexuales, travestis, heteroinsumisas y demás, aquí en esta Barcelona bastarda a la que pertenezco desde hace nueve años. Recuerdo perfectamente el día en que hablé de mi proyecto con Beatriz Preciado. Me animó muchísimo, me dijo que el fotógrafo y activista trans Del Volcano estaba retratando a *high femmes*.¹ Y yo pensé: coño, si Del, que es un genio, que es pionero en nuestras representaciones torcidas, considera que

1. Hace un año tuve el honor de ser retratada por Del Volcano para el libro que acaba de publicar junto a Ulrika Dahl *Femmes of Power* y de colaborar con un texto mío. Ya no me siento tan marciana.

existen feminidades subversivas, entonces no ando tan desencaminada.

Digo esto porque yo, como todas las perras a las que he entrevistado para este libro, tengo una segunda madre que se llama feminismo. Y en mi caso, os aseguro que es más exigente que la madre biológica; las feministas, no sin razón, tenemos alergia a la palabra feminidad. Pero yo pensaba: no vale, a mí me pierde la purpurina, el color fucsia, las plumas, las tiaras de *miss* de plástico... Lo he intentado, hermanas, lo sabéis, he intentado ser un poquito más camión, menos petarda, más discreta, pero no puedo, es superior a mí. Yo soy como la gran Manuela Trasobares (artista, soprano y primera concejala transexual de nuestra historia) y grito con ella: «¿Por qué no vestirse una mujer con toda su luxuria, por qué no?».

A lo largo de la escritura de este libro, he dudado mucho. Supongo que eso es inevitable. Escribir, y más en primera persona, es un ejercicio de *striptease* íntimo a veces autocomplaciente y a menudo torturador. Pero creo que hay que interrogar a las dudas e inquietudes acerca de su origen. ¿De dónde vienes a importunarme esta noche, bonita? He sentido en varios tramos del proceso creativo que deseaba justificar ante mí misma la elección de un tema de estudio tan minusvalorado y aparentemente trivial. El disfraz de puta, vaya asunto. (Alguien me dijo: ¿por qué no investigas la masculinidad, que está más de moda? No te jode. ¿Por qué no la investigas tú?)

He comprendido que la misoginia habita latente, muy adentro. Más incrustada de lo que yo me atrevía a vislumbrar. Incluso en mis entrañas de feminista que le gusta vestirse como una puta. Al final este libro se ha convertido en un ejercicio de anclaje en mí misma. Cuatro años después de empezar la transcripción del ladrido de las perras, cuando los infa-

mes discursos abolicionistas de la prostitución de las feministas liberales y decentes se vociferan más que nunca, siento nuestra feminidad exaltada, paródica y sucia más ligera, más potente, más necesaria.

Casting de perras

Sabía que quería escribir sobre feminidades de rimel corrido y que me apetecía un retrato colectivo. Desde el principio pensé en varias amigas mías a las que quería entrevistar, todas ellas exaltadamente femeninas y feministas. A medida que empezaba las entrevistas, me emocionaba más, pensaba en nuevas candidatas y veía más claro que, de alguna manera, esto tenía que salir, tenía que explicarse. Éste es un tratado de amor, como advertía al principio. Mis perras son mis amigas, ya las conocía de antes, las adoro, las idealizo, comparto sus luchas, creo que he llorado de emoción y de risa transcribiendo cada una de sus entrevistas. No pretendo legitimarme con la más mínima validez sociológica ni antropológica y me ofendería que alguien lo hiciera. Mi metodología es la pasión, la euforia y la rabia. Este libro es un ejercicio de visibilización lúdica y política, punto.

Algo que tenía claro desde el principio es que no iba a reducirme a la feminidad exhibida por lo que se entiende biosocialmente como mujer. Me perdería mucho, y además, para mí ya no tiene ningún sentido ese doloroso corte en dos mitades que tanto necesita el patriarcado capitalista para seguir reproduciéndose y esclavizándonos (a todos, a todas). Las que ladramos en este libro, podemos tener coño, hecho carne en el vientre de nuestra madre o en una mesa de operaciones. No

nos faltan pollas, algunas de plástico aguardan su momento siempre empalmadas en la mesilla de noche. Pero no hay duda de que sea lo que sea lo que palpitar entre nuestras piernas, ni nos aglutina ni nos separa.

Quiero reflexionar sobre feminidades espectaculares, paródicas, radicales, insurgentes, pero no adscribo irremisiblemente esas mutaciones de la feminidad al concepto biopolítico mujer. Algunas de las que hablo fuimos identificadas en el paritorio por la autoridad médica —tras echar un fugaz vistazo a los pliegues de nuestra entrepierna— como mujeres. Otras, cuyos precoces bultitos fueron certificados varoniles al nacer, iniciaron desde niñas toda una guerra contra su entorno para que las dejaran desarrollarse como lo que sabían que eran: mujeres. Otras se nombran indistintamente en masculino y femenino; salen un día a la calle con vaqueros, gorra y barba incipiente y otro día con pelucón, taconazos y denso maquillaje. Todas sabemos de la artificialidad del sexo y del género, por eso jugamos con la feminidad. Y aquí concluyo con unas palabras de Alaska que completan la imprescindible sentencia que Simone de Beauvoir formuló en *El segundo sexo* hace sesenta años: «No sólo no se nace mujer, sino que, de alguna manera nunca se llega a serlo».

Deliberadamente he decidido no acompañar sus nombres de las etiquetas con las que socialmente se necesita comprendernos. Hace pocas semanas al calor de unos *gin-tonics*, una de ellas me pidió que no la identificara como trans. Me dijo que estaba harta de que las miradas ajenas —incluso las de sus compañeras, ellas más que nadie— la resituasen continuamente como transexual. Que lo primero que aclarasen de ella es que no nació con lo que se supone que tiene que nacer una mujer. Que esta circunstancia de su trayectoria vital se anticipara a todas las demás y eclipsara otras luchas que ella considera más suyas.

Sin embargo, por convención social a Majo, otra de mis perras, la identidad de mujer le corresponde legítimamente por diagnóstico médico, por tener entre las piernas exactamente lo que debe tener una hembra humana. Pero ella asegura que en su adolescencia comenzó a transexualizarse como mujer porque eligió voluntariamente representar la feminidad impuesta, aunque en versión pervertida, socavando toda la decencia y la sumisión que nos cuelan con el lote de la feminidad.

Por tanto, mis perras son mujeres trans y bio; son bollerías, heteras insumisas, omnívoras; son chicas todo el rato, travestis, maricas; la más joven tiene veinte años y la mayor sesenta y tres; son trabajadoras sexuales, estudiantes, jubiladas, camareras, profesoras, supervagás... Y yo, a cada rato, tengo más ganas de ponerme en manada a ladrar con ellas por las esquinas.

Aclaro que no estoy hablando de comunidad perra alguna, compartimos espacios y afectos pero no estamos ni deseamos estar aglutinadas en torno a nuestra hiperfeminidad. En nuestro zoológico hay otros muchos animalillos de distinto pelaje con los que jugar. Tampoco ninguna de nosotras va día y noche por ahí eternamente maquillada y divina. Aquel espacio fantasmal que hace diez años me parecía inhabitable hoy es mi hermosa pecera en Barcelona.

Aquí y ahora

El pasado 23 de mayo estuvo la teórica y activista *drag king* Judith Halberstam en el MACBA para presentar la edición castellana de *Masculinidad femenina*. Yo no pude asistir porque a las camareras tienen la mala costumbre de hacernos trabajar los viernes por la noche. De eso hablaré más tarde, de la cons-

trucción de nuestras feminidades espectaculares desde la precariedad. Cuando terminé mi trabajo, corrí a La bata de Boatiné —nuestro antro de perversión— a encontrarme con mis amigas para escuchar sus relatos. Estaban sobreexcitadas, fuera de sí. De lo que no pude oír de Halberstam pero me contaron me emocionan muchas cosas. Una de ellas es la certeza de pertenecer a una comunidad de extraviadas que ayer y hoy nos hemos hecho, no sólo posibles sino hasta felices, a pesar de toda la represión, toda la violencia, todo el ocultamiento que el orden heteropatriarcal nos viene dispensando. En esa comunidad me siento aquí y ahora.

Algo debe de quedar en Barcelona de tanta insurgencia anticlerical, obrera, anarquista y cabaretera impregnado en sus calles, latente. Aquí nos hemos encontrado las perras (excepto Begoña que es mi amiga y hermana desde los trece años y que vive ahora en Madrid). A pesar de que esta ciudad cada día se parece más a un gran parque de atracciones panóptico para turistas y gente *fashion*, a pesar de que las que no encajamos en ese modelo de consumidoras de élite lo tenemos cada vez más crudo para vivir aquí. Algo debe de prevalecer de la Barcelona rebelde, porque en sus antros y arrabales hemos fundado nuestra manada. Algunas de mis perras son catalanas, otras llegamos aquí desde Argentina, Canadá, Portugal, Galicia, Madrid y Navarra con parecidas ansias emancipatorias.

Clase y género

Me sitúo deliberadamente desde el género y desde la clase, las dos rebeliones que me atraviesan. Tan sólo dos veces me ha sucedido adentrarme en una sala y escuchar allí algo que con-

siguiera anclar mi vida en una encrucijada política sin marcha atrás. La primera ocurrió durante mi carrera de periodismo, tenía diecinueve años y acudía sin excepción a las clases de un profesor de economía marxista e incendiario que mantuvo nuestras mentes espongiarias cautivadas durante todo el curso. Aquella mañana, Antxon Mendizabal desentrañó en una sola hora los entresijos del perverso imperialismo de la estructura económica mundial ante mis ojos.

Todo lo que alcance a entender de la destrucción y el genocidio permanentes en que está sumido este planeta se lo debo a la claridad y la rabia de aquel agitador en aquella hora. Desde entonces, cuando me hablan de hambre, de emigración, de narcotráfico, de prostitución, de lo que sea, reconozco el marco de relaciones de poder económicas en el que debo encajarlo para no caer en las trampas de los discursos hegemónicos. Sé situar las controversias feministas en un lugar que no sólo atienda al género y condene mi análisis a un cómodo callejón sin salida. Y discrimino mis alianzas políticas. Sin esta furia de clase, el aguerrido activista marica Eugeni Rodríguez no sería mi imprescindible compañero de lucha.

La otra hora bruja en la que sufri una revelación se la debo a Beatriz Preciado. La primera vez que escuché su arrebatado discurso dinamitando todas las verdades del sexo y del género, me sentí explotar por dentro. Casi todo lo que siempre había aceptado como bueno, reventó. Fui más allá de donde el feminismo mamado hasta entonces me había llevado nunca. Ya no podía creer que existiesen ni mujeres ni hombres, ni xx, ni xy, ni pollas, ni coños, ni naturaleza, ni ciencia. Fue un exorcismo: me liberé de seguir asumiendo todos los discursos que me habían domesticado por ser identificada como ejemplar

del sexo femenino. Desde entonces, ya sólo afirmo que soy mujer por diagnóstico médico y por estrategia política.

El feminismo sin perspectiva de clase es blanco y burgués (sólo omiten los referentes materiales aquellas que ya están situadas en una posición cómoda, las pobres no olvidamos ni por un instante lo que nos cuesta mantener nuestra escasez). Y sin noción crítica del sexo y del género el feminismo es esencialista y tránsfobo, comulga de alguna manera con toda la violencia a través de la que se nos sigue tratando de moldear como hombres o mujeres.

Puta (y) feminista

De cualquier manera, y aunque me partiría la cara con muchas mujeres que han terminado hallando su cota de poder dentro del feminismo institucionalizado a costa de las desheredadas (entre las que me encuentro), siempre me definiré como feminista. Me da mucho morbo porque tiene tan mala fama como llamarse a una misma puta. Y hace ya años me cansé de discutir la validez del feminismo con gente que no tiene la más mínima idea del tema. Es demasiado común y baldío.

No quiero recordar qué impresentable novio de una amiga mía empezó una apacible tarde con la dichosa cantinela: «El feminismo es como el machismo pero al revés». Lo juro, nunca me han propuesto un argumento más complejo ni documentado, ni siquiera distinto, para emprender este debate. Incluso muchos compañeros de la Facultad de Periodismo no eran capaces de darle ni media vuelta más al asunto, así está el patio informativo. Son como clones. De paso apunto que a es-

tos soporíferos interlocutores —aquí el masculino es eso, masculino— en ninguna otra ocasión se les suele escuchar queja alguna sobre ese machismo que sólo parecen rechazar para atacarnos a las feministas.

Aquella lejana tarde estival, mi amiga y yo charlábamos de forma distendida sobre mil y una cosas. El deseo de continuar disfrutando sin sobresaltos debió agudizarme el ingenio. Para neutralizar la intentona de boicot de su pesado novio, ideé una respuesta que nunca más me ha fallado. (Hay demasiadas tardes encantadoras, demasiadas amigas inteligentes y demasiados consortes gilipollas). Sólo tenéis que dirigirle a él estas preguntas:

—¿Conoces las actividades y el discurso de algún grupo feminista?, ¿has leído alguna vez un libro de teoría feminista?, ¿tienes la más mínima idea de cuántos distintos colectivos feministas hay en esta ciudad y de a qué se dedican?

Os aseguro que la respuesta va a ser un no muy bajito, casi imperceptible. Entonces continuáis:

—Sabes qué pasa, como yo sí que tengo mucha información sobre este tema, la conversación sería tan desigual y poco enriquecedora para mí que mejor ni lo intentamos.

Total, las feministas ya tenemos fama de bordes. Por qué no utilizarla a nuestro favor.

Pero hay algo que siempre me ha incomodado mucho en el movimiento de mujeres, un cierto pacto interno que desaconseja exteriorizar nuestras autocríticas. La excusa siempre es la misma: bastante nos atacan desde fuera, como para ponérselo en bandeja. (Todo esto, a pesar de que, como en cualquier otro colectivo de extrema izquierda, pon a cuatro feministas a organizar algo y estarán divididas antes de terminarlo. Así somos la gente rebelde, no paramos nunca de escindirnos.)

Supongo que muchas compañeras de lucha se enfadarán conmigo por atacar de una forma tan feroz a las abolicionistas de la prostitución y a las feministas decentes. Pero me he ganado a pulso la capacidad de cuestionar dentro de un movimiento al que, con mayor o menor regularidad, pertenezco desde hace muchos años.

Nada de mujer-mujer

Necesito aclarar que me horrorizan todas esas manidas reivindicaciones de la mujer que por fin recupera su maravillosa feminidad tras lustros de feminismo radical castrante. Como si las mujeres en Occidente nos hubiésemos dedicado a quemar nuestros sujetadores en masa durante los setenta y los ochenta y ahora vagásemos a la deriva por ahí como zombis posnucleares desaliñadas, embrutecidas, con nuestros pechos peludos y caídos, ansiosas por hallar la puerta de regreso al edén bajo un letrero luminoso de Corporación Dermoestética.

A veces me asalta el temor de que me confundan con una de ellas, con otra defensora más de la mística de la feminidad, tan pluscuamperfecta y terrorífica como Sarah Palin. Acaba de publicarse en castellano una de tantas apologías de la mujer-mujer escrita por dos ultrahembras francesas, se llama *El corsé invisible*. Las chicas se preguntan: ¿Viven mejor las mujeres después del feminismo? Yo me pregunto: ¿Cómo es posible que el librito de estas mentecatas se haya traducido al castellano en unos poquitos meses, mientras que la joya política de Judith Halberstam ha tardado diez años en llegarnos y la imprescindible obra de Annie Sprinkle todavía no ha sido publicada aquí?

Aseguran que «la mujer se ha convertido en su propio verdugo», en su desbocado intento de conciliar vida familiar y laboral, víctima de la publicidad, enloquecida por su ansia de convertirse en «mujer, esposa, madre, asalariada perfecta». Parece ser que el modelo de mujer que lee *Cosmopolitan* y sueña con *Sexo en Nueva York* fue formulado por las feministas. Las muy estúpidas lanzan una fórmula, un consejo, a la estresada *superwoman* blanca, heterosexual, de clase media de nuestro tiempo: no renuncies a tu feminidad.

Yo no lo entiendo, debo de ser muy burra. Precisamente, la mujer que se vuelve loca tratando de encarnar a la mejor esposa, madre y trabajadora posible, que quiere seguir estando eternamente buena para que su marido tarde más en tirarse a la secretaria y vaya menos a golpear por ahí, que además tiene un *hobby* encantador que le aporta toques de personalidad propia, precisamente ella, si a algo no ha renunciado, es a la feminidad. Es todavía más completa que la perfecta ama de casa de los cincuenta, porque además aporta dinero al hogar.

A estas chicas tan monas les digo: nenas, leed un poco. Lo que decís no es nada nuevo. Si hubiera caído en vuestras manos, por ejemplo, *Reacción* de la periodista estadounidense Susan Faludi, editado por primera vez en 1991 —y agotado en castellano desde hace demasiados años—, a lo mejor os daba un poquito de corte publicar tanta reiterante tontería. En él se analiza el acoso y derribo al que fue sometido el feminismo en EE. UU. en la era Reagan, cuando los periódicos, las salas de cine, las pasarelas, las librerías, se llenaron de vuestra mística de la feminidad y empezaron a preconizar el regreso de la mujer-mujer tras años de monstruosidades emancipatorias. Se llegó a culpar al feminismo del aumento de la violencia en las

calles por promover «el rechazo a la vida», según ellos inherente al aborto.

Estas mentes preclaras no quisieron vincular el empobrecimiento de los más pobres en un país con diferencias económico-raciales tan escandalosas con el aumento de la delincuencia. No, la culpa de todo lo malo que sucedía en el mundo era de las feministas por haber abierto la caja de Pandora. Se decía entonces, como afirmáis vosotras ahora, que la mujer era inmensamente desgraciada si no cumplía con su mandato biológico de formar una familia, heterosexual, se entiende. Enciendo la tele y veo los cadáveres de felices y realizadas mujeres que no se alejaron de este modelo de familia hasta que ya no pudieron soportar más golpes.

Hay algo más que no alcanzo a entender de este discurso prorregreso a la dulce feminidad: ¿Alguna vez en los Estados Unidos, en Francia, aquí, las mujeres se agruparon mayoritariamente en comunidades feministas y dejaron de preparar la cena a sus mariditos? Hablan de los convulsos años setenta como si todo el orden heteropatriarcal hubiera saltado entonces por los aires. Que yo recuerde, mi madre —sin ir más lejos— en aquellos años trabajaba fuera y dentro de casa como una jabata, paría, nos alimentaba y encima recibía unos cuantos palos de mi padre, comunista y ateo, si la cena estaba demasiado caliente, fría, salada o sosa, según el día. Y además era pobre, no tenía tiempo de preocuparse por nuevas técnicas de depilación y, como *hobby*, charlaba y reía con su amiga Presen, también madre, esposa, pobre y estresada, aunque al menos no apaleada.

Que conste que yo no hablo de una feminidad dulce y autocomplaciente, ni mucho menos. No reivindico la feminidad de las chicas buenas, sino la de las perras malas. Una femini-

dad extrema, radical, subversiva, espectacular, insurgente, explosiva, paródica, sucia, nunca impecable, feminista, política, precaria, combativa, incómoda, cabreada, despeinada, de rimel corrido, bastarda, desfasada, perdida, prestada, robada, extra-viada, excesiva, exaltada, borde, canalla, viciosa, barriobajera, impostora...

Ésa no soy yo: impostando el feminismo y la feminidad

*Una es más auténtica
cuanto más se parece
a lo que siempre soñó de sí misma.*

La Agrado en *Todo sobre mi madre*

«Cuando era pequeña, me llamaban marimacho, marimacho, macho, macho, sólo porque me comportaba de manera distinta a ellas, a las demás niñas, a esa parte de la población a la que se suponía tenía que pertenecer, comportarme y ser igual, sólo porque biológicamente nacimos con los mismos genitales ... ¿Quién coño se ha atrevido a obligarnos a las que tenemos coño a ser y parecer lo mismo?» Con este manifiesto, comienza mi amiga Irene Sala su revelador vídeo *Marimachos*, otro hermanito mayor de mi *Devenir perra*. Afirmamos nuestras identidades torcidas como respuesta a la negación, como resistencia al ocultamiento, por venganza, por placer y por rabia.

La feminidad y la masculinidad son dos polos de adoctrinamiento masivo. Sus reproducciones tratan de moldear mujeres y hombres hasta el infinito, como en un bucle. Y fracasan estrepitosamente. «El género es una copia sin original», decía Judith Butler. Y no sólo hay transgéneros encallando la má-

quina binaria, no existe ni un solo humano que encarne sin fisuras el prototipo de su género asignado. Muy a pesar de aquel carnicero llamado John Money, que inventó en 1953 el protocolo médico todavía aplicado hoy para ajustar el cuerpo de los bebés a uno de los dos únicos modelos que la autoridad heteropatriarcal puede concebir. Quizás John pintaba sus labios de rojo sangre y emulaba a Marilyn Monroe en la intimidad de su hogar. A salvo de las miradas inquisidoras que él mismo había adoctrinado.

Princesitas frustradas

Al igual que yo, algunas de las perras a las que he entrevisitado fueron princesitas frustradas de pequeñas, reprimidas en su feminidad espectacular por el entorno familiar y social. Unas porque fueron identificadas como chicos al nacer, otras por mil razones; en mi caso las medidas no fueron nada terribles. Me cortaban el pelo para que mi madre no se complicara aún más la vida peinándome y ninguna niña iba a mi escuela enfundada en un vestido de fiesta. (Me encantó saber que Mariana tenía de pequeñita dos pelucas y algún vestidito brillante, y que nadie en su entorno se oponía a que aterrizase en el colegio como si viviera en un eterno carnaval.)

Yo sentía que el espejo me devolvía una imagen que no era mía. Deseaba ardientemente tener una melena ondulada larguísima y una vida aventurera cargada de exotismo más allá de los bloques de mi barrio desiertos de glamour. Para mí vestir como un putón significa una conquista asociada a mi independencia de adulta.

Ayer recibí en mi correo electrónico una foto de Majo. Ella y su hermana parecen absortas frente a la tele con jerséis de cuello alto enfundados en la cabeza y echados hacia atrás simulando una larga melena de tela blanca. Carmela, Bego, tantas otras y yo misma utilizábamos muchas veces esa técnica infantil para restituir el cabello largo que sentíamos nuestro y nos faltaba. Como un miembro fantasma. «A mí de pequeña no me dejaban ser femenina, para mí la feminidad era un signo de rebeldía. No me dejaban ponerme minifaldas ni ropa ajustada. Tenía que ser asexual. No me dejaban tener el pelo largo, no me dejaban ponerme vestidos. Llevaba el pelo corto y rizado, parecía una ovejita. Lo pasaba mal con mi aspecto, me sentía castrada en mi feminidad», recuerda Majo.

«A los catorce años decidí irme a un instituto en el que no daba clases mi padre y ahí empezó mi rebeldía en todos los aspectos. Me dejé un melenón hasta la cintura, parecía una leona. Llevaba una doble vida. En la entrada de mi casa había un espacio donde estaban los contadores de la luz y allí guardaba los modelitos con los que salía de casa. Creo que estuve dos años cambiándome y descambiándome en la entrada, llegaba siempre tarde a primera hora. Me maquillaba en el espejo del ascensor, los labios rojos, muy *femme fatale*. Fue cuando empecé a transexualizarme como mujer.» Me muero de la risa al pensar que los esfuerzos de la familia de Majo para moldearla como una chica asexual e inocente han fracasado tan rotundamente. Sólo hay que verla. Convertirte en perra puede ser la más dulce de las venganzas.

A Sara, de pequeñita, tampoco le permitían airear la princesa que albergaba dentro, pero sus circunstancias eran muy distintas. Su infancia transcurrió en medio de una fuerte agitación de mujeres contra la autoridad patriarcal. La madre y

las hermanas mayores de Sara batallaron contra un sistema legal que todavía no contemplaba el divorcio para librarse de un padre violento. «A mí me iba castrando este impulso mi madre, me decía “no estamos aquí para gustar, tenemos la cabeza para pensar, no para peinarnos”. Se me repetía que mi aspecto físico podía traerme problemas, que vigilara y que no dedicara mis esfuerzos a mi aspecto. Yo no pude explorar esto entonces y lo he hecho después.» Sara no lo recuerda como una imposición traumática: hoy le encanta la licra trepadora y es una incansable defensora de las mujeres contra la violencia.

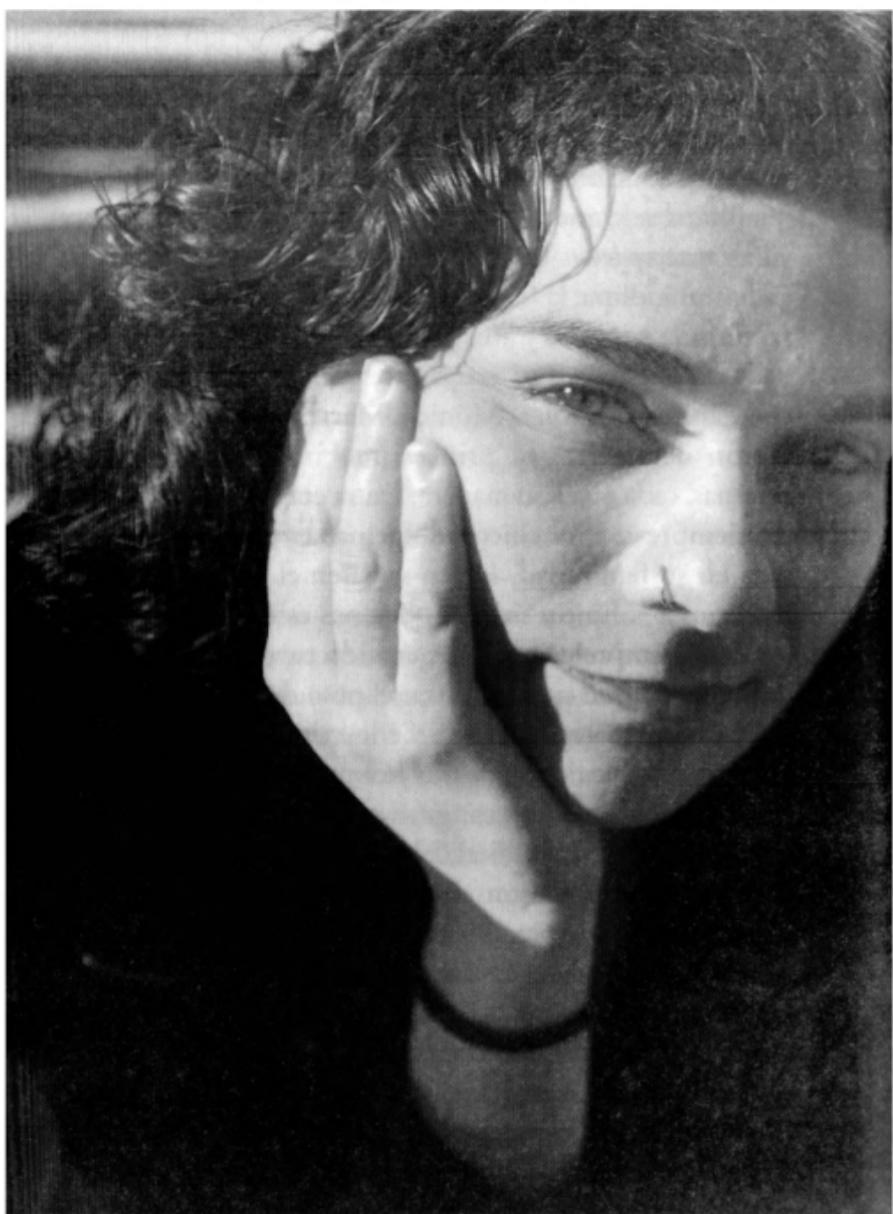
Criaturas genderfucker

No hay dos experiencias con la feminidad ni con la masculinidad idénticas, el contexto y la percepción de los propios devendres son también aquí únicos. Alfredo —marica mutante transgénera— siempre me dice que todo gay conoce los códigos de la masculinidad normativa y sabe hacerse pasar por hombre heterosexual cuando lo necesita: de ello depende su supervivencia. Pero para él, las señas de identidad femeninas fueron potenciadas por el círculo de mujeres de su familia en su remota infancia. «Yo nací en los años setenta en las Azores, entonces allí no se hacían ecografías a las embarazadas y no se sabía el sexo de los bebés. Mi madre deseaba que yo fuera una chica, estaba convencida de ello. Me iba a llamar Francisca, que era el nombre de mi abuela. Cuando nací y vio que era un chico biológico, ella siguió con sus planes. Me ponía pañuelitos en la cabeza, falditas y a veces me llamaban Francisquita, ella y mis tíos. A mí me dijeron demasiado tarde que era un chico.»

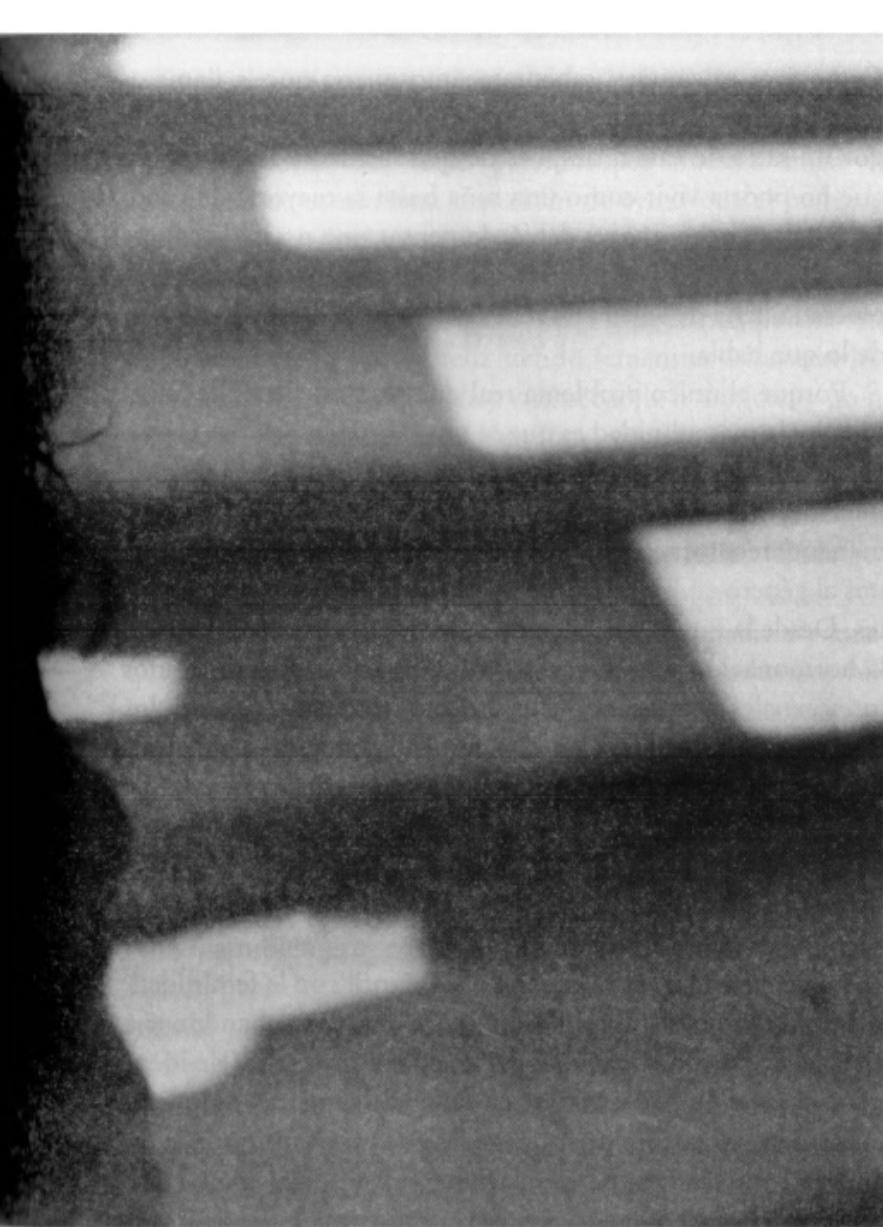
Carmela también siente que la feminidad más teatral ha formado parte de su vida desde que tiene memoria. «Hace poco mis padres me regalaron unas cintas en superrocho que habían pasado a DVD y me di cuenta de que, desde muy pequeñita, desde que tenía dos o tres años, ya era bastante putón y bastante *vedette*. Ya era como soy ahora, continuamente salgo levantándome la falda, bajándome las bragas, bailando, mirando a la cámara, y mis padres ni me reñían ni me decían nada al respecto. Era muy princesita y muy femenina», recuerda. Begoña, Pilar, Mónica, Mariana y Laura también pudieron desarrollar su princesismo infantil sin oposiciones externas, cada una a su manera. Laura era la gamberra del barrio, iba siempre con los chicos, despeinada y macarra, pero encantada en su feminidad. Helen vivía en el campo y su infancia transcurrió salvaje y sin imposiciones estéticas.

Vero siempre cuenta que, cuando tuvo que mudarse a casa de su padre y de su madrastra, el peso del género impuesto le cayó encima como una losa. Se le exigía la masculinidad, excepto cuando cuidaba de sus hermanitos menores: nadie rechaza la ayuda de una canguro gratis, aunque venga del hijo rarito. La soledad también debía de jugar una mala pasada a la conservadora madrastra de Vero: a menudo terminaban las dos frente a la tele practicando aerobic a escondidas del padre.

Hace poco, vi a Jazz en el blog de Maro, mi *genderfucker* (literalmente, jodedor del género, estadio de eterna transición, negación del binarismo extremo por el que un cuerpo indeciso debe transitar de una de las dos identidades permitidas a la otra y nunca quedarse en medio). Jazz es una niña transgénero de seis añitos que sonríe a la cámara vestida de hawaiana y que adora a las sirenas, porque no tienen nada entre las piernas por lo que discriminarlas. A su lado, la mirada triste de



Sara: «Tengo la sensación de que retrocedemos y pienso: ni un paso atrás. A mos un precio, todas hemos sufrido alguna agresión machista en nuestras vi-



las mujeres nos ha costado mucho llegar adonde estamos. Y siempre pagadas. La experiencia de las mujeres nos dice todo el rato: vigila».

Cameroon: ni siquiera sabemos cómo quería que la llamásemos. Se ahorcó en febrero de 2008 en su habitación, arropada por un salto de cama, después de que su madre le contestara que no podría vivir como una niña hasta la mayoría de edad. Le faltaban ocho años y debió de pensar que no iba a soportarlo. «La diferencia entre una vida digna y una solución desesperada llena de soledad», reflexiona Maro. Y sabe muy bien de lo que habla.

Porque el único problema real que para mí tienen la feminidad y la masculinidad es que se nos imponen. Que se erigen en un objetivo que tratará de boicotear de por vida el fluir de nuestras mutaciones continuas, de nuestra identidad en permanente reconstrucción. Los sistemas de control para ajustarnos al género considerado adecuado son muchos y permanentes. Desde la imposición de una determinada vestimenta hasta la hormonación y mutilación genital en bebés diagnosticados intersexuales —aplicando el protocolo Money—, que son los que peor parte se llevan en este empeño brutal de seguir produciendo mujeres y hombres a toda costa.

Aprendices de camioneras

Fuera cual fuera nuestra experiencia infantil con la feminidad, la iniciación en el mundillo feminista nos hizo abandonar a casi todas, por un tiempo, la depilación y otras señas de identidad *princesiles*. (Es curioso, en general las perras renunciamos a depilarnos durante nuestra fase de mayor crítica a la feminidad normativa. La depilación parece ser el gran lugar común de la feminidad en nuestra cultura occidental, casi más que ningún otro. Para Carmela, volver a depilarse supuso un

reencuentro: «A mí me encanta ir rasurada y siento un placer morboso y fetichista depilándome».)

Como decía, casi todas pasamos por nuestra etapa de aprendices de camioneras con el fin de evitar que el malvado patriarcado siguiera inscribiendo en nuestros cuerpos su vergonzosa marca. «Estaba investigando qué mujer quería ser y ésta fue una fase de mi búsqueda muy interesante, porque me di cuenta de que yo soy feliz siendo femenina. Nosotras hemos hecho un camino de ida y vuelta con la feminidad y no se tiene que despreciar nuestra elección», me dijo Paula.

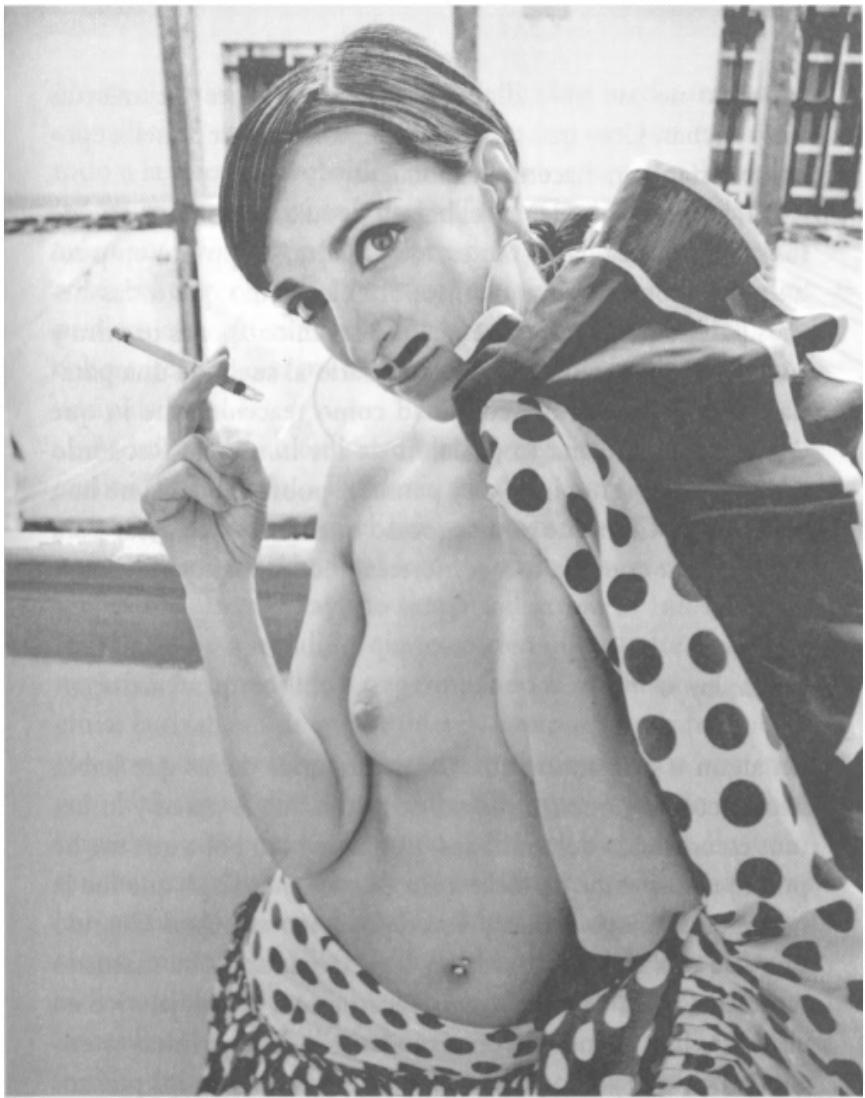
Bilbao, mediados de los noventa. Mi fiebre activista es tan elevada que ya sólo subo a la universidad para participar en asambleas, conferencias, reuniones y actos miles. Cada vez centro más mi energía revolucionaria en el feminismo. Me corto el pelo yo misma, abandono la cera depilatoria y cualquier rastro de maquillaje y trato de emular a las bollos bilbaínas con sus mallas elásticas y camisetas reivindicativas. Mi fase camionerilla duró muy poco tiempo, recuerdo que me miraba al espejo y pensaba: nena, vas hecha un cuadro, pero es lo que toca, ya te acostumbrarás.

Traté de relegar los malvados sujetadores pero, con una talla noventa, no es tan fácil parecer andrógina. Por supuesto, ésta es también la época en la que empecé a follar con chicas. Estaba investigando una estética que reflejara mi posicionamiento político y a la vez mi deseo, recuerdo mucha indecisión y mucho cambio. Pero llegó un día en que me puse un vestidito y dije: ay, que liberación. Mi amiga Bego transitaba entonces en Iruña por parecidas encrucijadas en la construcción de su identidad, aunque a ella la conversión al feminismo estético más extendido le duró tres minutos. Es mucha Begoña.

«Siempre he sido muy femenina, menos en una época en que tomé contacto con el feminismo, como activista y como lectora, y empecé a ver esa feminidad como una opresión, como algo impuesto, y me planteé que yo tenía que ser otra cosa. Después comprobé que a mí me gustaba ser femenina y punto. Pasé por esa maravillosa época en la que decides no depilarte, porque es una opresión patriarcal y los hijos de puta de los hombres te obligan a depilarme. Pero yo no lo vivía bien, de hecho esta fase fue muy cortita en mi caso. Yo lo hacía porque sentía que políticamente era lo que tocaba pero a mí no me sentaba bien, vivía en una contradicción. Era una autoimposición, yo me lo marcaba como un objetivo», recuerda.

Para resolver esa contradicción, Bego empezó a llevar una doble vida. «Durante años pensaba antes de salir de casa: me he puesto este escote, no puedo ir a este bar o a este otro porque me encontraré con mis compañeras de lucha y qué van a pensar. O: tengo reunión, ni de coña me pongo este vestido ajustado. Yo consideraba que mi aspecto tenía que estar en la misma línea del sitio al que iba, porque si no me sentiría rechazada. Cuando esto se prolonga durante mucho tiempo te va generando una sensación de no saber dónde estás ni quién eres. Me ha costado mucho, hasta hace relativamente poco tiempo, decir: salgo como me sale del coño y me da igual quién me vea.»

Laura también relata su tránsito por la masculinidad política con ironía: «Cuando entré en la universidad y empecé a estudiar teoría feminista, llegó una fase de mucho enfado en mi vida, de enfado por las injusticias, en especial las que sufrimos las mujeres. En ese momento, la feminidad en la que siempre me había sentido cómoda empezó a darme asco. Me rapé la cabeza, me dejé crecer los pelos de todo el cuerpo, sentía que depilarme las cejas era un invento de los hombres. Por



Bego: «Ya no quiero vivir en coherencia política pero sintiéndome mal. Me ha costado mucho tiempo decir: salgo a la calle vestida como me sale del coño y me da igual quién me vea. Ahora lo tengo muy claro pero durante años viví en lucha interna entre lo que yo quería de mí misma y el miedo a ser un producto patriarcal. ¿Y quién no lo es?».

supuesto no me maquillaba, llevaba pantalones y camisetas muy anchas. Creo que no queda ninguna foto de aquella época, servirían para hacerme chantaje».

Si, hasta ese momento, el halago de su aspecto por parte de los chicos nunca había molestado a Laura, de pronto empezó a sentirlo como un ataque insoportable. (Creo que todas hemos pasado por esa época en la que un chico apenas te mira y tú ya estás preparada casi para tumbarlo al suelo de una patada.) «Adopté cierta masculinidad como reacción ante lo que entendí que era una imposición de los hombres. Recuerdo que veía chicas en minifalda y pensaba: pobres, todavía no han visto la luz. Creo que es un proceso que tienes que pasar para llegar a estar cómoda con cómo eres y cómo estás.»

Ésa no soy yo

En algún u otro momento, todas las perras de las que hablo hemos colgado nuestro disfraz de putillas en la pared y lo hemos escudriñado desconfiadas. ¿A que soy tan boba que me he puesto el uniforme de esclava sin darme cuenta? ¿A que me la han metido una vez más y yo creyéndome tan lista? Cuando una sale a la calle embutida en licra trepadora y ha mamado tanto de la teta del feminismo encarna una paradoja, vive en ella. Este libro pende de la misma cuerda floja político-estética. Pero es que yo no puedo con las certezas ni con los puertos seguros, desconfío ante tanta calma. Cuando me dan la razón demasiado, cuando se respira ese aire de consenso beatífico, ahí sí que temo que van a metérmela. Y yo sin lubricar.

No creo que nadie recree su identidad o forme su género sin cortocircuitos, sin extravíos, sin miedos, sin renuncias.

Hasta el padre de familia, blanco y de clase media más auto-complacido anhela secretamente muchas noches mandarlo todo a la mierda. Probablemente, él más que nadie. La trabajadora sexual y activista italiana Carla Corso se manifiesta así en su autobiografía política *Retrato en vivos colores*: «No quiero ser coherente, porque algunas veces la coherencia es estupidez: prefiero estar en contradicción antes que ser tremadamente coherente, como si me cogieran y me pusieran ahí, estática y estúpida».

Mónica me habló de este revuelo en la construcción de su feminidad exaltada. «Tuve mis trifulcas conmigo misma y al entrar en contacto con el feminismo me sentí culpable, me sentí mal, me sentí idiota. Llegó un momento en el que dije: a ver, esto es lo que hay, no tengo mil armas ni mil recursos. Igual que he aprendido que esto tiene una parte chunga y negativa, he aprendido a tragarme todo el machismo, la misoginia, la rivalidad de otras mujeres, a esto no voy a renunciar. No voy a renunciar porque me siento cómoda con esta imagen. Vale, igual me siento cómoda porque es la que me han impuesto y no me he rebelado, pero me da igual. En otras muchas cosas he tenido que ir a contracorriente de lo que me han enseñado, en ésta me relajo. Me siento a gusto, me siento mona, me encanta llevar minifaldas, me gusta ir ceñida, de momento puedo enseñar la barriga, me gusta que se me suban las tetillas con el *wonderbra*.»

No deseo caer en el ensimismamiento, no me identifico con aquel «me encanta ser mujer» con el que pretendían vendernos compresas ultrainmaculadas y protocancerígenas. Ni me encanta ser mujer ni me encanta pelearme con medio Raval cada vez que salgo a la calle en minifalda, ni me encanta que me encanten las lentejuelas y el vinilo bastardo. Pero tam-

poco estoy dispuesta a ser eternamente cuestionada. Voy a utilizar la estrategia que me enseñó una amiga hace años: cuando una señorona me mira de arriba abajo desde su decente altivez en plan «cómo te atreves a salir a la calle con esa pinta, debes de ser una perdida de la vida», yo le devuelvo la mirada y pienso «todavía hay mujeres que se ponen rulos, qué trasnochado está tu abrigo de visón, bonita». Es muy gratificante.

Lo mismo hago con las miradas que pretenden resituarme como sierva del deseo masculino desde la comunidad feminista. Nena, y tú de qué vas disfrazada. ¿Quién te ha dicho que tu estética lleva el sello de garantía antipatriarcal? A ver quién es la guapa aquí que escapa a este inmenso juego de rol de género. Porque no sé si te has dado cuenta, pero quizás ponerte ahí tan tiesa por encima de mí, desde tu masculinidad, es un pelín machista, ¿no? Puede que rechazarme como a una mujerzuela marcada, desde tu rollito *lila for ever*, reproduzca los prejuicios más misóginos, ¿no lo has pensado? Nenas, que si empezamos aquí en plan estalinista no queda ni una, que esto no es la URSS, que somos cuatro monas.

Desafiando a la institutriz feminista que llevamos dentro

Conocí a Pilar en el taller de teatro de unos amigos comunes. En nuestra primera clase juntas, Juank nos proponía un concepto y nosotras teníamos que describirlo con un gesto. Él me dijo: mujer. Y yo levanté los brazos y dibujé un triángulo con los dedos. Pilar soltó: «Ésta es de las mías». Mujer igual a mujer en lucha, a feminista, para las dos. Desde aquel día la he ido frecuentando y conociendo, he sabido que Pilar fue agitadora incansable en una etapa mítica del feminismo en

Barcelona: los años ochenta. Fue una de aquella treintena de mujeres que okuparon en 1987 un edificio en el barrio de Poble Sec, el origen del espacio feminista Ca la Dona. Recuerda que una vez organizaron unas jornadas en Tortosa, salieron de manifestación por el pueblo y la gente les gritaba: «guarras, putas».

Todo estaba por hacer, Pilar denunció la violencia machista y luchó por el aborto. Cuando tocaba visibilizar a las lesbianas, ella se besaba con sus compañeras de lucha delante de los periodistas. Aunque fuera heterosexual. «Tenía unas tetas enormes, después me las tuve que operar por problemas de espalda. Llevaba una melena muy larga y ondulada negra, los ojos muy pintados. Nunca me ha gustado ir discreta, no va conmigo. En las fotos de las manifestaciones siempre salía yo. Y a veces me decían: “tú no puedes ser feminista”. Yo contestaba que no hay una sola manera de ser feminista, todas somos únicas», aclara.

«Otro reproche que he recibido muchas veces —recuerda Begoña— es: “quieres llamar la atención”. Como si llamar la atención fuera algo negativo. ¿Quién dice eso? Al final todos esos argumentos contra la feminidad son una prolongación de los prejuicios más machistas». Las perras feministas hemos tenido que dotarnos de respuestas y defensas para continuar con nuestro compromiso político sin renunciar a lo que deseamos de nosotras mismas, sin dejarnos uniformar. «Con el tiempo te vas dando cuenta de que las estrategias de poder están diseminadas por todas partes y tan ancladas, tan naturalizadas. Y lo femenino está asociado siempre a pasividad y a negatividad, incluso en los ambientes menos normativos, incluso en colectivos feministas», reflexiona Majo.

Aunque esas paradojas no han cruzado los devenires de todas nosotras. Mariana retrata así la ciudad portuguesa de la



Pilar: «Estamos hablando de 1982. Luchábamos contra las agresiones, siempre detrás de los abusos en todos los sentidos. Nos reuníamos donde podíamos y cuando podíamos. Era un momento de enorme lucha a favor del aborto. Cuando había que reivindicar el lesbianismo, aunque yo no fuera lesbiana daba besos en la boca a todas las que hiciera falta».

que llegó a Barcelona a sus explosivos veinte años. «De donde yo vengo es Heterolandia Park. El mundo de las chicas y el de los chicos están muy separados y yo, por lo general, me lo paso mejor con ellos. Puedes decir más tonterías, podemos decir: mira qué culo más bueno tiene ésta. Con las chicas todo es mirar revistas de moda y decir chorradas como: una chica no es sólo un culo. Ya lo sé, boba, pero por qué no reconocer que esa chica tiene un culo bonito. Con ellas todo es agradable, dulce y muy aburrido. Además tienen una postura seudofeminista muy superficial.»

Siempre le digo a Mariana que, si el mundo explotase y ella fuera la única superviviente y la matriz de una nueva humanidad (la Biblia cuenta fábulas —o chorradas— parecidas, ¿no?), se extinguiría todo rastro de homofobia y de patriarcado. Una noche se lo conté a su madre, que había entrevistado a Mariana y tenía la dulce sensación de que de forma milagrosa ningún discurso hegemónico de segregación y odio la había rozado por dentro. Xau me abrazó y me dijo: «Su padre y yo éramos jóvenes en un país joven (Portugal tras la dictadura) y estábamos llenos de ilusiones». Luego las vi alejarse enlazadas por la cintura en la noche del Raval y pensé: joder, a veces las cosas pueden ser tan bonitas.

No se aceptan consejos

Vale. Soy una pobre cristiana occidental enferma de binarismo, como todas. Nunca podré escapar, por más que lo intente, de la dualidad masculina/femenina. Y como no lo consigo, prefiero reírme antes que castigarme por ello. No hay nada más sacrílego que recitar al revés una oración, nada más pla-



Mariana: «Mi madre y mi padre nunca me han impuesto nada, todo era bando. Siempre fui muy princesita pero hace poco empecé a investigar más



muy abierto y nunca siquiera pensé en estos roles de género. Yo fui promi imagen *butch*. No quiero renunciar a nada».

centero que representar la feminidad arañándole con las uñas desconchadas de esmalte barato la disposición sumisa. Perver-
tir los códigos de la buena chica. Me interesa la confluencia entre puesta en escena hiperfemenina putón y posicionamiento antipatriarcal, porque es la tierra de nadie que yo habito.

Ya no me empequeñezco ante las miradas ajenas y celebro no haber renunciado por el camino a parecerme a lo que siempre soñé de mí misma, como la Agrado en *Todo sobre mí madre*. Y, en realidad, lo que me sale del coño es no justificarme políticamente. Otras y otros no han tenido que hacerlo. Nunca he soportado la prepotencia de quienes me aconsejan discreción, mi *amatxo* me ha repetido mil veces que siempre he hecho lo que me daba la gana. A veces pienso que he extremado mi feminidad sólo por el gusto de sacar al ogro de la cueva y arrancarle la cabeza.

Y ahora me sonrío a través del espejo, erguida en mis tacones imposibles, con el pecho dulcemente estrangulado por un corsé y un dildo balanceándose entre mis piernas. De verdad, ¿alguien piensa que parezco una sierva del patriarcado?

Perlas ensangrentadas: manada frente a la violencia

*El miedo de las mujeres a la violencia de los hombres
y el miedo de los hombres a las mujeres sin miedo.*

Eduardo Galeano

Confieso que he tratado de contener en estas páginas mis impresiones sobre la violencia machista, tenía miedo de abrir el grifo e inundarlo todo. Y eso sería —o será— otro libro. No lo digo desde el trauma, sino desde la superación y la rabia. Pero cuando a los ocho años recoges a tu madre del suelo de la cocina inconsciente mientras el cobarde de tu padre grita «no me hagas esto, no quiero ir a la cárcel», es imposible ignorar ni por un instante la violencia que cruzará tu vida entera como mujer. Y la de todas tus hermanas. Será por mi carácter abierto, o porque nunca acepté el pacto de silencio inherente al maltrato familiar, por lo que muchas mujeres me han confiado los detalles de sus vidas. Puedo decir que pocas se han librado de un padre violento o de una agresión en un portal o de una violación dentro de la pareja.

Es imposible divagar sobre la feminidad sin hablar de violencia. Los signos femeninos señalan a los machos sus posibles víctimas, ya sean mujeres, maricas, hombres débiles. Las mu-

jerés, y aún más las mujeres femeninas, debemos vivir sabiendo que en cualquier momento podemos ser agredidas. Este miedo forma parte de nuestra socialización, del proceso por el cual se nos domestica como sirvientas temerosas del orden patriarcal. Estoy más que harta de encender la tele y encontrar de nuevo a una rubia escapando sin rumbo en un bosque tenebroso de una amenaza que desde el principio sabemos que la va a alcanzar y destruir. No puedo más.

Por eso necesito tanto el discurso de Virginie Despentes, su apología de la venganza contra la violación. Su película *Fóllame* fue retirada de los cines comerciales franceses en el año 2000 por la explosiva mezcla de violencia y sexo. Según ese criterio, las pantallas grandes y pequeñas deberían quedarse desiertas. Claro que no es lo mismo un hombre blanco matando a mujeres como a conejas que dos chicas francoárabes asesinando sistemáticamente a todos los que se crucen en su camino y en su cama. Las mujeres no pueden matar a los hombres, eso sí que es monstruoso. Menos aún si son guapas. Peor todavía si las actrices y directoras de la película son estrellas del porno y trabajadoras sexuales con las que dichos hombres se han hecho mil pajas. Son los hombres los que violan y matan a las tías buenas, a las putas. No al revés.

Hace poco, las autoridades británicas retiraron el cartel publicitario de la película *Wanted* donde aparecía el perfil de Angelina Jolie elevando en su mano una pistola. La excusa aducida fue que ofrecía una visión glamurosa de la violencia. Yo me pregunto, ¿la imagen hubiese sido censurada si quien portara el arma fuera, sin ir más lejos, el marido de la actriz, Brad Pitt? Ni pensarlo. Que yo sepa Brad es tan glamuroso como su esposa, es incluso mucho más femenino y cándido que ella. Pero es un hombre. Y además es un hombre blanco.

Las imágenes que se aplauden o que se censuran sobre la violencia están regidas por códigos de género muy estrictos. Son los hombres y el Estado quienes ostentan el monopolio de la violencia legítima. Hasta hace pocos años, de la tortura machista en el seno familiar tan sólo oíamos los gritos de nuestra madre o nuestra vecina. Durante mucho tiempo, sólo el feminismo ha denunciado continuamente la violencia de los hombres contra las mujeres. Y aquello era como predicar en el desierto. Las mujeres que osaban rebelarse, recibían el estigma y la amenaza de su entorno. Pilar fue una de esas primeras mujeres que denunció a su marido cuando no tocaba. «Yo no quería vivir lo que había visto en casa. Una de esas veces, él me atizó. Aunque no se fue de vacío. Fue en 1965 y lo denuncié en comisaría. La policía intentó convencerme para que volviera a casa con mi marido, pero seguí adelante con la denuncia. Y conseguí que le pusieran un arresto domiciliario.»

Yo tenía cinco años cuando mi madre me preguntó: «¿Si me separo del *aita*, te vendrías conmigo?». Puede parecer una pregunta demasiado fuerte para una niña, pero estábamos en 1979, el divorcio todavía tardó dos años más en ser legal y las mujeres maltratadas no veían salida por ningún lado a su brutal vida familiar. Yo le respondí entusiasmada: *amatxo*, separate, yo quiero ir contigo. Hubieron de pasar trece años para que se cumpliera mi anhelo, para que en nuestra misma casa dejase de vivir el enemigo. Esperanza tuvo que aguantar algunos años más de violencia, desde que decidió en su interior separarse hasta que tuvo garantizada legalmente la custodia de su hija pequeña, nuestra perra Sara.

Josefa trató de escapar a Canadá desde su isla de las Azores a finales de los ochenta con su pequeño Alfredo. No pudo: entonces las mujeres necesitaban el permiso del marido para

salir del país. De ahí venimos. Y, de alguna manera, aunque ya no esté tan bien visto maltratar a una mujer y en los telediarios nos vayan contabilizando las muertas cada día, ahí continuamos.

Antes me agredía el silencio social sobre la violencia en la que yo vivía. Ahora me exaspera la victimización secundaria, la falta de profundidad en el análisis y en la respuesta, la instrumentalización política de este ginecidio estructural que nunca cesa. El 13 de junio de 2008, una mujer asesinó a su expareja cuando él venía a dialogar con ella hacha en mano. Ocurrió en la localidad cacereña de Madroñera y el suceso apenas tuvo cobertura mediática. Lo escuché en uno de tantos programas televisivos vespertinos, y nunca más se supo. Yo lo recuerdo porque era el cumpleaños de Virginie y la felicitamos con la buena nueva. Sin embargo, no abrieron la segunda edición de los telediarios con la noticia: mujer amenazada por su expareja logra librarse de la muerte y asesina en legítima defensa a su agresor, que tenía una orden de alejamiento. Nada, silencio. No vaya a ser que cunda el ejemplo.

He logrado encontrar en la hemeroteca el titular de *El Mundo*: «Una mujer mata a su exnovio tras un forcejeo con armas blancas». ¡Qué información tan inocente! No dice que ella ya lo había denunciado por maltrato, no dice que él incumplió la orden de alejamiento y que se dirigió al domicilio de ella con un hacha, no dice que ella tan sólo se defendió. Si esta mujer anónima —no he logrado conocer su nombre— no está muerta es porque se cansó de vivir con miedo y sacó un cuchillo. Claro que nuestra heroína sin nombre habría tenido el honor de aparecer en nuestras pantallas de haber acabado en un ataúd. Sólo nos quieren sumisas o muertas. Tampoco he conseguido enterarme de cuál fue su suerte; probablemente

haya tenido problemas legales, quizá hasta la condenen por asesinato. A pesar de que sus vecinos —y testigos de un final diferente para una mujer amenazada— dijeron que ella actuó en legítima defensa.

Yo he tenido mucha suerte, y no sólo por seguir viva. He tenido la inmensa suerte de toparme con el feminismo —con un discurso, con un activismo, con una manada—, que me ayudó a comprender lo que me había pasado, a vislumbrar los intrincados tentáculos de esta violencia, incluso aquellos que aguardaban naturalizados dentro de mí. Y a construirme otros posibles. He tenido la increíble suerte de toparme con TAMAIA, Asociación de Mujeres contra la Violencia Familiar. De recibir de forma gratuita y extraordinariamente generosa —como cualquier otra mujer en Barcelona que se dirija a ellas— el apoyo terapéutico que necesitaba para resituarme a mí y a mis afectos frente a la violencia. Y no cambiaría mi detector antiagresiones por el de ninguna otra, aunque a menudo se me acuse de exagerar. Me siento muy afortunada y desde aquí escribo.

Cuerpos en rebeldía: quiero ser santa

No podían faltar en este libro mi manada fantasma de monjas y santas rebeldes, que siempre van conmigo. Soy una arqueóloga de mujeres insumisas. Para encontrarlas hay que cavar hondo, a ser posible bajo la luz de una luna llena y nunca del flexo científico y totalizador, prescindir de los aparejos patriarciales, buscar en tierras yermas. La magia, el vino y la nostalgia de antepasadas desconocidas harán el resto. Y se me van apareciendo sin tregua, incluso cuando no las busco. Hay una señal que suele llevarme a ellas: bajo la piel de todas las que fueron

condenadas, encerradas, masacradas y repudiadas por la Iglesia, el Estado y la medicina, suele habitar una de las nuestras.

A mí no deja de alucinarme lo que las mujeres hemos sido capaces de hacer para escapar a la violencia de los machos. Había unas órdenes de monjas que deseaban vivir fuera de las ciudades para estar tranquilas cuidando el huerto. Entonces venían hordas de guerreros y las violaban. Pero ellas no querían la asfixiante protección intramuros, y se cortaron las nari-ces. Eran monstruosas, ya nadie las molestaba.

Santa Águeda lo entendió muy bien. Con tetas no hay paraíso. Y el tirano de mi padre no me puede casar con el imbé-cil que más le interese. Así que le sirvió sus pechos adolescen-tes rebanados en una bandeja. ¡Mira, papá, ya no hay tetas, a ver con quién me casas ahora! (En 2004 participé en una *per-formance* de mis amigas del colectivo post_op —plataforma de investigación de género y postpornografía, confundada por Majo— en una discoteca garrula de Paral-lel. Yo iba de santa Águeda putón, con las tetas aplastadas por vendas cubiertas de falsa sangre, combinación semitransparente y sandalias de ta-cones suicidas. Tenía que ofrecer mis dos jugosos pechos de gelatina en un plato de comida para perros al público mayor-iariamente masculino, pero me costaba avanzar. Pensé: van a violarme entre todos. Pero no pasó nada; ni una mano furtiva me rozó. Otra prueba de que, cuando tu puesta en escena es muy extrema, la gente se corta.) Os recomiendo apasionada-mente la revisión feminista de la anorexia que hace la doctora Paloma Gómez. La anorexia nerviosa, ese extremo posiciona-miento vital con el que la autoridad médica patriarcal intenta tratarnos una vez más a todas las mujeres como a estúpidas. Paloma Gómez es una iluminada, una sabia, tiene un retrato enorme de santa Teresa en su despacho de Valencia.

Los primeros casos de anorexia nerviosa nos han llegado de la médica de origen griego Metrodora en el siglo I de la cristiandad. En su tratado sobre enfermedades de mujeres, recoge una nueva dolencia a la que denomina sitergia —rechazo al alimento— que empieza a extenderse preocupantemente entre las jóvenes romanas. El cuadro descrito por Metrodora es aplicable punto por punto a las anoréxicas de hoy: obstinación por el ayuno, delgadez extrema, desaparición de la regla, rechazo al matrimonio, empeoramiento ante la represión del entorno y, en casos extremos, muerte por inanición.

Yo me pregunto, ¿acaso Kate Moss tiene dos mil años? Paloma Gómez rechaza tajantemente la versión oficial que considera a la anoréxica de nuestros días una pobre estúpida cabezota que deja de comer para emular a las *top models*. Y se apresura a diferenciar la anorexia nerviosa de otros trastornos alimentarios —bulimia, ingesta compulsiva— que deliberadamente se meten en el mismo saco. (Hay una sentencia de esta siquiatra feminista experta en nutrición tan incómoda para la autoridad médica patriarcal que siempre me viene a la cabeza: «Muchas (bulímicas) se casan y tienen hijos; la anoréxica, jamás».)

Se puede afirmar que la anorexia nerviosa es una enfermedad cristiana y femenina. Nació con la cristiandad, no se da en mujeres musulmanas, ni judías, ni japonesas. Y apenas se da entre hombres, menos aún en varones heterosexuales. Su época de mayor esplendor fue la opresiva Inglaterra victoriana del siglo XIX entre las jovencitas de familia bien —las pobres de verdad nunca son anoréxicas, su delgadez no es una opción—. ¿Alguien recuerda el modelo de belleza femenina imperante entonces? Si las anoréxicas de hoy no comen para estar delgadas y guapas, ¿por qué cuando el canon estético en-

salzaba las carnes también ayunaban? ¿Qué cuento nos estamos tragando?

«Las jóvenes seguían rebelándose ante un matrimonio impuesto mediante el sistema de dejar de comer, con lo cual dejaban de menstruar y se hacían infériles, y además su extrema delgadez las hacía parecer feas a los ojos de un posible pretendiente. Esta leyenda marca también la naciente relación entre el rechazo femenino al alimento y el ideal cristiano de martirio», afirma Paloma. Muchas de las jóvenes que insistían en el ayuno como vía para recluirse en un convento, alcanzar la vida santa y alejarse de un marido impuesto, habían visto morir a sus madres pariendo una y otra vez. Santa Catalina de Siena fue la hija número veintitrés de su madre, y no la última.

Año 700, Portugal. La hija de un rey, con tan sólo doce años, se niega al matrimonio con un príncipe extranjero al que ni conoce. La niña ya se había librado del acoso de su padre en una ocasión y odiaba la idea de entregarse a un hombre. Pide a Dios que le arrebate su belleza femenina, comienza un ayuno feroz. Su menstruación se interrumpe y una espesa barba comienza a poblar su cara —gracias al descenso de estrógenos suprarrenales provocado por el ayuno—. El príncipe, al verla, sale corriendo. Ella intenta refugiarse en un convento, pero es apresada por su padre. El rey la amenaza con la cruz si no depone su rebeldía, pero ella persevera. Muere crucificada y santa. El ejemplo de santa Wilgefortis —virgen fuerte— cruzó la frontera española como santa Liberata. A ella se encomendaron durante siglos las mujeres que deseaban librarse del acoso de un hombre.

Luego protestarán porque nos apropiemos de las vidas de las santas. ¡Si parecen hechas a nuestra desviada medida! Bio-mujeres que se cortan las tetas y les sale barba. Chicas que se

niegan al matrimonio y se defienden del acoso patriarcal incluso con su vida. Jovencitas que no soportan un garrulo al lado y desean más que nada en el mundo vivir rodeadas de mujeres. Obstinadas defensoras de su destino que escapan de la maternidad impuesta. Y encima con este rollito masoca del sacrificio y del placentero dolor. Como para no cantar: ¡quiero ser saaaaanta!

La mirada masculina

«No hay nada más monstruoso que una mujer que no sirve al patriarcado», me dijo Maro extasiado tras escuchar a Judith Halberstam. Él, que desertó de ser mujer desde el mismo momento en que vio la luz de este mundo, a mí, que decidí encarnar la feminidad más proscrita. La perra Majo lo explica así: «Ante una mujer muy masculina los hombres sienten como una provocación hacia ellos, pueden hasta pegarle, pero a la vez hay algo de respeto. Ante una mujer muy femenina sienten atracción, sus deseos convertidos en realidad, pero a la vez te respetan menos porque sienten que eres de su propiedad».

A la bollera masculina y al transgénero, primos hermanos, no se les perdona que no sirvan a los hombres, que no follen con ellos ni engendren sus hijos, sus herederos. A la mujer femenina radical no se le perdona que, siendo apetecible para el macho por su aspecto, no sea accesible sexualmente siempre que él quiera. De ahí el mito de la calientapollas. De tanto llámármelo, lo he hecho mío. Tú eres responsable, por andar semidesnuda por ahí, de que todas las pollas que te vas cruzando por el camino se empalmen. Y si no ayudas a esas pobres



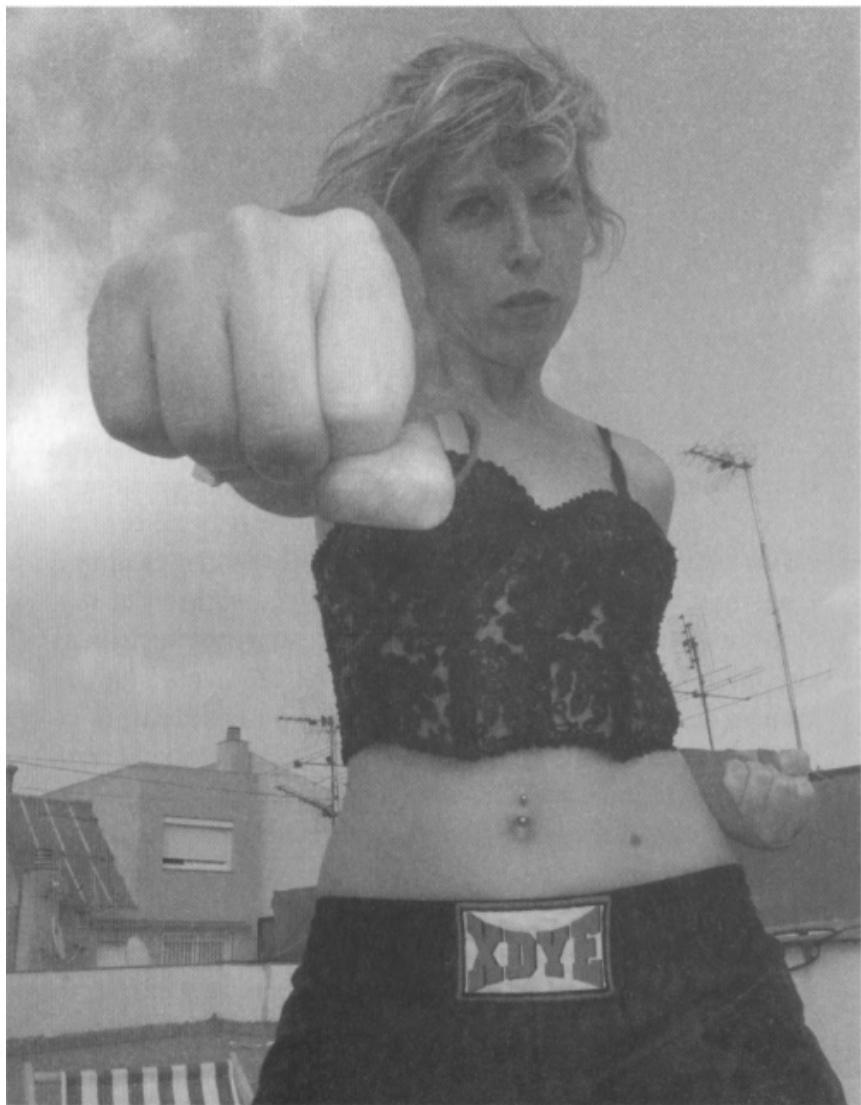
Majo: «Todas las construcciones de género están hechas desde la norma patriarcal. Ante una mujer muy masculina los hombres sienten una provocación hacia ellos, pueden hasta pegarle, pero a la vez hay algo de respeto. Ante una mujer muy femenina sienten atracción, sus deseos convertidos en realidad. Y te respetan menos porque sienten que eres de su propiedad».

teledirigidas incontroladas pollas a descargarse, es que eres una mala puta.

Hace años juraba y perjuraba que yo me vestía de puta porque me daba la gana y totalmente al margen de lo que los hombres pensasen. Pero no es cierto, es imposible construirse al margen de la mirada masculina hegemónica. Todas las perras con las que he hablado me han explicado cómo su puesta en escena ha ido adaptándose a sus necesidades de responder a la continua interpellación pública de los machos.

Majo descubrió que, rapándose la cabeza o calzándose botas de comando, los chicos percibían un cortocircuito en su imagen de lolita fatal entrable y se lo pensaban un poquito más antes de molestarla. A Paula empezaron a pesarle demasiado los comentarios continuos en las calles de Buenos Aires y descubrió que podía diluir su cuerpo espectacular en ropa ancha y ser más invisible cuando lo desease. Vero ha ido depurando sus tácticas de respuesta y ahora, cuando vislumbra al final de la calle algún macho cabrío dispuesto a interesarla, se va preparando uno de sus eructos de las cavernas. Laura, en su época de revelación feminista universitaria, estaba tan cabreada con la violencia machista que, ante un silbido masculino, gritaba desde su metro cincuenta: «Ven aquí cabrón, que te corto la polla». Carmela empieza a disfrutar cada vez más de la sensación testosterónica que le aporta practicar artes marciales cuando se enfrenta en la calle a algún viandante molesto. Begoña y yo en una época nos peleamos tantas veces con babosos que en vez de salir de fiesta, parecía que íbamos de combate.

La respuesta a la molestia permanente de los machos forma parte de nuestra construcción de perras. Muchas veces nos han aconsejado discreción: si no fueras vestida así, tendrías menos problemas. Ésta es una opción, camuflarse, renunciar a



Carmela: «Cada vez me siento más fuerte y más segura. Ya no me siento mal después de responder a una agresión masculina. He empezado a practicar artes marciales y me gusta esta sensación testosterónica, aunque con control. Nunca hay que quedarse impasible, es un error».

la imagen que deseas de ti misma para vivir más tranquila. Todas lo hemos hecho en algún u otro momento. «Yo antes vivía en La Mina —me contó Sara—. Llevaba un vestido para salir de mi barrio, en mi entorno me ponía otra ropa y cuando tenía que regresar, volvía a disfrazarme». A veces es una cuestión de pura supervivencia.

Kill Bill inspiración

Cuando se habla de violencia de género, pocas veces se alude a la capacidad que las mujeres tenemos —por estar dotadas de piernas, brazos, habla y entendimiento— para defendernos. Que una mujer no necesite una figura masculina —ya sea otro hombre o un policía— para librarse del acoso machista parece algo todavía más peligroso que la violencia en sí. Que las mujeres podamos aliarnos entre nosotras para estar seguras, mejor ni mencionarlo. He acudido a dos cursos de autodefensa para mujeres a lo largo de mi vida. El segundo fue hace cinco años y lo organizamos desde el colectivo *ex_dones* tras la violación que sufrió una de nosotras. Esta vez las asistentes éramos mujeres, maricas, trans... nuestra fauna. Todas aquellas agredibles.

Lo más valioso que aprendes en un curso de autodefensa para mujeres no tienen por qué ser las técnicas y llaves. (Nuestra aguerrida monitora Maru trató de enseñarnos a dar volteretas en el suelo hacia atrás y a quedar en posición de ataque. Aunque hoy nos descoyuntaríamos al intentarlo, entonces nuestros músculos estaban calientes y tensados por la rabia. Además, eran los tiempos en que se estrenó *Kill Bill*.) A veces basta con descubrir que puedes reaccionar, a pesar de todos los

mensajes con los que nuestra cultura patriarcal trata de infantilizarnos a las mujeres. Y en eso, las que recibimos continuamente la interpelación babosa de los machos por nuestro aspecto de zorras, somos expertas. A fuerza de necesidad.

«Los tíos están acostumbrados a que se lo pasemos —afirma Majo—. A que ellos pueden faltarnos al respeto y nosotras respiramos hondo. A que las mujeres seamos comprensivas. Pero si cada vez que nos molestan se llevasen una hostia, aunque no fuera física, se lo pensarían dos veces. Yo a veces tampoco respondo, porque me aburre hacer cada cinco minutos un corte de mangas, paso de largo y hago oídos sordos, pero eso crea un hábito masculino en el que ellos se sienten con el derecho constante de entrar a una tía.»

Cuando van pasando los años y a una no le apetece camuflarse ni abandonar en el fondo del cajón las medias de red rotas, no queda otra. Te curtes, se te forman callos en la región de la lengua donde brotan los desplantes, te vuelves a la vez más cauta y más chula. «Cada vez me siento más fuerte y más segura, ya no me siento mal al responder de forma contundente a las agresiones masculinas. Creo que siempre hay que responder a las agresiones, pero controlando la situación, no metiéndote en un berenjenal del que no puedas salir. Nunca hay que quedarse impasible, es un error», me contaba Carmela.

Una noche del pasado verano regresaba a casa sola después de trabajar. Habitualmente viene a buscarme Maro, pero ese día atravesé el Raval sola a las tres y media de la mañana en minifalda y tirantes. Era verano, ya lo he dicho. Calor sofocante en Barcelona. Ya no soy una cría, sé lo que hay. Los bares a esa hora acaban de cerrar y la gente vaga borracha y sin rumbo por las calles. De haber sabido que tenía que regresar sola, me hubiese puesto una falda más larga; la minifalda provoca miste-

riosamente en muchos hombres reacciones avasalladoras hacia la mujer que la lleva. Ésta es una de cientos de anécdotas que podría contar a lo largo de mi vida, no tiene nada de especial.

Cerca ya de mi casa, tres chicos empezaron a molestarme. Yo hablaba por el móvil con un amigo y, encolerizada, cerré la tapa y me encaré con ellos. El más borracho y pesado estaba ya a punto de agarrarme cuando empecé a gritarle: «Déjame en paz, ¿te parece que tengo ganas de irme contigo?». La tensión contenida de todo el trayecto me había cargado de ira. El chico me insultó y quiso pegarme y su amigo lo retuvo, recuerdo que le dijo: «Déjala, no ves que está loca». (Ésa es una estrategia: si te rebelas en un tono muy contundente, piensan que te falta un tornillo. Las mujeres nunca debemos responder, menos aún en voz alta.) Eran tres chicos latinoamericanos, probablemente ecuatorianos y casi seguro ilegales. Los amigos del que primero quería seducirme y después golpearme estaban muy nerviosos y trataban de llevárselo de mi lado. Pero el machismo parecía ser más fuerte en aquel energúmeno que su miedo a ser detenido.

Yo no soy imbécil, conozco mi barrio y sé que si las cosas llegan a ponerse complicadas para mí, a escasos diez metros había una comisaría. Las mujeres cuando caminamos solas por la noche tenemos el GPS mental más que encendido, no hay otro remedio. Si es muy de noche y la calle está desierta, coloco las llaves hacia fuera con el puño cerrado por si tengo que defenderme. Vigilo mi espalda. Voy por el centro de la calzada, nunca arrimada a los portales. Jamás entro en un ascensor con un desconocido si no me siento segura. Ya intentaron violarme así cuando tenía quince años.

Ésta es la vida de las mujeres, sobre todo de las mujeres que no salen siempre con un hombre al lado. Así es, nunca puedes

bajar la guardia. Al menos si vas sola de noche. Y a veces es inevitable. Todavía más si esa noche te has vestido con poca ropa. O si eres rubia, que yo no lo soy. Una grafitera a la que conocí hace años me contó que una temporada se tiñó el pelo de negro y notó un respiro desconocido por la calle. Ya no recuerdo su nombre y el ayuntamiento de la ciudad ha borrado sus preciosos grafitis de los callejones por los que pasó, pero aquella chica rubia me dijo algo que recuerdo palabra por palabra: «He regalado demasiado mi inocencia a las calles».

Qué hace una chica como tú en un sitio como éste

Hace unos diez años, una madrugada en las fiestas de Bermeo, estábamos viendo salir el sol y escuchando Eskorbuto. Había una chica desconocida, rubia oxigenada, guapísima, ceñida marcando un cuerpo de vértigo. Las otras chicas que estábamos en el grupo éramos amigas, nos habíamos conocido en un grupo feminista en la universidad, todas llevábamos el pelo corto y una estética *euskal punk*. Recuerdo a la chica rubia sola encendiéndose un cigarro al amanecer en su cuarto por cuarto, parecía un anuncio de Marlboro. Una amiga me contó que la habían violado dos veces. Las dos nos quedamos mirándola con distante cariño y lo comentamos: su feminidad era un grito.

Me sigue molestando muchísimo que me recomiendan cambiar (además, los consejos normalizantes caen en mi saco roto). Volverme más discreta, taparme más, diluir mis curvas en ropa ancha, maquillar menos mis párpados, bajar la cabeza, oscurecer mi estampa. Para mí sería una claudicación. Y jamás se me ocurriría decirle a nadie: querida, enseña más las cachas. Cómo intervenimos en nuestros cuerpos son cuestiones iden-

titarias de cada una, punto. Una vez le conté a un imbécil que me habían agredido en el metro a las siete de la mañana mientras iba a trabajar y me preguntó: «¿Cómo ibas vestida?». Casi me parece más machista quien intenta culparme de la agresión que yo he sufrido que el desconocido que me avasalla.

A las mujeres que aireamos nuestros muslos nos gusta tan poco como al resto que nos agredan. Cada vez que respondemos a un ataque, estamos defendiendo la seguridad de todas las mujeres. Cada vez que una puta le muestra a un cliente en cualquier parte del mundo que es ella quien controla la situación, salimos ganando todas. Nuestro *tamagochi* Pussy Power (literalmente, «poder del coño») suma nuevas vidas. Cada vez que una perra se atreve a salir a la calle envuelta en transparencias, con la lengua afilada para la respuesta y el paso firme, la misoginia imperante pierde puntos. Aunque sean poquitos, el enemigo es muy grande y cualquier pequeña victoria cuenta.

Y ahora os regalo esta historia que me contó Vero. Nunca me dejará de admirar su capacidad de anteponer la ironía para resistirse al trauma. Ahí va:

«Yo tenía diecisiete años y trabajaba de prostituta en Madrid, en Rubén Darío. Me había largado de casa con quince y entonces, para buscarme la vida, decidí aprovechar una de las armas que tenía. Por lo que me machacaban de un lado, del otro me querían utilizar. Me paró un cliente, como siempre le dije que cobrábamos por adelantado. Una vez en su coche, yo bajo la cabeza para sacar de la riñonera el preservativo y en ese momento el tío me pega con el puño en la cara, me pone la mano en el cuello y me dice que me iba a follar y no iba a pagarme un duro. Y que depende de cómo me comportara, así recibiría.

»Y nada. Ahí me puse a chupar sin condón porque claro, como era una violación, pues no iba a acceder a ponérselo. Eso

sí, para metérmela sí que se lo puso, ella muy divina —aclaro que se refiere al violador, Vero acostumbra a hablar en femenino de los hombres, “las machas” para ella—. Porque como soy puta y las putas tenemos muchas enfermedades, no iba a ser que le pegara algo. Después puso el coche en marcha y no me dejaba bajar, su actitud era agresiva en plan «no sé todavía qué voy a hacer contigo». Siguió dos manzanas más allá de donde habíamos aparcado, yo empecé a suplicarle que me dejase bajar. Se había saltado dos semáforos en rojo pero en el tercero había dos coches parados delante, paró y conseguí largarme corriendo.

»Cuando volvía caminando a la zona de trabajo donde estaban mis compañeras, vi pasar uno de tantos coches de policía que patrullaban por la zona para hacer controles de alcoholmia y pedirnos la documentación a nosotras constantemente, y les dije lo que me había pasado, que me habían violado y que quería poner una denuncia. Me contestaron que si no hiciera de puta estas cosas no me pasarían, que mira cómo iba vestida. Ésta es la respuesta que yo recibí de un cuerpo de autoridad y es lo que de verdad me indigna, que una estructura social jurídica me diga esto, que un madero me diga esto... Lo piensas pero te lo callas. Esto me sucedió en 1991.»

A pesar de tanto acorralamiento, de tanta violencia, mi madre, Maribel, se enfundaba en sus tejanos estranguladores, alzaba sus tetas al infinito del cielo gris de Rentería, erguida en sus tacones de nueve centímetros sobre las baldosas irregulares de nuestro barrio, tan jodida y tan bella, sobreviviendo a tanto para dárnoslo todo, para regalarnos su alegría de mujer maltratada que siempre pudo con todo. Que siempre nos enseñará que, hasta en los peores tiempos, habrá algo de las mujeres, de las vencidas, de nuestro amor... que saldrá ganando.

La boa de plumas como resistencia

*Queríais que fuera caperucita
y le cambié el guión al lobo,
que también estaba hasta la polla.*

Diana Junyent, pornoterrorista

La recreación de una futura feminidad espectacular fue un refugio íntimo en mi infancia. Llegué a asociar esta imagen *vamp* con mi ansiada autonomía, con ser conductora de mi destino, con librarme de mi padre. Hoy me siento fuerte, casi invencible, ataviada con plumas, volantes, vinilo, lentejuelas, plástico rosa, coronas de *miss* del *todo a cien*, tutús en la cabeza, transparencias, corsés, vestidos de cóctel, dorados, peluchones fantasía, leopardo sintético... Siento que nada malo me puede suceder con una boa de plumas alrededor del cuello, como si de una ristra de ajos antivampiros se tratara. ¿Es estúpido mi paraíso? Y el de quién no.

No todo es proyección ilusoria.

Invierno de 1993, Iruñea, calle Descalzos, bar 35, pasada la medianoche. Un grupo de amigas bebemos y bailamos pegadas a la barra. El local está muy concurrido, como siempre. Suena la canción más conocida de la brasileña Xuxa, actriz

porno reconvertida en presentadora de programas infantiles. Nosotras movemos los brazos en el aire en un ataque de euforia alcohólica y berreamos el estribillo indescifrable. De pronto entran tres o cuatro chicos sudorosos a la carrera y bajan la persiana metálica del bar. Si una no se encontrase en zona *kale borroka* le daría un infarto, pero las guerras nos acostumbran a casi todo. Continuamos bailando.

Pasan unos segundos en los que los *gudaris* se confunden en la multitud y la persiana vuelve a subirse. El 35 se llena de maderos antidisturbios. La inconsciente Xuxa sigue cantando. Los policías avanzan hasta el fondo del bar a mamporrazo limpio y comienzan a sacar a la gente con su habitual delicadeza. El pánico colectivo se concentra en una imagen terrorífica: *el túnel*. Se trata de una práctica policial que consiste en un pasillo flanqueado por dos filas paralelas de agentes a través del que obligan a salir a la concurrencia de un local. El juego es muy sencillo: los guardianes de la ley deben afanarse por conseguir que cada civil reciba el mayor número de porrazos posibles. El ritmo del *túnel* lo marca la autoridad, por supuesto. En algún momento Xuxa enmudeció.

Begoña y yo nos estrechamos. Esta vez no nos libra ni la virgen. Recuerdo a un madero golpeando con especial saña a una chica de estética *borroka*: pelo a capas, palestino, camiseta a rayas. Llega nuestro turno... El señor agente que va dando paso al túnel interpone su brazo entre nosotras y los perros rabiosos: «Pazen zeñoritas». Las porras se congelan en *pause*. Otro madero, ya en la calle, nos aconseja con tono paternal: «Ir por ahí, que en el otro lado hay jaleo. Buenas noches».

La adolescencia de Bego y mía fue muy aguda, estábamos deslocalizadas en todo lo que podíamos estarlo. Dos pequeñas vampiresas, vestidas siempre de terciopelo barato y encaje sin-

tético, escotadas hasta el ombligo, pintadas como puertas, bai-lando Kortatu y Barricada en la zona *borroka* de Iruñea. Nadie nos dirigía la palabra aunque nos tenían más que vistas. Can-tábamos como almejas en aquellos antros donde la homoge-neidad estética era un credo. Nuestra vocación de raritas era demoledora. Ni siquiera recuerdo que fuésemos conscientes de no encajar. Pérfida y adorable adolescencia, la convierte a una en rata de laboratorio de sí misma. Pero, esta vez, nuestra extrañeza nos libró de unas cuantas hostias.

La piel de perra como camuflaje

La represión policial concreta, directa e inmediata, es decir, la probabilidad de recibir porrazos, balas de goma, botes de humo, responde a lógicas de acción-reacción a veces muy sim-ples. Un músico me contó hace años como, una noche en que venían de tocar con su banda, se toparon de frente con una jauría de antidisturbios. Él era trompetista. Los policías se lan-zaron hacia ellos y entonces, como no tenían nada que perder, empezaron a tocar. Los maderos se quedaron paralizados, fue-ra de juego... Nadie les había explicado nunca cómo reaccionar cuando los sujetos a reducir, en vez de salir corriendo, insultarles, o cubrirse el cuerpo para minimizar el impacto de los golpes, empiezan a entonar *La cucaracha*.

Vero, cuando salimos juntas y hay que esconder alguna sustancia ilegalizada para consumo lúdico y propio, siempre me lo dice: «Maricón, me lo guardo yo en los huevos que a mí ningún policía me va a tocar entre las piernas». Es más fácil que un policía moleste a Vero que a mí porque ella es transe-xual y, según los prejuicios generalizados, puta. Pero, al mis-

mo tiempo, su rareza alza una barrera física que la vuelve más intocable que a mí, al menos en esas nebulosas regiones de nuestros cuerpos. A menudo, por donde se nos reprime hallamos la vía de escape. ¿Por qué no utilizar todos los recursos que tenemos en este baile de máscaras?

«No voy a renunciar a esto, tampoco tengo millones de armas. Con mi feminidad me siento a gusto y sé cómo moverme en el mundo. Cuento con el poder que me da mi imagen femenina. Si un escote te descoloca es tu problema, chico. A mí no se me va la olla ante un torso de gimnasio», argumenta Mónica. Habrá quien piense que para ser una digna mártir de la lucha hay que tener unos cuantos porrazos marcados en las costillas. Mi respuesta es: las mujeres, casi todas, tenemos ya demasiadas marcas de violencia. Yo no necesito colecciónar más.

Defenderé con uñas y dientes a la *borroka* que sale a la calle con su palestino y a la punki que nunca doblegará su cresta, a pesar de que yo prefiero pasar desapercibida ante la policía. Aplaudo su valentía, su tozudez, y siento como su resistencia diaria me hace a mí más fuerte. Igual que la negativa permanente de la marimacho a humillarse con una falda me insufla baterías. Soy un *tamagochi* y mi vida se alarga con sus insurgencias cotidianas. Por eso me apena que algunas no aprecien en mi feminidad putonesca e irreverente una rebelión de género. Que no se den cuenta de cómo, cada vez que demuestro a un tío pelmazo o a una señora de bien que una mujer se puede hacer respetar incluso cuando lleva las medias de red rotas, a ellas también se les cargan las pilas de vatos antipatriarcales.

Además, nunca hay que menospreciar desde la estrategia activista la capacidad de camuflarse. Alfredo cuenta este mo-



Mónica: «Llegó un momento en que me dije: pues sí, voy a utilizar el poder que me da mi imagen femenina. Lo sigo utilizando y soy consciente de ello. La parte negativa también me la tengo que tragar, ¿no? Si un escote te descoloca, es tu problema, chico. A mí no se me va la olla ante un torso de gimnasio».

mento memorable: «Hay un episodio que me ha marcado mucho. Habíamos ido a Bruselas para responder a un encuentro del FMI. Había una concentración antisistema enfrente del hotel donde se reunían los jerifaltes y todo el mundo estaba con sus pasamontañas y su imagen dura. Nosotras estábamos vestidas todas de chicas con nuestros tacones, muy extremas. Pasamos por delante de la policía, que estaba pendiente de aquéllos a los que identificaban como activistas y a nosotras no nos hicieron ni caso. Entramos tan tranquilas dentro del hotel y colgamos la pancarta. ¡Mira qué poder! La sociedad nunca hubiera pensado que esta marica loca iba a atravesar un cordón de antidisturbios».

Perras y demás animalillos

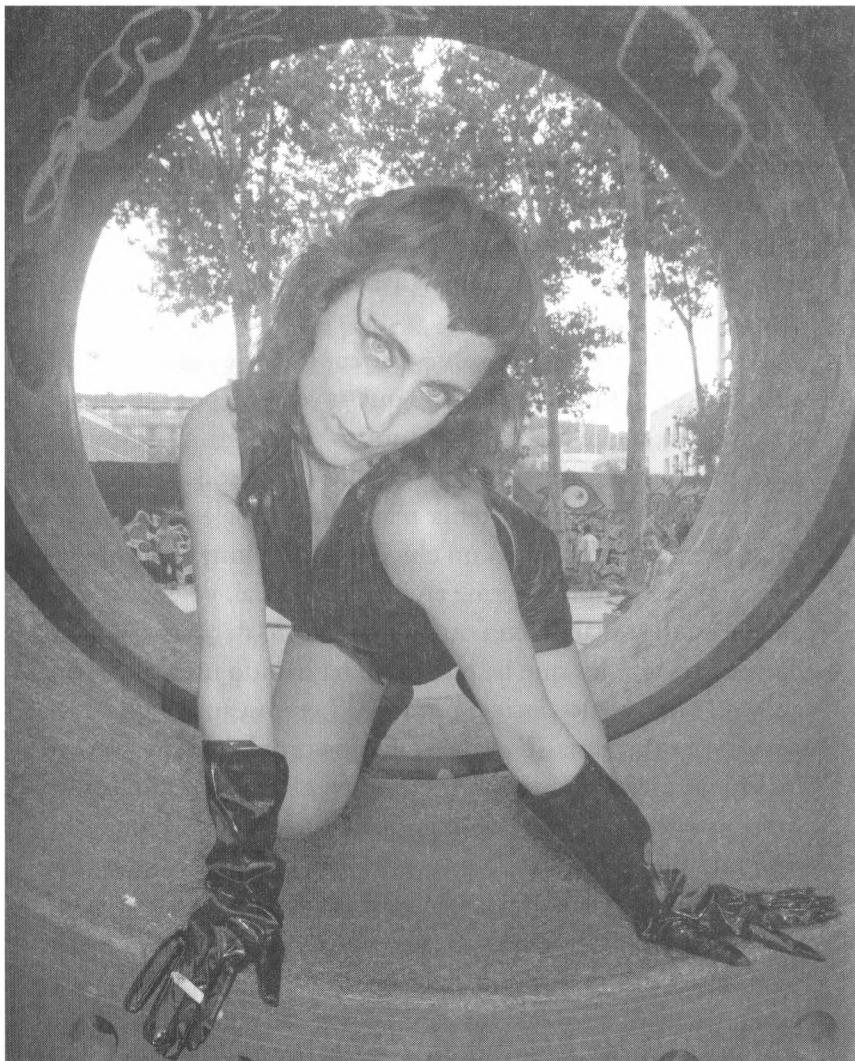
Hace más de diez años, acudí con un amigo a una reunión de maricas jóvenes en el antiguo local Txokolandan del colectivo EGHAM en Bilbao. Yo era la única mujer biológica de la reunión; el único chocho, vamos. Fue un poquito extraño, los chicos me miraban raro al principio y yo tampoco terminaba de saber qué hacía allí, pero me quedé. Después nos fuimos de fiesta por el ambiente, yo estaba encantada y excitada como una perra lubrica viéndolos ligar entre ellos. Uno me dijo: «Las mujeres y las maricas tenemos que estar unidas porque tenemos el mismo enemigo». Entonces aquello era impensable porque el feminismo era de las mujeres, los gays estaban con los gays, las lesbianas con las lesbianas. Todo era muy identitario y no había mezcla.

Ahora, en Barcelona, en mi comunidad de perras y demás animalillos, estamos las bollos, las maricas, las y los transgénero,

las heteras insumisas, los chicos que no quieren ser machos, todas entrelazadas. Y el único colectivo del que he sido socia en mi vida es el Front de Alliberament Gai de Catalunya, que hace un trabajo contra la homofobia único, imprescindible. Y no necesito que en sus siglas yo quede reflejada en tanto que mujer ni en tanto que bollera. Además, nadie me puede negar que soy una marica más.

Mi perra Carmela me contó este capítulo de sus devenires: «No me cabe la menor duda de que tuve una época de dos o tres años en la que fui gay. Mi entorno era un grupo de chicos gays, mi comportamiento y mi sexualidad eran de gay. Me enamoraba de chicos gays, tenía relaciones sexuales con chicos gays. Me trataban como a un chico y eso era muy bonito porque a mí me permitió verme en otro rol sexual, yo era un chico que estaba follando con otro chico. Puedo decir que con los chicos gays con los que he estado no ha habido un mal polvo, cosa que no puedo decir de muchos heterosexuales que han pasado por mi cama. También tuve los problemas que tienen los chicos jóvenes gays. Me robaron en el cuarto oscuro de la Metro y tuve un tipo de condilomas rectales que se contagian sobre todo en relaciones homosexuales».

Así como la revelación feminista nos volvió críticas con la feminidad aprendida, más tarde, el contacto con el mundo marica supuso para nosotras el descubrimiento de unas nuevas y mutantes señas de identidad como perras. «Empecé a salir mucho por bares y discotecas gays, tenía muchas amigas *drag queens*. ¡Qué glamour! Redescubrí la feminidad con mis amigos maricas, pero ya no era la feminidad cursi e inconsciente de las chicas. Era subrayada, recargada de purpurina, hortera, descarada, no sutil, una feminidad de puta. Tenía veintidós o veintitrés años y para mí fue un descubrimiento», recuerda Laura.



Laura: «Tras mi etapa de rebelión feminista, estética *punk butch* y mucho cabreo, redescubrí la feminidad con mis amigos maricas y *drag queens*. ¡Qué glamour! Pero ya no era la feminidad cursi e inocente de las chicas. Era subrayada, recargada de purpurina, hortera, descarada, no sutil. Una feminidad de puta».

La feminidad espectacular e insurgente de la que hablo es marica y transexual. Mi amiga travesti Jordi/Gina Burdel dice: «Soy una caricatura de todo lo que el hombre ha intentado inculcar a la mujer y la mujer no ha aceptado». A menudo, como señala Alaska, esa otra sabia, las feministas han juzgado mal la feminidad paródica exhibida por maricas, travestis y transexuales. Han desaprovechado la oportunidad de aprender de ellas cómo desmontar desde otro frente el género mujer. Han perdido a unas aliadas políticas muy poderosas y tenaces. Aunque cada vez más, al menos desde mi ventana, las fronteras identitarias se diluyen y las alianzas políticas van multiplicándose hasta el infinito.

¡Nos tenemos que unir todas!

A veces duele no ser aceptada en el lugar que tú crees que te corresponde, duele mucho. Paula relata así su aterrizaje en el mundo okupa de Barcelona: «Yo vine a Europa fascinada por los movimientos sociales alternativos. La primera vez que fui a un concierto en una casa okupa, iba divina de la muerte para lo que era aquel ambiente y me quedé extrañada, porque no es que me rechazaran pero no me acogieron, no fueron muy generosos con su cariño. No estaba allí en plan policía secreta, había llegado con una colega argentina okupa que todo el mundo conocía pero de alguna manera desconfiaban de mí. Yo lo percibía y era todo una cuestión de apariencia. Nadie me hablaba, me tuve que emborrachar sola para divertirme. Me sentí un bicho raro y pensé, ¿dónde está mi lugar? He comprendido que nosotras tenemos que construirnos nuestro lugar porque no existe».



Paula: «He descubierto que puedo molestar a gente que quiere imponer una vestida de rosa. Todo el mundo me conoce, saben que soy una activista, que



no feminidad y ahora lo disfruto. Voy a fiestas okupas rubia platino y toda he dado conferencias y talleres. Y todavía les descoloco con mi imagen».

Manuela Trasobares lo dijo hace más de diez años en aquel célebre programa de la televisión valenciana antes de estampar un vaso de cristal en el suelo del plató: «Tenemos que ser fuertes, nos tenemos que unir todas». Vero me lo explicó así cuando la entrevisté: «Tenemos que ir juntas la de la falda y la del pantalón porque así se consigue una lucha frontal real. Una de las estrategias de lucha, y esto es un concepto muy masculino, es la reagrupación de tus miembros para poder oponerte a un frente. Los hombres siempre se alían entre ellos».

«Yo siempre creí en la unidad de la lucha, el sistema trata de separarnos para que tengamos menos fuerza, las putas por un lado, las trans por otro, las feministas por otro, las okupas por otro y en realidad tenemos que aprender a respetar las diferencias, a no imponer nuestras ideas sobre los demás, nuestros deseos físicos, sexuales, nuestras ideologías. A no ser autoritarias. Si somos luchadoras, reivindicadoras sociales, tenemos que romper de raíz con esto para poder estar un poco más tranquilas, más felices y para poder hacer frente a este monstruo de sistema que cada vez nos va comiendo más y más y más y del que no hay forma de escapar», concluye Paula.

Pobres pero divinas

La feminidad extrema de la que hablo es también precaria, pobre, y de alguna manera conjura nuestras miserias. Lo digo desde la sinceridad de mis bolsillos vacíos. Natacha, una *vedette* y prostituta transexual de edad indefinida amiga nuestra, me lo decía una noche: «Estoy sola en mi casa, viendo la tele con la nevera vacía, pensando en que he trabajado toda mi vida y no tengo nada. No me voy a quedar en casa sola y deprimida; me

pongo un vestido bonito, me maquillo, salgo a buscaros para reírnos y ser las reinas de la noche. Y me olvido de todo lo malo. Esto es lo único que tengo». ¿Por qué no? La feminidad impostora de la que hablo es otra forma de resistencia anticapitalista en el sentido de «no nos vais a joder la fiesta».

Cuando no te llega el dinero ni para comenzar el mes, cuando la especulación inmobiliaria te ahoga, cuando vives en una ciudad donde casi hasta respirar está prohibido o tiene un coste, tropezarte con una boa de plumas despelujada por la calle es como una señal divina. Te la enredas en el pelo a modo de corona bastarda y elevas la barbilla en medio de la noche. Adoro a esas viejecitas que pasan a mi lado lentas y tambaleantes, pero altivas, con el maquillaje desdibujado por el pulso tembloroso, el fino trazo de sus cejas repasado como un tatuaje de juventud y vivos colores en sus vestidos trasnochados. Y una dignidad a prueba de bombas y de hambre. (También me encantan las ancianas que deciden pasar de todo y se dejan crecer sus tiesos bigotes.)

La pobreza oculta de nuestras viudas es más insultante que ninguna blasfemia. Se hacen mayores desprotegidas, se quedan solas, sirvieron a un sistema como trabajadoras a tiempo completo y sin contrato, cuidaron a padres, esposos, criaturas, y ahora malviven con apenas trescientos euros al mes y soporan el *mobbing* inmobiliario más atroz. Los datos son escalofriantes. «En una carnicería me comentaron que estaban sorprendidas porque varias mujeres mayores iban a pedir restos para el perrito. Se preguntaban si todas las mujeres mayores que vivían solas en el barrio tenían perrito, porque nunca los veían. Al final se enteraron de que querían los restos para comer ellas», me contaba hace años Pilar Mora, defensora a ultranza de las viudas en Barcelona.

Ahora vivo en Poble Sec, el barrio del mítico y derruido cabaré El Molino, donde siguen residiendo muchas de sus antiguas *vedettes* y coristas. Yo creo verlas por todas partes. Hace unos días coincidí con una en la frutería. Pelo rojo cardado, cejas carmín, zapatillas de andar por casa con tacón, bata de flores ajustada. Arrastraba los pies y no conseguía encontrar los pimientos dentro de la gran tienda de verduras. Compró apenas tres piezas y pagó con monedas pequeñas. La vi alejarse con su inconfundible porte de reina del espectáculo, abriéndose paso entre la gente como si resonaran muy dentro los aplausos.

Maro me habló de Susan, una viejecita que nunca se cansaba de repetir remotas historias de sus años como *vedette* en Toulouse. Susan apenas podía caminar, pero una tarde se calzó sus viejos zapatos de tacón y salió en busca de los riscos de Puycelci. Apareció muerta a la mañana siguiente, despeñada. La gente del pueblo pensó que había perdido la cabeza al subir con unos tacones tan temerarios para su edad; Maro y yo creímos que Susan cumplió con un íntimo ritual en el que deseaba despedirse como ella se recordaba a sí misma. Pedro Lembel recoge en su arrebatado *Loco afán* la última voluntad de la travesti Chumi. «Solamente quiero que me entierren vestida de mujer, con mi uniforme de trabajo; con los zuecos plateados y la peluca negra. Con el vestido de raso rojo que me trajo tan buena suerte.»

La Rifa del Glamour

En febrero de 2006, unas amigas nuestras fueron detenidas sin razón y acusadas falsamente de herir de gravedad a un policía. Yo, que soy vasca y creía que el abuso de las fuerzas del orden

ya no podía sorprenderme, me quedé horrorizada ante el montaje y la injusticia a las que nos enfrentábamos. Han sido años de lucha colectiva y de mucha rabia. También había que conseguir abundante dinero para los abogados. Laura ideó una tómbola en la que sorteábamos cuadros, joyería, masajes, servicios varios, un cunnilingus... La llamó La Rifa del Glamour y gracias al esfuerzo colectivo y a la risa, reunimos en poco tiempo unos dos mil euros. El cartel rosa fucsia rezaba: «Si la defensa no es un derecho, el glamour es nuestra respuesta».

Hemos necesitado mucho glamour para sobrevivir a esto. Mucha fiesta, mucho calor de manada, mucha resistencia a la tristeza, mucho exorcismo del miedo.

«Lo pienso en una escala más pequeña —explica Laura—, cuando te encuentras a una cajera de supermercado amargada, mal follada, que notas cómo tu propia existencia le molesta, es fácil responderle de la misma manera pero es una actitud que no sale de ti. Creo que la mejor forma es sonreír, ser exageradamente amable y de alguna manera decirle: no me vas a amargar el día, cabrona. La Rifa del Glamour era un poco esto: no nos vais a hundir.» El glamour parece un concepto ajeno a las luchas sociales, opuesto. Burgués, consumista, clasista y patriarcal. Siempre, según se mire y practique. Para Laura, «el glamour es vomitar borracha por la calle pero de una manera muy elegante. Es hortera, es sucio. Me encanta el glamour del *todo a cien*, no se puede encontrar glamour en Chanel».

La rebelión en el placer

Al margen de todos los argumentos que se puedan esgrimir contra la feminidad como construcción de un ideal de mujer

para los hombres, hay una sospecha que me asalta siempre en este tema cansino. Detrás de tanto avasallamiento vislumbro un vuelo de sotanas, más bien de hábitos. Cierta herencia cristiana-comunista que aplaude el sacrificio y la renuncia como pasaportes hacia la liberación de las mujeres. Todas las perras con las que he hablado coincidimos en ello: la voluntad de construirnos desde el placer. Y siento como esta vigilancia permanente —a una misma y a las compañeras de lucha— se suma a todas las otras violencias interiorizadas con las que se nos intenta domesticar.

«No hay nada que joda más al sistema que el hedonismo», me dijo Helen una tarde de lluvia. A todas aquellas que transgredimos la norma heteropatriarcal (bollerías, maricas, transexuales, putas, feministas...) se nos exige pagar el peaje de la desdicha. Podemos existir en los márgenes, pero siempre que seamos profundamente desgraciadas. De nosotras prefieren ofrecer siempre imágenes victimistas, no vaya a ser que cunda el ejemplo. (O asimilarnos domesticando nuestra lucha. Leed *Ética marica* de Paco Vidarte, malditas.) Por eso me parece tan subversivo exhibir nuestra felicidad.

Esa culpa aguafiestas adherida a nuestro gozo nos la hemos ido desincrustando por el tortuoso camino de la zorreña. Hemos descubierto aliviadas que se puede volver a casa con los dedos impregnados de una orgía y sólo sentirse deliciosamente sucias y plenas. A veces follando y riendo, te sacude por dentro una explosión liberadora, como si se rompiera de una vez el encantamiento patriarcal que nos volvió esclavas temerosas antes de haber nacido. «Nada me hace más feliz que sentirme comprendida y conectada con otros seres perversos... morder las carnes más jugosas, meterme dentro de sus entrañas... sacrificando con entusiasmo

nuestras propias pieles... ¡como brujas ensangrentadas, locas, gritando eufóricas, follando como salvajes!», aúlla Mariana en su blog tras una noche mágica de amor en manada.

«A mí me gusta más la fiesta que a un tonto un lápiz, bastante tiempo hay en la vida para llorar», me decía Pilar. Y sólo hay que verla. «Això és vitalitat», me dijo una siquiatra feminista hace años cuando yo confesé en la mesa que era muy puta. Aquellas palabras me supieron a gloria. En realidad, viniendo de una loquera, fueron casi una salvación. Nell Kimball evoca la primera experiencia gozosa que en su remota infancia le mostró cómo la vida no tenía que parecerse siempre al infierno de violencia y miseria que se encontrara al nacer, en aquella granja infecunda a mediados del siglo XIX en Illinois. La que lo revivía era ya una anciana, pero hoy al leerla imaginas a la niña Nell y casi notas la dulce lluvia acariciando la piel.

«Recuerdo que el verano en que tenía ocho años me puse a correr fuera desnuda, como Dios me trajo al mundo, bajo una cálida lluvia. Simplemente corrí, grité sonidos locos y reí como si tuviera un ataque, con el barro chorreándose los dedos del pie y los viejos manzanos con sus troncos todos negros y brillantes por la lluvia. No podía dejar de gritar. Llegué al maizal y me quedé ahí, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y la lluvia bañándome, y la boca abierta bebiendo de la lluvia, y sintiéndome toda caliente y a gusto y rara también, mientras ponía las manos entre las piernas ... Ahora me doy cuenta de que aquella fue la primera vez que comprendí lo buena y agradable que podía ser la vida.»

Desde aquella tarde en que *Transgresoras* de Alaska iluminara un nuevo y selvático territorio en el que adentrarme, miles de vientos a la contra me han hecho dudar, extraviarme. ¿Qué coño hago yo investigando la hiperfeminidad? ¿No hay mil temas más subversivos o urgentes con los que perder mi tiempo? ¿Vas a dedicar tu primer libro a retratar a todas las perras lúbricas que te rodean? Sin vacío ni pérdida no se avanza. Pero hay palabras que te persiguen, que desencadenan algo en tu interior, remueven, alivian, socavan, liberan. Y hacen sitio para cosas nuevas. Como un sortilegio. En otoño de 2002 escuché a la filósofa francesa Françoise Collin un puñado de esas palabras que, una vez aprehendidas, ya no tienen marcha atrás.

«Hay algo que es dejarse llevar y que es humano y que forma parte del destino de las mujeres. No sé si he llegado a estas conclusiones por mi edad, pero hay una liberación que significa consentir. Y no hablo de resignarse. Libertad es buscar lo que no ha nacido, pero también acogerse a sus límites. Esto es contradictorio, pero la existencia es siempre contradictoria.»

No hay mayor insumisión que la risa y el placer. Me niego a ser una guerrera de ceño eternamente fruncido y piernas cerradas. Me resisto a sentirme culpable por haber sobrevivido. Me opongo a reprimir mi deseo y a congelarme como bestia en permanente alerta. La serena voz de Paula concluye: «Aunque seamos muy reivindicativas y críticas con el sistema, hay cosas que nos van haciendo felices, cosas que ya existen y cosas que vamos creando. Y las cogemos».

Con P de puta (perra)

*Y aquel que dice que no vende nada,
que levante, que levante el dedo.*

Peret

«Toda chica está sentada sobre su fortuna, si al menos lo supiera.» Así comienza *Memorias de una madame americana*, la autobiografía de Nell Kimball que Helen puso en mis manos una tarde oscura para arrancarme de las garras de la tristeza. Éste era el consejo que la niña Nell escuchaba en la infértil granja de Illinois donde se crió a mediados del siglo XIX en boca de su amada tía Letty, aquella «vieja puta que era la única persona amable que había conocido». Gracias a estas palabras Nell escapó del destino que le esperaba en el pueblo: ser apaleada, violada y preñada hasta el fin de sus días. Gracias a la enseñanza de aquella puta retirada que atesoraba en una roída maleta vestigios de su clandestino pasado en un burdel de Saint Louis, Nell sobrevivió. Incluso fue feliz.

Nell Kimball. Ése es el nombre que nos ha llegado de ella, uno de tantos nombres que utiliza una puta a lo largo de su vida. Regentó uno de los salones más refinados y prósperos de Nueva Orleans, hasta que las autoridades clausuraron Storyvi-

lle, el mítico barrio rojo, en 1917. Primero fue prostituta, después querida, se casó y fue madre, durante décadas *madame*, y más tarde mujer de negocios, pero el *crack* del veintinueve la devolvió a la ruina. Vivió hasta los ochenta años, paseándose de editorial en editorial en busca de un valiente que se atreviera a publicar sus recuerdos. Aquellas páginas manuscritas eran una bomba, no vieron la luz hasta 1970, treinta y seis años después de su muerte. Todavía hoy, me temo que hoy más que nunca, la visión del mundo y de la condición femenina que nos dejó Nell es pura dinamita.

Nell Kimball no pretende salvarse, no busca redención alguna ni para ella ni para las gentes y el mundo que conoció. No pide perdón por haber sido puta, ni por haber sobrevivido, ni por haberse comportado a veces como una auténtica rata. No reivindica, no idealiza, no endulza. (Esa determinación de acero la he encontrado más veces en otras putas. En junio de 2003, una trabajadora sexual y activista arrancaba su conferencia en el MACBA dentro de la Maratón Posporno advirtiendo: «Soy Margarita Carreras, trabajadora sexual o prostituta, cómo queráis llamarlo me es indiferente. No me va a cambiar a mí ni lo que pienso yo de mí misma». Y yo no pude contener el llanto. A los pocos meses, en la misma sala, Carla Corso concluía: «Ya soy mayor, ya no necesito que nadie me acepte».)

Una tarde, la jovencísima Nell —que entonces era conocida como Goldie por su melena incendiada— y Frenchy —una prostituta italiana que enviaba dinero a Garibaldi y a los presos socialistas y que soñaba con poner bombas— observan apenadas a las chicas que escarban en las basuras de su burdel en busca de comida. Frenchy se lamenta: «Ahí están, Goldie. Seguramente casadas con pobretones holgazanes, preñadas

cada nueve meses y sus tetas todas secas por culpa de una docena de bastarditos con dientes que las muerden. Apuesto a que algunas de las chicas bonitas hubieran podido ser buenas putas, cielos».

Me arde la necesidad de rendir desde estas páginas empañadas por mi deseo y por mis lágrimas un arrebatado homenaje, reverencia, abrazo, a mis hermanas putas de todos los tiempos. A esas dos mujeres que contemplaban hace más de cien años desde la ventana de su condición ilegítima a las otras mujeres y padecían con ellas, y se rabiaban por ellas, y comprendían que sus destinos estaban marcados por la misma violencia primigenia y brutal. Quiero expresar aquí mi reconocimiento como feminista puta no remunerada a todas esas putas feministas que me han infundido tanta fuerza.

Cristina y las señoras decentes

Un sofocante mediodía cualquiera de este pasado agosto, en el programa matinal de la televisión catalana, se está debatiendo sobre si debe abolirse o no la prostitución. (No deja de asustarme la vuelta de tuerca prohibicionista que ha dado la opinión publicada en los últimos años, cuando el fin de milenio parecía abocarnos dulcemente hacia la regulación laboral del intercambio económico/sexual en Europa, en el peor de los casos.) En el plató hay una trabajadora sexual y otras dos mujeres cuya implicación en el asunto no termino de comprender. Apenas escucho cinco minutos de la conversación, que no es tal. Las dos señoras no dejan hablar a Cristina, la puta invitada en el programa. Mi enojo eleva de tal manera la temperatura ambiental que decidí enmudecer la tele.

Cristina, con su leonina melena platino, un escotazo de vértigo en el que una desearía precipitarse más que nada en el mundo y la piel perlada por el sudor —parece ser que las señoras no transpiran— trata de explicarse. Dice que ella tiene estudios, proviene de una familia acomodada y feliz pero que, de entre todos los trabajos que el mercado laboral le ofrecía en tanto que mujer, escogió el de puta. Entonces, una de las señoras —tapadita, como debe ser— interrumpe a Cristina. Le reprocha que, si es así, si no se crió en un ambiente sórdido, desestructurado y sin horizonte, entonces ella, Cristina, a pesar de que hace unos cuantos años que se gana la vida como trabajadora sexual y que es activista por los derechos de su gremio, no es representativa del colectivo de prostitutas y no puede hablar en tanto que puta.

Cristina grita y no se deja acallar. La señora se ofende por el tono de Cristina. ¿Pero a quién se le ha ocurrido traer a un debate sobre prostitución a una puta? Es mucho más fácil hablar de ellas cuando no están. «Sobre nosotras aún hablan casi siempre las personas expertas, las que nos han estudiado. Y hacen leyes sobre prostitución sin consultarnos a nosotras cuál es la realidad de la calle, no lo entiendo. Cuando debatieron en el Congreso el tema, llamaron a Dolores Juliano, que es doctora en sociología, y ella dijo que iba a llevarme a mí. Aquel señor contestó: “¿Es necesario que venga?”», me explicó hace años Margarita Carreras, trabajadora sexual y activista incansable en Barcelona.

Más de lo mismo: «He encontrado más reticencia entre las mujeres que entre los hombres para aceptarme como representativa, porque soy limpia, hablo bien, tengo educación y modales que la gente no asocia con una prostituta», me contó Carla Corso, auténtica pionera en el movimiento por los dere-

chos de las trabajadoras sexuales en Italia y Europa. Las buenas mujeres, las decentes, las señoras, las que no son putas, pueden y deben callar a las otras, las extraviadas; de ello depende su permanencia en el estatus de feminidad legítima. Esa batalla de la buena mujer contra la puta se libra continuamente a escala social, pero también a escala íntima.

El problema es que el resultado de la contienda no depende de la virulencia con que la buena se empeñe en situarse por encima de la mala. De sobra sabemos que cualquier mujer en demasiadas circunstancias puede ser tachada socialmente como puta. Gail Pheterson lo explica en su imprescindible libro *El prisma de la prostitución*. Con el estigma de puta y el trato deshumanizante que éste conlleva, pasa lo mismo que con la mujer del César: no sólo hay que ser, hay que parecer. Parecer una puta y ser tratada como una puta es muy fácil en nuestro orden heteronormativizado. Es muy fácil caer en desgracia, sobre todo si eres pobre. Cito literalmente a Gail Pheterson:

«El estigma de puta constituye un instrumento al alcance de cualquiera para realizar un ataque contra las mujeres a las que se considera demasiado autónomas, ya sea en defensa propia o en propia expresión, tales como mujeres que acusan públicamente a los hombres que las maltratan, lesbianas reconocidas, manifestantes a favor del derecho al aborto, mujeres que se oponen a los regímenes dictatoriales, prostitutas callejeras, mujeres que no llevan velo, o incluso mujeres cuyos pechos o cuyos pies se consideran demasiado grandes; es también apropiado para lanzar la sospecha sobre viudas, esposas maltratadas, madres solteras, mujeres que viajan —o se dirigen andando a su casa solas—, mujeres independientes que gozan de bienestar económico, mujeres que hablan una lengua extran-

jera, mujeres que son víctimas de un maltrato de orden racista y mujeres que cruzan la línea de color.» Incluyo en la lista, por la puerta grande, a las mujeres transexuales.

El problema es que cuando una mujer se aferra a su decencia frente a una puta, suscribe el orden patriarcal que le arrebata tanto a ella como a la puta, por ser mujeres ambas, la capacidad de autonombbrarse. Cualquier mujer tendrá que demostrar siempre que no es una puta. Como afirma Helen, nuestra Zorra Suprema: «Nunca me importó lo que pensaban los hombres, estaba acostumbrada desde pequeña a escuchar cómo hablaban de las mujeres. Sabía que iban a tratarme como a una puta hiciera lo que hiciera, así que por lo menos iba a disfrutarlo».

¿Por qué gritamos las putas?

Volvamos al plató de la televisión catalana, donde dejamos a Cristina defendiendo que, como trabajadora sexual y como activista, puede hablar de lo que ella conoce. ¿Por un momento alguien imagina que Cristina, si además de puta no fuera madre, en un debate sobre maternidad, desautorizase a una de las tertulianas argumentando, por ejemplo, que parió cinco criaturas y que, sin embargo, la media de hijos por madre actualmente se cifra en 1,8 nacimientos, por lo que ella no es representativa ni su experiencia debe tenerse en cuenta? ¿Podemos imaginar que Cristina, que sigue siendo prostituta, negase la voz a otra tertuliana invitada en tanto que empresaria por la simple circunstancia de que hubiese heredado la empresa de su padre y, según los barómetros manejados por Cristina, el noventa por ciento de las mujeres que lideran negocios se han hecho a sí mismas?

Ante la duda de estar prejuzgando con muy mala saña, propongo formular la prueba del mundo al revés. Nunca falla. Cuando la oprimida pasa, a través de un inocente intercambio de rol hipotético, a ser opresora, el descuadre es brutal. Ahí nos damos cuenta de que Cristina llegó a ese plató ya desautorizada de antemano, por eso sudaba y gritaba. (Yo la entiendo, a mí me invade una nube roja de rabia cuando alguien —a veces personas muy cercanas a mí y a las que quiero— minusvalora mi análisis sobre alguna situación de violencia machista por haber sobrevivido al maltrato paterno. Parece que las putas no pueden hablar de prostitución ni las mujeres maltratadas debemos opinar sobre violencia de género. Interesante.) El cliente de Cristina negocia con ella, la reconoce como interlocutora válida. La señora que dice estar tan sensibilizada con la dignidad de las putas, no.

Yo no debo ser una señora, a pesar de que nunca me he sentido con la habilidad necesaria para manejarme a mi favor en el mercado económico/sexual con los hombres, y ya me gustaría a mí que las mujeres me pagasen por follar con ellas. (Hace años, un grupo de amigas en Barcelona ideamos Mujeres Horizontales, servicios sexuales de mujeres para mujeres. Diana Junyent, pornoterrorista, había tenido algunas clientas, pero en general, a pesar de que recibimos muchísimas peticiones por internet de interesadas, el proyecto no terminó de arrancar. Quizá sea porque a las mujeres culturalmente nos cuesta más pagar por sexo y, además, no solemos nadar en la abundancia monetaria. Eso sí, a Diana se le abrasaron las yemas de los dedos en el ordenador defendiéndose del ataque de algunas lesbianas y feministas decentes. Pero lo seguiremos intentando, aunque sea para incordiar.)

Insisto, yo no debo ser una señora, a pesar de que pago las facturas decente y precariamente con mi sueldo de camarera. Pero las señoras callan a las putas y a mí me encanta escucharlas. Creo que puedo aprender mucho de ellas acerca de cómo funciona este mundo desde su cotidianeidad clandestina. Quizá sea eso lo que les da tanta rabia a las mujeres de bien de las putas: que conocen lo que sus maridos esconden. Y que sus maridos pueden ser más amables y atentos con las putas que con ellas. De hecho, muchas putas a las que he leído o escuchado coinciden en desmentir el maltrato sistemático de los clientes hacia ellas. Nell Kimbal, Virginie Despentes, Verónica Arauzo, Paula Rodríguez, Carla Corso, Margarita Carreras, Lydia Lunch...

Un espejo donde (no) mirarse

Puta y esposa son las dos condiciones socioeconómicas reservadas para las mujeres en el orden heteropatriarcal. (La tercera posición vital es la de monja, como señala Gail Petherson, las únicas mujeres que no pueden ni deben ofrecer servicios sexuales a los hombres aunque sí «trabajan gratis para una institución masculina como es la Iglesia». Ingresar en un convento ha supuesto una vía de escape a lo largo de los siglos para muchas mujeres que no deseaban morir pariendo una y otra vez, aunque la salvación puede ser una trampa. Los hombres de la Iglesia siempre han tenido a sus mujeres encerraditas. Y ellos se guardan una copia de la llave. La violación de siervas de Dios por parte del clero masculino es un rumor silenciado intramuros, aunque a veces estalla.)

«Las esposas y las putas son los prototipos respectivamente legítimo e ilegítimo de la condición femenina común»,

señala Gail. El estigma es el mecanismo de control y segregación gracias al que la ilegitimidad de la puta es recordada. Pero habrá que atender a más factores vitales para decidir el nivel de satisfacción de cada mujer. Una mujer casada con un hombre tranquilo y respetuoso tiene en principio más papeletas para ser feliz que una puta maltratada por su chulo. Sin embargo, una trabajadora sexual autónoma vive más tranquila que la esposa de un hombre violento. Pero el estigma de puta predispone de tal manera las miradas que no es raro escuchar a una mujer maltratada decir de una puta: «pobre-cita». Aunque precisamente el matrimonio no sea una institución que pueda presumir de ser inmune a la violencia machista.

«La prostitución es un espejo fundamental para todas las mujeres del mundo», dice María Galindo en la preciosa obra que acaba de publicar desde Argentina con Sonia Sánchez, *Ninguna mujer nace para puta*. (Una de las activistas por la dignidad de las trabajadoras sexuales más explosivas con la que comparto la rabia hacia el feminismo abolicionista, puritano y burgués se llama Bea Espejo, me encanta la coincidencia.)

Creo que ahí está la clave de la putafobia de las mujeres decentes: no quieren mirarse en ese espejo, se afellan a su exiguo privilegio de esclavas legítimas. Hay algunas que están peor consideradas que yo, parecen decir las señoras al acallar a las putas. «La investigación sobre las penas e infortunios de las prostitutas rara vez nos recuerda la miseria y la desgracia de las mujeres en general, también en la más legítima de las relaciones, como es el matrimonio», recuerda Gail Pheterson.

Los argumentos que se utilizan siempre contra la prostitución suelen ir en dos sentidos que al final convergen. Uno es la inmoralidad y otro la denuncia de la violencia contra las putas. Respecto a la inmoralidad, nadie mejor que Vero para desarmar este ataque: «Determinar qué es lo que puedes o no hacer con tu cuerpo bajo un prisma moral dictaminado por la religión no cabe en una estructura social a la que hoy denominamos democrática». Yo estoy con Vero, exijo desde aquí que dejen de reproducirme las estupideces y el odio que escupen por la boca continuamente los cuervos de la Conferencia Episcopal. Y menos aún en la televisión pública. No tengo por qué soportar esa violencia. O al menos, después de escuchar a Rouco Varela, propongo que aparezca Alaska dando su opinión sobre el mismo tema.

La otra gran punta de lanza contra la prostitución tiene que ver con las mafias y la mal llamada trata de blancas, porque, que yo sepa, precisamente lo que expone a millones de mujeres en el mundo a ser esclavas sexuales es su no blancura. Es innegable que existen situaciones de prostitución forzosa, siempre han existido. Creo que no hay que ser muy lista para señalar que el marco social que propicia esta dominación extrema es el machismo y la pobreza, aliados en pro de la subordinación de las mujeres. Y, como recuerda Sara, «hay un tráfico terrible de niñas y de mujeres, tanto para la prostitución como para el matrimonio».

En los últimos años, con el aumento de la emigración a Europa a causa del empobrecimiento generalizado de amplias zonas del mundo, los burdeles y las calles se han llenado de trabajadoras sexuales africanas, latinoamericanas, asiáticas y del este

de Europa. Las restrictivas leyes de extranjería de la Vieja Europa condenan a millones de emigrantes a una situación de no existencia, de inviabilidad (aplicando las ideas de Judith Butler). Esa no existencia, esa clandestinidad, ese régimen que niega la humanidad a millones de humanos, les expone además a una vulnerabilidad que permite el tráfico de mujeres y de niñas.

Cuando se elevan las voces más escandalizadas contra las mafias de explotación de mujeres, echo en falta la denuncia de estas leyes de extranjería que las propician. El recién estrenado Ministerio de Igualdad acaba de aprobar unas medidas para «salvar» a las sin papeles de las garras de la esclavitud. A la prostituta que denuncie a sus proxenetas, se le premiará tramitándole la residencia legal. Y la que no delate a sus captores, será expulsada. ¿Alguien en ese iluminado ministerio ha tenido en cuenta el pánico que deben de tener estas mujeres a las represalias contra sus familias en sus países de origen donde operan dichas mafias si ellas denuncian? ¿Desde cuándo la amenaza es una forma de ayudar a los más vulnerables?

Paso todos los días de camino al trabajo por la calle San Ramón del Raval, por las tripas del barrio chino. Últimamente no hay putas. Sucesivas redadas policiales contra las mafias de la prostitución han dejado las aceras desiertas. En realidad, sigue habiendo gente apostada en las esquinas: son los mirones y los clientes aburridos. Las putas dibujan el paisaje de estas calles desde hace siglos, inquieta no verlas. Inquieta por dos razones: por la fuerza de la costumbre interrumpida y por la pregunta que se hace Diego —mi amigo, abogado experto en emigración y vecino de la calle San Ramón—: ¿A dónde se las han llevado? Ya no están aquí pero, ¿dónde están? Supuestamente las han liberado de las mafias y de su medio de vida pero, ¿qué ha sido de ellas?

Igual que considero que serán mujeres como la activista gambiana Mama Samateh las que consigan acabar con la ablación, pienso que si alguien puede ayudar a las prostitutas esclavas son las trabajadoras del sexo más concienciadas y empoderadas. Pia Covre y Carla Corso trabajaron muchos años en una autopista italiana ofreciendo servicios sexuales y fundaron en 1983 la Comisión para los Derechos Civiles de las Prostitutas. Desde el año 2000, coordinan en Trieste el proyecto Stella Polare, donde trabajan para la inserción socio-laboral de las mujeres víctimas de las redes de explotación sexual. Para ellas, la negación de la prostitución como trabajo y la rigidez legal respecto a la emigración son cómplices de estas mafias. También transmiten a las recién llegadas que eligen seguir trabajando como putas sus conocimientos del oficio, lo que ellas llaman elevar su capacidad de contratación.

Para Carla, ser una buena puta es: «Mantenerse sana y aprender a negociar a tu favor. Dar lo menos posible a cambio de lo máximo. Aquí como en cualquier otro negocio funcionan las leyes del comercio, quien vende trata de dar lo menos posible y quien compra trata de pagar lo menos posible. Una prostituta muy segura de sí misma tiene muchísimo poder, llamamos a los clientes “los pollos”, porque los desplumamos. Y también debe mantener el control de la situación para no ponerse en riesgo y para no perder la relación de poder. Por ejemplo, si tú sientes placer durante la relación con un cliente, él no se debe enterar. Porque si no no te paga. Tienes que hacerle creer que tú también sientes placer pero que él no se dé cuenta de que lo sientes de verdad».

Pia y Carla no son las únicas trabajadoras del sexo que conozco empeñadas en defender a las prostitutas más vulnerables; hay redes de apoyo y solidaridad entre putas en todo el mundo. Nada que ver con la imagen de dos histéricas tirándose de los pelos en plena calle por un cliente. Aquella mañana, cuando las señoras impedían hablar a Cristina, ella trataba de explicar cómo considera, desde su conocimiento directo del mercado del sexo, que se puede ayudar a las mujeres que se encuentran en situaciones de peligro. No conozco a ninguna prostituta que afirme: mi trabajo es maravilloso y no tiene ningún inconveniente. Suelen ser muy críticas. Pero tampoco conozco a ninguna camarera, teleoperadora, dependienta, profesora o abogada que afirme tener el mejor oficio del mundo. Ni mujer ni hombre. Sin embargo, hay demasiado empeño en victimizar y silenciar a las putas, y en los últimos años más que nunca.

Este tema me cabrea mucho, mucho. Respiro hondo. Últimamente, las televisiones ofrecen sin tregua reportajes de investigación sobre las esclavas sexuales. Visiones victimistas, alarmistas y claramente antiprostitución. Otra vez más, utilizan la preocupación por la salud de las mujeres (como ocurre con las polémicas en torno al *hijab* y con la violencia de género) para reforzar los sistemas de control. Me asusta, como decía, el resurgir de los discursos abolicionistas de la prostitución, lo siento como un ataque hacia la libertad de todas las mujeres. Y echo de menos voces feministas que se alcen contra este intento de regresión. ¿Tan pronto hemos olvidado la perversa alianza entre feministas antipornografía y la ultraderecha en los Estados Unidos en los años ochenta, relatada por Raquel Osborne en *La construcción sexual de la realidad*, auténtica topo en aquel vergonzoso capítulo?

Me muero de la risa cada vez que alguien propone prohibir la prostitución. Supongo que, tomando como ejemplo el gran éxito que ha supuesto en nuestras sociedades la ilegalización de algunas drogas —mercado negro, cárceles saturadas de pequeños traficantes, miles de muertes a causa de la inexistencia de un control de calidad, mafias, guerras, violencia, marginación...—, deben de pensar que el comercio del sexo puede ser erradicado de la noche a la mañana. A pesar de que es uno de los tres negocios que más dinero mueve en el mundo.

«Hay algo que a primera vista no entiendo. En la prostitución se realizan dos actividades perfectamente legitimadas en las sociedades capitalistas: se efectúa una transacción comercial y se establece una relación sexual mayoritariamente heterosexual y habitual entre dos personas adultas. ¿Por qué entonces recibe tanta condena?», se preguntaba Raquel Osborne en el periódico feminista *Andra* de junio de 2002.

Pero venga, va. Juguemos al *monopoly* social. Abolamos la prostitución. Claro que no podemos ser tan irresponsables políticamente. No podemos dejar a medias una revolución tan radical de la condición femenina, de la servidumbre de las mujeres al patriarcado, de las limitadas fuentes de ingresos de las mujeres. Si abolimos la prostitución, hay que ilegalizar a la vez el matrimonio heterosexual. ¿Alguna se atreve? Y abocadas al delirio, para evitar que hombres y mujeres sigan emparejándose con un contrato ocasional o duradero por la fuerza de la costumbre y el deseo, segregamos a unas y a otros en reservas inaccesibles hasta borrar de su memoria todo rastro de género. ¿Alguna chorrada más que proponer?

Prostitución y matrimonio: menudas dos joyas nos ha reservado el orden heteropatriarcal a las mujeres. «Por lo general las putas se casan mal, y si se casan pobres, después de un tiempo se empiezan a preguntar por qué se lo están dando gratis a un cretino que no les proporciona nada de diversión, únicamente privaciones. Normalmente empiezan a montar una clientela por las tardes, es cuando lees sobre algún marido que dispara a una pareja en una habitación», reflexionaba Nell Kimball hace un siglo. Ésa es la trampa: atacar socialmente a las putas para que las esposas se sientan privilegiadas y traguen con todo.

Y para ilustrar, si es que todavía alguien lo duda, cómo prostitución y matrimonio son hermanas siamesas, reproduzco unas líneas del apasionante ciberrelato que nos envía, por entregas, nuestra amiga Verónica Arauzo: *Aventuras y desventuras de una puta trans en el extranjero*. «Y entro de pleno en las vacaciones de escuela de no sé bien qué fiesta típica, que me sitúan en un descenso importante de mis clientes, cosa que evidencia que los matrimonios de larga duración y estabilidad familiar se basan en los desahogos que el cabeza de familia se pega por ahí para poder ser lo que al fin de cuentas es, el cabeza de familia.»

Jo també soc puta

A principios de 2005, al calor de la fascista Ordenanza por el Civismo en Barcelona, la no menos fascista Guardia Urbana de la ciudad —este cuerpo armado local es una de las policías europeas más denunciadas por Amnistía Internacional— extrema su acoso contra las trabajadoras sexuales de las calles del Raval. Las detienen cuando están tomando un café o en la parada del bus de vuelta a sus casas, las violan dentro de las fur-

gonetas de patrulla. La impunidad es total porque casi todas ellas son sin papeles. Las activistas de LICIT —Línea de Investigación con Inmigrantes y Trabajadoras Sexuales— envían informes continuamente a la directora del Institut Català de les Dones, la feminista Marta Selva.

Pero Marta calla. Enfurecida por las noticias que me llegaban, acudí a la sede de LICIT. Isabel Holgado me atendió amablemente, a pesar de que estaban saturadas por el trabajo de denuncia y desesperadas por la falta de apoyos. Isabel me dijo: «La policía está deteniendo ilegalmente y violando a trabajadoras del sexo en esta ciudad y el Institut Català de les Dones no dice nada, ¿qué pasa? ¿que las putas no son mujeres?». De esa época es una genial campaña de LICIT que consistía en camisetas y chapas rojas con el grito estampado en blanco «Jo també soc puta» y que se repartieron especialmente en los espacios de agitación feminista de Barcelona. Adoro esa campaña por encima de todas las cosas.

Todavía me hierve la sangre al recordarlo. Yo no pertenezco a ese feminismo. Al feminismo de las chicas buenas, blancas, europeas, arrogantes, solventes y decentes. Yo estoy con las putas, no con las que quieren salvarlas y son cómplices silenciosas de su acorralamiento policial y social. Y antes de que me estalle la vena del cuello, voy a recordar a Gladdy, una puta feminista. Nell Kimball, la que fuera su jefa en un burdel de Nueva Orleans a principios del siglo xx, la describe así en su maravilloso autorrelato *Memorias de una madame americana*: «Tuve una puta llamada Gladdy que era partidaria de los derechos de las mujeres. Marchaba en los desfiles de Filadelfia y de Nueva York cuando había manifestaciones a favor del voto femenino y se ponían alfileres en los caballos de los policías y se hablaba sobre ser iguales a cualquier hombre. Gladdy era una puta muy buena».

Ahora, cada vez que escucho a una feminista antiprostitución hablar con ese tonito de superioridad maternal, victimizante y despectivo sobre las putas, me río por dentro. ¡Nena, a lo mejor tienes que agradecer muchos derechos ganados como mujer a un buen puñado de putas que salieron a la calle a juzgarse la vida antes de que tú nacieras! Siempre he sentido el palpito de Gladdy en mis venas, aunque hasta hace muy poco no supe de ella. Al igual que la heroína del relato autobiográfico de *La mujer habitada*, de Gioconda Belli, bebió la sangre de una guerrera maya en un zumo de naranja y devino sandinista. Siento correr por mis arterias la alegría y la rabia de todas las putas que nunca se doblegaron.

Las putas, nuestros fantasmas

Sinceramente, creo que el feminismo ha patinado con la prostitución. Es una cuenta pendiente. Y en la vida de cualquiera —más aún en la del movimiento político más liberador que haya existido jamás, al menos ante mis ojos— hay que tener cuentas pendientes; si no estás muerta. Pero ya va siendo hora de que el feminismo se confronte con su mayor fantasma infantil: las putas. (Y digo infantil siendo benévolas, en realidad hay una cúpula feminista blanca, liberal, puritana e institucional que no tiene nada de inocente y que cada día me pone los pelos más de punta.) Suscribo plenamente estas palabras de Raquel Osborne: «El movimiento no fue capaz de aplicar su certero análisis del mundo del trabajo a la situación de las prostitutas».

El feminismo destapó todas las mentiras patriarcales, redefinió el trabajo al poner sobre la mesa la responsabilidad de cui-

dado y mantenimiento de la vida que recae gratuitamente sobre las mujeres, reveló la falacia de la independencia masculina, desmanteló la naturalidad del género, denunció la violencia, destripó la familia tradicional. Pero no ha sido capaz, salvo en contadas y lúcidas ocasiones, de situar a las mujeres y a los hombres frente al espejo de la prostitución. Ni de hacer suyo el potencial subversivo que supone redefinir lo que significa ser mujer a través de la imagen de la puta. A pesar de que los relatos de algunas prostitutas que han ido cayendo felizmente en mis manos (*Memorias de una madame americana* de Nell Kimball, *Retrato de intensos colores* de Carla Corso, *Teoría King Kong* de Virginie Despentes, *Paradoxia* de Lydia Lunch) son los tratados feministas más explosivos que jamás se hayan escrito.

Ya se lo decía la tía Letty a la pequeña Nell: toda chica está sentada sobre su fortuna. Esta sexualización limitadora y extrema de nuestro cuerpo no la hemos implantado nosotras, como ninguna otra cosa en este jodido planeta. Nacemos en un mundo establecido y terminamos aceptando la mayor parte de sus normas y transgrediendo otras, como es común en cualquier individuo. «Todas las mujeres tenemos algo que los hombres harían cualquier cosa por conseguir. Y están dispuestos a pagar muchísimo por ello. Si eres capaz de manejar bien la situación, tienes un poder de contratación altísimo. Los hombres siempre pagan, no sólo en el caso de la prostitución, sino también en el matrimonio o en las relaciones de pareja. Lo que le molesta a la sociedad de la prostituta no es que vaya con muchos hombres, sino que le haya puesto un precio a lo que siempre se hizo gratis», me dijo una mañana la clarividente Carla Corso.

La bella y brutal Lydia Lunch habla así de la época en que descubrió cómo podía gestionar a su favor la irrefrenable atracción que sentían los hombres hacia su entrepierna tras

una infancia de abusos sexuales: «Estaba fascinada con el poder que tenía un coño, la manera en que los hombres se sentían atraídos por sus misterios, como si buscaran oro en tierra extraña. Una dulce flor de maldad, un instrumento de tortura y éxtasis. Un delicado capullo, fuente de engaño ... Follar por pasta era para mí la quintaesencia de la libertad».

«Tardé años en aprender la profesión, pero a los diecisiete ya sabía lo que era ser una buena puta y empecé a ganar mu-chísimo dinero. Pasé de una chabola a vivir en el mejor barrio de Buenos Aires. Todo esto con la construcción de mi identidad de mujer, que era la herramienta que yo tenía para sobrevivir. Cuando tenía veinte años, las compañeras de mi zona de trabajo, cansadas de que la policía las reprimiese, decidieron organizarse. A la primera reunión fueron unas trescientas trabajadoras del sexo, para mí fue una sorpresa increíble. Así comenzó mi activismo», me contó Paula, que ahora tiene treinta y seis y es una guerrera puta feminista *queer* okupa incansable.

Desde que conozco a Vero, la he visto trabajar como camarera muchas veces. Manda en una barra mejor que nadie y prepara cócteles exquisitos. Pero gana en una semana lo que una noche de luna llena en el campo del Barça y se siente más libre cuando ella decide sus horarios laborales. Tiene muchas dudas respecto a cuál será su futuro y no quiere ser eternamente precaria, igual que yo, igual que todas. Ésta es su declaración de principios. «A veces me defino como trabajadora sexual anarquista capitalista, anarquista por destrucción de estructura y capitalista por comprensión de que, señoras y señores, mientras el sistema sea así de opresivo hay mucha pasta con la minifalda. Y si para colmo resulta que entre las patas tienes una polla, también ganas. Igual tienes menos cantidad pero más caro.»



Vero: «A veces me defino como trabajadora sexual anarquista capitalista. Anarquista por destrucción de estructura y capitalista por comprensión de que, señoritas y señores, mientras el sistema sea así de opresivo, hay mucha pasta con la minifalda, más aún si tienes una polla entre las patas».

La segregación entre chicas buenas y chicas malas es imprescindible para que todas las mujeres sirvamos al patriarcado. Vamos listas si nos creemos ese cuento. La colonización del cuerpo de la puta por parte de la señora (y de la feminista) es uno de los mecanismos más perversos a través del cual el orden heteropatriarcal domina el cuerpo de todas las mujeres. La putafobia es otra cara de la misoginia. He escuchado a mujeres extremadamente cultas e inteligentes argumentar las mayores estupideces sobre la prostitución, siempre en contra, claro.

Creo que, como decía María Galindo, si todas las mujeres nos atreviéramos a mirar nuestra estampa en el espejo de la prostitución, nos ayudaría mucho a entender qué significa socialmente ser mujer y dónde está el enemigo. A veces está dentro, muy adentro, agazapado entre miedos y prejuicios. Vero declara: «No son las amas de casa las que van a buscar a las putas a la calle porque se han quedado cachondas e insatisfechas con el polvo del marido, son ellos quienes vienen a buscarnos. Porque durante mucho tiempo el control económico ha estado bajo la tutela del hombre, que lleva el dinero a casa para la mujer y los hijos, y el hombre decide qué coño hacer con el dinero que gana. Si el sector femenino pudiera hablar cara a cara sin tabúes ni tantas gilipolices con el sector masculino, se comprenderían muchas cosas. Hablar cara a cara en vez de escupirnos».

Hay un capítulo que Alf recuerda de su infancia en las Azores que me reconforta tras haber escupido mi leche más agria. «En mi barrio había un piso donde vivían prostitutas y cuando el propietario se enteró, las echó a la calle. Ellas vinieron llorando a ver a mi madre, Josefa. Ella tenía las llaves de la casa

de una señora que había emigrado a Estados Unidos hace cuarenta años, una amiga suya. Esta casa estaba vacía y mi madre les dio las llaves a las prostitutas, que por supuesto montaron un burdel. Yo tenía doce años o así y me acuerdo bien de la historia. Esto provocó un conflicto con el resto de mujeres del barrio y la propietaria de la casa acabó enterándose y se enfadó muchísimo. Alguna cotilla se había encargado de avisarla de que su casa estaba ocupada por unas prostitutas. Pero mi madre era muy firme en su pensamiento. Decía: «Son personas, necesitan una casa y hay una casa que está vacía desde hace cuarenta años». Adoro saber que esas redes de apoyo entre mujeres —decentes y putas— han existido siempre, aunque apenas dejasen huella.

La mala fama cuesta

El estigma de puta afecta a todas las mujeres, lo queramos o no. Por eso necesitaba vincular el género perra al trabajo sexual. De todas mis perras a las que entrevisté, sólo dos han recibido regularmente dinero a cambio de sexo. Casi todas nosotras hemos producido nuestro propio porno desviado, o como Annie Sprinkle lo bautizara en 1991, nuestro posporno. Muchas hemos intentado varias veces dar el salto a la prostitución —especialmente como dóminas en el mercado SM o buscando clientas mujeres—, aunque, como confesaba hace unas páginas, sin demasiado éxito. ¿Quién dijo que era fácil ser puta? «Mi única decepción a nivel de puta es no haber cobrado», se lamenta Helen.

Pero socialmente ser puta no significa sólo dedicarse a un determinado trabajo, sino que marca la relación de servidumbre

bre sexual de las mujeres hacia los hombres en nuestro imaginario colectivo. Las mujeres somos putas y los hombres hijos de puta cuando alguien quiere insultarnos. Por eso es tan transgresor, tan irreverente, tan liberador, reappropriarse del simbólico *puta*. Puta porque yo lo digo. Como cantaba la raperita Ari: «Soy puta, puta como la vida misma».

En el caso de nuestra manada de perras es, además, algo inevitable. Porque cuando te gusta airear los muslos y ceñirte el cuerpo y reír alto y no callar lo que piensas y emborracharte a cualquier hora y no mantener compostura alguna y mostrar tu calentura y regresar sola a casa bien entrada la noche, eres una puta. Aunque tu medio de vida no sea el sexo.

El cuerpo de las mujeres (de las maricas, de las transgénero, de las emigradas, de todas y todos los que nacimos o devinimos sirvientas del orden patriarcal-capitalista) es un cuerpo sexualizado, es el cuerpo disponible y penetrable de la puta, como recuerda Beatriz Preciado en su iluminado *Testo yonqui*. Sólo hay que contar la cantidad de agresiones sexuales por las que transita una mujer cualquiera a lo largo de su vida. Todas las respuestas a esa continua y devastadora violencia son legítimas. Nuestra respuesta de perras es: vale, mi cuerpo es el de una puta, mira cómo gozo, mira cómo me corro, mira cómo restroiego mi cuerpo de puta con quien quiero, cuando quiero, donde quiero.

Hace más de un año, traté de colgar en el blog de *ex_dones* un vídeo que había grabado con Majo y Elena-Urko de *post_op* al que llamamos como la canción que nos inspiró: *Siempre que vuelves a casa*. Maruja despeinada alcohólica —yo— prepara la comida a su garrulo —Elena— que vuelve de trabajar con el casco todavía en la cabeza y ganas de follarse a su mujercita en la cocina. Todo empieza como una típica es-

cena de porno hetero hasta que la maruja desnuda a su hambriento marido, lo pone culo en pompa y le introduce un pepino (presuntamente). Nos apetecía dar la vuelta a los roles, transgredir, jugar, pero nos sorprendió gratamente que varias amigas se excitaran al verlo. Ése es el posporno que buscamos producir desde hace años: político y húmedo.

Así que traté de colgar el vídeo en mi blog pero YouTube lo retiró en pocas horas. Me ofende y me cabrea sobremanera que veten un vídeo donde dos personas adultas juegan y se dan placer y sin embargo, adolescentes acosados en sus institutos —casi siempre la marica o la bollo de la clase— tengan que pelear para que las humillantes grabaciones donde son agredidas desaparezcan de la red. Incluso son emitidas en los telediarios con la excusa de concienciar contra la violencia en las aulas. Me parece aberrante que en horario infantil no permitan exhibir cuerpos pornográficos pero invadan nuestras casas con cuerpos sufrientes indefensos. Me insulta el criterio normalizado acerca de lo obsceno.

Hace unos días, una trabajadora sexual africana fue brutalmente agredida por un desconocido. Otras mujeres que pasaban por allí la socorrieron y, de pronto, aparecen unas cámaras de televisión. Era de noche, la chica tenía la cara ensangrentada por los cortes de navaja y permanecía inmóvil en el suelo sobre una camilla antes de ser transportada a la ambulancia. Sus ojos brillaban aterrorizados bajo la despiadada luz de la cámara. Las imágenes fueron emitidas en los informativos. ¿Cómo se atreven a violar la extrema vulnerabilidad de una mujer que acaba de ser asaltada, de enfocar su desfigurado rostro? Me pregunto si hubieran sido tan desaprensivos si ella no fuera negra, ni puta, ni pobre. Aunque, me temo, cada vez van más allá de sus vastos límites.

Imposible olvidar la espantosa cobertura mediática que se hizo en agosto de 2008 del accidente de avión en Barajas. Cuerpos que no quieren estar ahí, ni en la pista de despegue del aeropuerto, ni en las salas de espera de los hospitales, ni en la pantalla de ningún receptor doméstico, ni en la retina de nadie. Sin embargo, está socialmente convenido que somos nosotras las obscenas. Las perras, las que exponemos decididamente nuestros cuerpos, las putas, las actrices porno. Y por eso se veta la exposición voluntaria de nuestros cuerpos y se nos manda callar, incluso cuando hablan de nosotras.

Como la falsa moneda... estafa al patriarcado

Truman Capote:

—*Pobre inocente de mí!*

;Todo este tiempo pensando que eras rubia natural!

Marilyn Monroe:

—*Lo soy. Pero nadie es así de natural.*

Y, de paso, que te follan.

Me encanta pensar que las perras de las que hablo suponemos una estafa al orden patriarcal. Me inspiro en el activista Javier Sáez Hartza cuando dice que los osos y las maricas *leather* encarnan una traición respecto a los machos. Esos señores barbudos, de cuerpo recio y pelo en pecho, que parecen hombres de verdad y no *mariquitas de mierda*, cuyo destino era someter a las mujeres y que prefieren meterse entre ellos un puño siempre erecto por el orificio prohibido. Hace poco, en un encuentro de osos en Barcelona, utilizaron la imagen de Karl Marx en su cartel. Toda una patada en los huevos a la tradicional homofobia del movimiento obrero.

Es muy turbador para el heteropatriarcado descubrir que el fontanero, con su mono de trabajo, su pelo en pecho, su barba, su imagen hipertestosterónica, puede ser gay. Ahí reside la

traición que apuntaba Javier. Hombres que utilizan las señas identitarias del macho para desviárlas, para encarnar el fantasma más abominable de la interminable lista de pánicos masculinos: ser, en el fondo, maricón.

No hay ninguna identidad más solitaria y acorralada que la del macho. Ni por un instante me gustaría estar en el pellejo de aquellos que necesitan agredir y humillar a maricas y mujeres constantemente sólo para recordarse a sí mismos que nada femenino (= inferior) habita dentro de ellos. Sólo para confirmar que detentan una hegemonía que, en el fondo, saben falsa. «Porque a la larga se hace insopportable el peso del teatro masculino», declara el escritor chileno Pedro Lemebel, «maricón, pobre, indio y malvestido».

Para nuestra fortuna, ya nada es lo que parece. «En los noventa, los chicos gay salíamos vestidos con ropa más ceñida, nos afeitábamos la barba, nos teñíamos el pelo de rubio, nos acercábamos más a una figura femenina. Ahora los chicos heteros, con el rollo de la metrosexualidad, se parecen a como nosotros éramos entonces. Y los maricas somos cada vez más masculinos. Nos dejamos la barba y no pretendemos estar tan delgadas. Creo que hemos ganado en relax porque en los noventa tenías que cuidarte mucho para identificarte con la imagen gay. Ahora está todo menos claro, más confuso, a mí me cuesta cada vez más saber quién es gay y quién no. Y eso me parece muy interesante», me contaba Alfredo.

Pero la traición se da entre iguales y nosotras pertenecemos a una casta inferior, no tenemos la facultad de traicionar a los hombres. Sin embargo, los estafamos cuando nuestra imagen les anticipa una posesión que nunca tendrán. La feminidad exaltada y putonesca de la que hablo significa eso: creías que era una conejita siempre dispuesta sacada del porno garrulo,

pero yo decido. En este engaño creo que radica el potencial desestabilizador de las perras dentro del mapa heteronormativo. Me hormiguea el estómago de placer sólo de pensarla.

Volviendo a las putas, a menudo ellas tienen mayor capacidad de pactar cuando abren sus piernas que las esposas. (Siempre me ha sorprendido cómo muchas mujeres a las que conozco —incluso muchas feministas— dan por hecho que follar regularmente con sus novios forma parte del contrato de pareja. Eso es algo muy femenino, aunque no dudo que también se da entre hombres. A lo mejor no lo formulaan así, quizás ni sean conscientes de que cumplen de manera automática con los polvos estimados con la misma religiosidad que pagan el alquiler o la hipoteca, sin pararse a tantear dónde está su deseo. Si actúan de otro modo, se rompe el contrato. Para mí el sexo es otra cosa. Detestaría que alguien follarase conmigo por cumplir, se me congelaría el calentón en un segundo.)

El mensaje desviado

Cuando te pone enseñar las tetas más abajo de lo decente yquieres a la vez que se respete tu voluntad, vives en un desafío. Las perras feministas hemos tenido que investigar y desarrollar mil estrategias de autoafirmación y defensa. Nos situamos —a menudo conscientemente— en un lugar confuso para la mirada patriarcal, en una encrucijada del género. Y nos clavamos ahí, impostando lo que se espera de nosotras. Como afirmaba antes, solemos tener la lengua más rápida que otras para contestar, por la fuerza de la costumbre. Y, a menudo, mucha más mala leche.

«Empezaba a salir de fiesta y era un agobio —me contó Majo—. Yo sentía por un lado que jugando con esta *performance* llegaba a manejar un cierto poder, pero luego me creaba todo el rato molestias y contratiempos. Salía de fiesta con unos zapatos de plataforma hasta la rodilla forrados de serpiente, con un abrigo de plumas y el pelo cardado, me comía un *tripi* y no quería hablar con nadie. Me venían pesados todo el rato y les decía que me dejasen en paz, que yo no les estaba dando pie para que me entrasen.

»Una noche un tío me dijo que si iba vestida así, estaba lanzando un mensaje: “busco sexo”. Y que no me podía quejar si él me entraba porque yo con mi aspecto le estaba dando una llave. Empezó a convertirse en un incordio constante, los tíos por la noche, los amigos que no sabías si realmente lo único que querían era follarte, las amigas que dejaban de hablarte de un día para otro porque creían que ibas a seducir a sus novios. Me parecía todo muy superficial y no entendía esa falta de respeto constante hacia alguien que tenía la apariencia que quería tener.»

Esa incomodidad, ese asedio, lo hemos transitado todas. Y por lo que sea, por cabezonería, por deseo, por oposición, hemos perseverado en nuestra piel de perras. Hasta el punto de llegar a disfrutarlo en algunas ocasiones. Carla Corso relata en su autobiografía política el trabajo interior que tuvo que acometer a lo largo de los años con su amiga y compañera de puterío y de lucha Pia Covre para jugar a su favor con la imagen social de prostituta. Cuando releo este capítulo de sus andanzas, me siento teletransportada de inmediato hasta aquel kilómetro de la carretera estatal 13 Pontebbana donde ellas aprendieron a empoderarse como mujeres y como putas.

«Porque, a veces, nosotras jugamos. El juego es importante para cualquier individuo, y de vez en cuando, Pia y yo nos po-

nemos a jugar. Entonces yo le digo: “¡Venga, que me visto de puta!”

»Entonces sí que nos reímos.

»Al principio de la carrera no lo hubiese hecho nunca, me habría incomodado muchísimo —¿qué te parece! ¡vestirme de puta!—, pero ahora me divierte, sobre todo en verano: si hace bueno, si hace calor, entonces me pongo un corpiño negro muy ajustado, que se me vean bien las domingas, los melones —dice Pia—. Saco fuera estos melones, me pongo la falda rosa, las sandalias con los tacones altos, con los que ni siquiera sé caminar, pero me los pongo igual, porque me dan un aire de verdadera puta, elijo unos pendientes demasiado grandes y demasiado coloridos... Así pues, me visto de puta, y ellos pican, ¡cómo pican!

»La prostituta tiene que ser exactamente así.

»Después jugamos a lo contrario; por ejemplo, vamos a trabajar con el traje de chaqueta. Ahora ya nos conocen, porque nos hemos consolidado en la zona, pero al principio se paraban muchas veces. Una vez se paró un coche de la policía y me preguntaron: “Señora, ¿tiene una avería en el coche?”

¡Cómo nos reímos!»

La bollo impostora

Tengo por costumbre visibilizarme como bollo todo lo más que puedo, especialmente en contextos declaradamente heterosexuales como lo es casi siempre el trabajo. No importa que yo no haga ascos a una polla en un momento dado, a mí sólo se me reprime cuando escojo la opción equivocada. (Mostrar mi atracción lesbica tiene una gran ventaja: neutralizas la riva-

lidad de las otras mujeres. Lo he comprobado muchas veces. A los machorros les encanta imaginarnos clavándonos las uñas por ellos. Ja, ja. Yo siempre les digo: «¿Por qué voy a competir con una mujer si puedo follar con ella?».)

Pero es que, además, con mi puesta en escena hiperfemenina y putón, todavía provoco más cortocircuito. Las mujeres que parecemos superhembras y follamos con chicas encarnamos una impostura. Una compañera de trabajo marroquí, cuando le dije que Laura, una de mis perras, tenía novia, me soltó: «No, Itzi, no, Laura no. Pero si es guapa y no tiene ningún defecto, podría tener un hombre a su lado».

Salima fue muy sincera y dijo lo que la mayor parte de la gente piensa de las lesbianas y de las tías buenas, que son conceptos antagónicos. Incluso en ambientes bollos, a mis amigas y a mí se nos ha cuestionado muchas veces por el hecho de no parecer lesbianas. Lo típico, estoy en una fiesta de LesFatales bailando, me siento a descansar un momento. Se me acerca una chica y me dice: «Tú eres hetero, ¿verdad?». ¡Qué cansancio! A veces mi respuesta es: «Estoy segura de que he follado con más tías que tú, y encima más guapas».

Muchas de las perras que me han contado su vida para este libro son lesbianas o han follado con mujeres. Y ninguna nos hemos librado de la mirada desconfiada de alguna lesbiana de pedigree. Reconozco que a veces me ha dolido o me ha fatigado este cuestionamiento, pero también entiendo de dónde viene y he aprendido a disfrutar de la confusión, la tierra de nadie. Por supuesto, también conozco a muchas bollos masculinas que jamás me han cuestionado a mí ni a mis hermanas de camada.

Más de una noche de fiesta he terminado intercambiándome la ropa con Flori, una amiga *punk-butch*. Ella arrastra mis vestidos negros por el suelo mugriente con sus aires de camio-

nera y yo me contorneo en sus pantalones de camuflaje. Me encanta este travestismo improvisado en el que las dos aligeramos el peso de nuestra propia identidad. Parodiamos lo que no quisimos ser y nos divertimos con los juegos que nos fueron robados en la infancia, cuando a ella la llamaban marimacho y yo alzaba mi barbilla de princesa proletaria ante las burlas de mi barrio.

Ser y estar lesbiana

Laura me contó esta hilarante anécdota que ilustra, con su fino cinismo canadiense, la impostura en la que las *lesbianas de verdad* nos sitúan a las perras de minifalda y licra trepadora. «Una vez estaba en Ibiza y nos quedamos en casa de una chica que era amiga de una amiga de una amiga. Era la típica camionera y ya le caí mal desde el primer momento. Notaba cómo yo le daba rabia, cómo mi falda le daba rabia. Estábamos cenando y me dijo: “A ti, ¿te gustan los chicos?”. Yo le dije: “Sí, claro”. Ella me soltó: “¿Sabes lo que te pasa?, estás lesbiana, no eres lesbiana”. Pero tú qué coño me estás contando, pensé.»

Para Majo, el aterrizaje en el mundo bollo supuso otro extrañamiento más que sumar a su trayectoria de marciana eternamente fuera de lugar. «Cuando salía con Elena era muy gracioso porque se acercaban a hablarle a ella y me miraban a mí, los patrones de heterosexualidad estaban calcados. Éramos una pareja en la que a ella por ser más masculina la veían como coleguita y a mí me trataban como a una chica. Se acercaban a mí, pero no para conocerme, y luego me echaban los trastos.»

Las mujeres masculinas, las camioneras, las marimacho, como queráis llamarlas o llamaros, sufren todo el histórico aplastamiento de la lesbofobia heteronormativa, porque son visibles, identificables, como torcidas. Creo que quizá por eso son tan chulas. Aunque ironice sobre su confusión respecto a nosotras las perras feminizadas, aunque a veces me haya molestado esa mirada de lesbiana de pedigrí hacia la advenediza que algunas nos lanzan, las marimacho son nuestras hermanas, son nuestras aliadas, son nuestras amantes.

También aprovecho para decir que, rompiendo con los tópicos conocidos sobre la pareja *butch/femme*, a las perras bolleras de las que hablo nos gustan las mujeres masculinas y las mujeres femeninas. De hecho hemos follado mucho entre nosotras. Igual que mis amigas marimachos follarán entre ellas. Tampoco cumplimos con el reparto de roles pasiva/activa con el que desde la mirada heteronormativa se nos intenta comprender. Cuidado si os encontráis con una de mis perras embutida en un corsé y con su polla de carne o de plástico empalmada: tened a mano lubricante.

Creo que nuestra deslocalización en los ambientes lésbicos no se debe sólo a esta feminidad extremada, sino también a ciertos códigos de conducta que no compartimos. En la manifestación del 28 de junio de 2004 en Barcelona, unas cuantas nos subimos a un camión regentado por un grupo de lesbianas. El sol implacable, las cervezas y algún que otro factor nos volvieron perras lúbricas —como es habitual— y terminamos besándonos, mordiéndonos y mostrando a fin de cuentas una actividad sexual explícita, alocada y grupal. Las chicas del camión nos hicieron bajar, según ellas no ofrecíamos una imagen adecuada de las lesbianas.

Hay algo socialmente convenido sobre las bolleras que exige discreción. Os dejamos vivir pero, por favor, no hagáis ruido.

Que no se os note, sobre todo que no se evidencie el carácter sexual de vuestro vínculo. Ya lo dijo la reina Sofía hace poco: las maricas son unas escandalosas, siempre subidas en carrozas y llamando la atención. Otra cosa son las lesbianas, tan oscuras, tan invisibles. Judith Halberstam dice que hay una cierta vocación bollo de permanecer en el pozo de la soledad, descrita por Radclyffe Hall en 1928. Es un mecanismo de supervivencia frente al acorralamiento patriarcal, una seña de identidad y a la vez una concesión. Para nosotras las perras, ya sea por haber asumido alegremente ciertos rasgos de puta o porque la feminidad extrema siempre es llamativa, pasar desapercibidas es un reto.

«No encontré un ambiente en el que me haya sentido cómoda y no cuestionada hasta llegar a Barcelona, a La bata de Boatiné. Donde nada es lo que parece y además no importa, donde el chico más femenino es hetero, un mariquita es la chica más chica que he visto nunca, nadie cuestiona cuál es tu biología. Nadie cuestiona si eres chico o chica, marica o bollo o hetero, ni bio ni trans. La mejor prueba de que el género no existe», declara Majo. Casi todas las perras me dijeron lo mismo: menos mal que existe La bata de Boatiné. A lo mejor provoco desde estas páginas una peregrinación de perras en busca de calor de manada hacia nuestro minúsculo abrevadero *queer* del Raval. Hace poco incluso estuvo allí Judith Butler, bendiciendo nuestro templo-bar. Habrá que avisar a La Miquela, su dueña y señora. Que se vaya preparando para una invasión de perras en celo.

Machorros por un día

Desde el momento en que se comprende que la feminidad y la masculinidad (en todas sus variantes y mezclas) son ejercicios

teatrales de socialización y no esencias que emanan de naturaleza alguna, todo se aligera. Se vuelve más soportable el determinismo de género binario al destapar la falacia de su inevitabilidad. Creo que es inmensamente liberador interpretar, aunque sea una vez en la vida, el papel que no nos corresponde. Muchos hombres biológicos heterosexuales se vuelven locos en carnaval travistiéndose. A mí me encanta verlos. Por supuesto, eligen las tetas más voluminosas y el carmín más rojo. Se transforman en superhembres y descargan por un instante el peso de la virilidad.

Hace unos años en mi entorno de Barcelona empezamos a investigar los códigos de la masculinidad en talleres *drag king* (ejercicio colectivo de formación del género masculino por parte, mayoritariamente, de mujeres biológicas). Recuerdo a unas cuantas perras de las que ladran en este libro transformadas en chicos encima de un camión otro 28 de junio en Barcelona. En realidad, parecían maricas. Para mí estos talleres suponían un bloqueo terrible porque comprendí que había algo anclado en mi feminidad que me impedía deshacerme de ella.

Recuerdo un taller *drag king* que yo misma impartí junto con Desiré Rodrigo en Bilbao. Escogí una masculinidad elegante, como lo es mi feminidad —aunque mi *amatxoa* opine lo contrario—: pantalones negros de pinzas, camisa blanca y corbata negra. Mi amante Silvia —que es de costumbre más bollera de aspecto que yo— se vistió igual. Parecíamos dos mafiosos italianos celebrando nuestro último golpe. Salimos todas juntas por las Siete Calles, la zona de bares del casco antiguo bilbaíno, para investigar nuestro personaje varonil. Es muy típico de los talleres *king* performar la masculinidad más garrula, supongo que para un día que nos situamos al otro

lado del género, nos apetece descubrir qué se siente jugando a tratar a las chicas como muy a menudo somos tratadas.

Pero yo no podía. Sobre todo con las cejas y el bigote postizos. ¡Qué horror! Me fui arañando los cachitos de mi propio cabello recortados y pegados con esmalte transparente —técnica *king*— como a escondidas, mientras los otros *kings* cada vez se encontraban más cómodos y ocupaban más espacio de la calle. Y las tetas, mis tetas espachurradas con una venda, sin marcar las dos montañas bajo la blusa con las que yo me reconozco. Lo increíble de estos talleres es que descubres cosas de ti que no sospechabas. Yo entendí que no podía performar la masculinidad estética, y no por vergüenza, porque seré muchas cosas pero no tímida.

Tampoco se trata de que las chicas femeninas nos bloqueemos en los talleres *drag king*, he visto a auténticas chulazas transformarse en camioneros en media hora y disfrutar como locas en su nueva piel masculina. Aquella noche en Bilbao, Iran, una chica hetero y suave de maneras dio vida a Urko, un *red skin*. Urko estaba tan espléndido gritando y entrando a las chicas que sus amigas le decían al final: basta ya, queremos que vuelva Iran, nos estamos cansando de este garrulo. Yo por mi parte, una vez devueltas las tetas a su sitio y recuperada la finura de mis cejas, disfruté de la fiesta con Silvia, las dos vestidas iguales. Parecíamos las *Tatu*, aquellas adolescentes rusas que triunfaron jugando a ser bollerías, convencidas por su productor que, en realidad, se las estaba beneficiando a las dos. Como en las pelis porno hetero, vamos. Lo que mantuve toda la noche fue mi polla (un condón relleno de algodones) en su sitio, el roce con el clítoris era muy agradable.

Otra de las nefastas consecuencias del binarismo de género es que, a menudo, las mujeres piensan que la feminidad les pertenece, que ostentan su monopolio. Debe de ser un premio de consolación, visto que en el lote del género mujer, además de dicha mística de la feminidad, van incorporadas otras joyas tales como: violencia machista, acceso más restringido al dinero y al poder, responsabilidad exclusiva y gratuita en el cuidado y mantenimiento de la comunidad, inferioridad simbólica en todos los ámbitos, medicalización y siquiatralización feroz de nuestros cuerpos...

Si la feminidad legítima, con toda su dulzura y contención, es de las mujeres, las travestis y transexuales se la están robando y pervirtiendo con gran estridencia. Pero, como afirma Alaska en *Transgresoras*: «Quien ríe el último ríe mejor, y la carcajada final, a día de hoy, es la de las travestis y transexuales que han visto cómo su imitación del género se está convirtiendo en una directriz estética para las propias mujeres. Cada día hay más mujeres que padecen “síndrome de actitud poliquirúrgica”: labios, pecho, nariz, glúteos, pómulos... todo retocado. La acentuación de los atributos femeninos las convierte en una imitación de las transexuales. ¿Será la voz de alarma ante la competencia directa que representan estas supermujeres? Si hasta las madres se empeñan en llamar a sus chiquillas con nombres típicos de travesti: Deborah, Jennifer, Vanessa, Jessica...»

Si hay un ícono occidental de la feminidad heterosexual, piña y díscola de los últimos años, está encarnado por la actriz Sarah Jessica Parker en la ultrafamosa serie *Sex in the city*. Carrie (el personaje interpretado por ella) vive a todo trapo en

Nueva York, su armario sólo ha podido llenarse con una fortuna equiparable a la de un jeque árabe. Es imposible que una escritora como ella pueda pagarse semejante cantidad de zapatos de lujo, vestidos, joyas, peinados... además de restaurantes, hoteles, juergas mil. Pero para eso están las pantallas, para hacernos soñar.

La responsable de construir el irresistible e imitadísimo glamour de la atolondrada reina de *Sex in the city* es Pat Field... ¡una lesbiana que se hizo famosa vistiendo a todas las *drag queens* de Nueva York! Fue la misma Sarah Jessica Parker quien exigió a los guionistas de la serie que fuera Pat, con la que había trabajado anteriormente, su estilista. Todo un acierto. Para que luego digan que son las travestis y transexuales quienes copian a las hembras de verdad.

Todo está muy mezclado, para mi alivio. Hay mujeres trans cuya imagen no delata *su secreto*, hay mujeres diagnosticadas al nacer como tales que levantan sospechas. Sólo hay que mirar un concurso de *misses*: todas tan altas, con esas sonrisas tan amplias y esos rasgos faciales perfectos, como de bisturí. Alaska concluye: «Estoy encantada con esta vuelta de tuerca final. Cuando sea mayor, quiero decir verdaderamente mayor, espero que mi aspecto no permita adivinar si soy una mujer vieja y extravagante o una transexual a la que se le ha ido la mano con las infiltraciones de silicona».

El lugar de la loca

Si las bollerías exaltadamente femeninas somos impostoras, las maricas locas son excesivas. Muchos amigos gays me han contado que esconden la pluma deliberadamente cuando quieren



Alfredo: «Es increíble el poder que tienes cuando eres un hombre biológico porque tú lo has puesto todo en evidencia. La gente te ataca cuando tienes



co y sales a la calle vestido de mujer. La gente no se atreve a decirte nada miedo».

ligar. «Un chico al que le gustan los chicos se construye un mecanismo de atracción hacia una figura masculina. Cuanto más masculino seas más cerca estás de su fantasía sexual. Aunque creo que cada vez estamos cambiando más esto. Se liga mucho más cuando vas de chico. Hay mucha loca que se disfraza de hombre», afirma Alfredo.

Existe una cierta *plumofobia* en los ambientes maricas, la loca puede resultar muy divertida pero al final de la noche se vuelve a casa sola. O con alguien medio a escondidas. Una noche se lo escuché decir a un amigo cuando su novio apareció con el gesto torcido en el ropero donde estábamos travistiéndonos: «¿No te gusta verme así de maricona, verdad? Pues vete acostumbrándote porque yo soy así». Y a mí me entraron ganas de aplaudirle.

Volvemos a lo mismo, «lo que está estigmatizado es todo lo que te acerca a la feminidad», me dijo Diego cuando le hablé de mi libro. Hace unos años, mi amigo Roberta aparecía cada noche en La bata de Boatiné con un conjunto diferente combinando vestido, bolso, abrigo y complementos. Era nuestra reina. A menudo terminábamos intercambiándonos la ropa entre ella y yo. Una noche, de regreso a su casa, un grupo de machos le pegó una paliza al grito de «maricón de mierda». Roberta se asustó mucho y, a partir de entonces, dejó sus vestiditos en el armario y empezó a utilizar pantalones. Y descubrió que ligaba mucho más. ¡Qué pena, con lo que a mí me ponen los hombres travestidos!

La imagen de un hombre vestido de mujer es muy poderosa porque simboliza el dominante que asume la piel de la dominada, la renuncia voluntaria a un poder social. (Lo mismo ocurre con una mujer que se visibiliza como hombre, muchos machos biológicos se sienten desafiados. Ja, ja, me pongo una

barba y me vendo las tetas y ya ostento tu hegemonía, mira qué fácil. Beatriz Preciado siempre lo dice, no entiende por qué las mujeres no nos transexualizamos en masa para reventar el patriarcado. Hemos debido de mamar sobredosis de mística de la feminidad para que sigamos pensando que nos compensa.)

Vestirse de mujer forma parte de la identidad de Alfredo desde que tiene memoria, pero hace años descubrió su potencial subversivo al entrar en contacto con un grupo de activistas francesas que reivindicaban el lugar de la loca en el mundo gay. «Es increíble el poder que tienes cuando eres un hombre biológico y sales a la calle vestido de mujer. La gente no se atreve a decirte nada porque tú lo has puesto todo en evidencia. La gente te ataca cuando tienes miedo.» O cuando vas sola de noche y ellos son un grupo, como le pasó a la Roberta.

Sexy mammas

Si hay un simbólico social incompatible con la puta es la madre. Pertenecen a estadios de la feminidad opuestos, a pesar de que, como en cualquier otra profesión, muchas trabajadoras sexuales hayan decidido ser madres. Pero la maternidad es la quintaesencia de la condición de esposa, es la función que otorga su valor a las mujeres decentes en el orden heteropatriarcal. Las perras que deciden seguir visibilizando su deseo tras haber parido provocan un cortocircuito en el imaginario de la feminidad, se niegan a ser domesticadas por los valores asociados tradicionalmente a su nueva condición de madres. Y reinventan la maternidad. «No le haría ningún favor a mi hija dejando de ser quien soy», me dijo Sara.



Helen: «La maternidad supuso para mí una pérdida de inocencia. Antes cuando socialmente se me exigía que fuese decente, entendí que ser puta



era puta de una manera más salvaje e inconsciente. Después de ser madre, era mi elección».

Helen me habló mucho de esto: «Hasta la maternidad la gente te deja hacer. Después de ser madre, ya sí que no te perdonan que sigas siendo una puta. No te puedes poner minifalda, no puedes ir sola, no puedes salir por ahí. Esto fue un colapso para mí. Socialmente ya no pude más ni con la heterosexualidad ni con todo lo que se me imponía. Sientes que todos los ojos te miran, te vigilan desde la moralidad hegemónica, esperan que con la maternidad cambies. Pero yo me volví todavía más puta, me reafirmé más en lo que ya era. Para mí fue una pérdida de inocencia, antes era puta de una manera más salvaje e inconsciente. Después de ser madre, cuando socialmente se me exigía que fuese decente, entendí que ser puta era mi elección ».

Y volviendo a Las Vulpess donde las dejamos, berreando veinticinco años después *Me gusta ser una zorra*. Pocas veces han vuelto a tocar desde entonces, aunque es difícil olvidarlas. En 2001, Loles Vázquez, cuando le preguntaban en una entrevista si se subirían a un escenario de nuevo, contestaba: «Lo del directo lo veo más difícil. Aunque bueno, si se monta servicio de guardería en el *backstage*... Las tres somos madres ya».

Hijabs y minifaldas: tanto escándalo por tan poca tela

*Las mujeres musulmanas de hoy han ganado el acceso al océano.
Han pulverizado la frontera del harén y accedido al espacio público.
Con o sin velo, hoy las mujeres estamos en las calles y somos millones.*

Fátima Mernissi

Cuando la niña de origen marroquí Fátima Elidrisi fue expulsada del colegio de El Escorial en febrero de 2002 por acudir a clase con su *hijab*, yo trabajaba como reportera en el periódico de mujeres *Andra*. Entonces, esta polémica era relativamente nueva aquí. No podemos olvidar que éste es uno de los países de la Unión Europea que más ha tardado en recibir la emigración económica y política de África, Asia, América Latina y Europa del Este. Sin embargo, en Francia, sin ir más lejos, ya se habían impulsado normas que impedían acudir a las escuelas con símbolos religiosos, la fórmula legal que la legislación gala ideó para invisibilizar y reprimir a la población magrebí desde su más temprana edad. Porque, que yo sepa, nadie se ha escandalizado aquí ni allá porque las niñas aparezcan en el colegio con las medallitas de la virgen católica que les regalaron en su primera comunión.

Fátima ya estaba estigmatizada socialmente como mujer sumisa a sus tempranos trece años cuando se le impidió continuar el curso. De nada sirvió que ella repitiera que se cubría el cabello con el *hijab* al salir de casa por propia elección y no obligada por su familia. Tampoco se hizo hincapié, por ejemplo, en la circunstancia de que la adolescente había llegado de Marruecos hacía pocos meses en el momento de pisar por primera vez un aula española. Las autoridades académicas retiraron a Fátima su derecho a la educación durante cuatro meses y los medios de comunicación españoles incendiaron la polémica del *hijab* —no la de la escolarización obligatoria— sin pausa. Incluso en mi periódico feminista se oyeron voces en contra del malogrado pañuelo y yo no pude más. Echaba de menos la palabra de las mujeres originarias de países musulmanes que viven aquí y de las personas que trabajan día a día en la resolución de conflictos multiculturales.

Un día de aquéllos en los que se hablaba tanto del *hijab*, en un autobús urbano, coincidí con una chica muy jovencita magrebí que lucía anudado su pañuelo. Sólo las raras, las estigmatizadas, las que recibimos esas miradas cuestionadoras desde la normalidad continuamente —por parecer una puta, por visibilizarte como lesbiana, por llevar una cresta—, sabemos detectar el avasallamiento silencioso contra otras. Sonréí a la chica, que bajaba la cabeza claramente incómoda, y pensé: joder, la que se nos viene encima. Y escribí un artículo en *Andra* que se llamaba *El desvelo de Fátima*.

En 2004, la editorial El Roure publicaba *El velo elegido*, todo un ejercicio de articulación de claves para repensar colectivamente la polémica —heredada de Francia— que se estaba empezando a enredar aquí en torno al *hijab*. Sus autoras son: Fátima Taleb, feminista marroquí musulmana afincada en Bada-

lona, Lena de Botton, europea de padre egipcio que dedicó su trabajo de fin de carrera a «el velo político y el velo personal» y Lidia Puigvert, feminista catalana y profesora de sociología de la Universidad de Barcelona. En la contraportada aparecen cada una de ellas en una foto y las tres charlando en otra. Lena con su cabello largo y negro atado en una coleta, Fátima con su *hijab* y Lidia, melena rubia y minifalda. Esta imagen no es casual ni inocente, es todo un manifiesto político que yo suscribo eufórica.

El libro cayó en mis manos como un regalo divino. Conecé, como lo hacen ellas, todas las controversias que suscita el atuendo de las mujeres —y sólo de las mujeres— y entendí por qué siempre me ha molestado tanto que a unas se nos juzgue por llevar minifaldas y a otras por utilizar —o no— *hijab*. *El velo elegido* comienza así, minifaldas y *hijabs*. Trapitos tan escuetos y tan molestos. Yo recojo la pelota de mi tejado y seguimos jugando a pasárnosla entre todas, con la libertad de movimientos que nos da saber que, lo que sea que cubra nuestros cuerpos, lo hemos escogido nosotras. Y de vez en cuando lanzamos la pelota con todas nuestras fuerzas contra el escaparate de la hipocresía patriarcal.

Hijab, que no velo

Utilizo desde entonces el término *hijab* como lo hacen las mujeres que lo usan. Me apropió de este barbarismo porque el que molesta es el pañuelo que se anudan al cuello las magrebíes, y no las aldeanas gallegas. Pero en los periódicos, la palabra habitual es velo. Velo, viene de velar, de ocultar, y ésta no es designación inocente, ninguna lo es. Velo, y no pañuelo como el de las mujeres de campo gallegas, andaluzas o vascas. Velo, con todas sus

connotaciones rituales. Velo utilizan las novias y las viudas, que lo son en cuanto a su relación con el marido, vivo o muerto. Velo que oculta a una misma en relación con la dominación masculina. Así pretenden que veamos a las mujeres magrebíes que nos cruzamos por la calle con su *hijab*: subordinadas, pasivas, escondidas. Aunque pasen a nuestro lado con la cabeza bien alta.

La identificación de esta prenda, el *hijab*, con la sumisión de las mujeres es uno de estos misterios semiótico-políticos que no logro entender, aunque no dudo de a quién beneficia. Ellas, las mujeres en cuyas culturas existe el *hijab* y que deciden ponérselo o no, tampoco lo entienden. La doctora argelina residente en Barcelona Fatiha me decía cuando la entrevisté para *Andra*: «Yo cuando vuelvo de vacaciones a Argelia, me encanta ponerme la chilaba y el *hijab* porque me siento muy a gusto, muy cómoda. Pero no tiene ningún sentido religioso ni de sumisión, por supuesto que no. Supongo que me gusta porque forma parte de mi cultura y de mi vida y las mujeres de mi pueblo lo han llevado siempre».

El pañuelo en la cabeza es un uso muy extendido en el mundo, y no sólo en el musulmán. Sólo hay que mirar fotos de mujeres de nuestros pueblos hace treinta años, o incluso ahora. Desde luego, mis antepasadas vascas llevaban la cabeza cubierta. Y musulmanas no eran. Taparse la cabeza es muy práctico cuando el sol pega fuerte, en especial cuando se trabaja en el campo. A veces me cubro con un pañuelo y me encuentro divina. Y os aseguro que no se me sube la docilidad por ello. Como dice mi amada Vero: rechazamos a la chica musulmana que lleva *hijab* y luego mira cómo son nuestras comuniones. Pañuelo en la cabeza también llevan las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo argentinas, ¿alguien cree que son sumisas?

El *hijab* es la excusa para estigmatizarlas. Punto. Igual que para nosotras, lo es la minifalda. Además, ¿acaso no salen muchos hombres y niños de países musulmanes a la calle con sus chilabas hasta las rodillas? ¿Alguien se ha escandalizado por ver a niños con vestido? Porque, que yo sepa, la chilaba es como un vestido de mujer ancho que suele llevarse con pantalones debajo. Es muy raro ver a hombres y niños con vestido en nuestras calles —a no ser que sean curas—, pero la vestimenta masculina nunca es tema de polémica. Si un chico lleva los pantalones bajos y se le ven los calzoncillos hasta media nalga, es un *skater*. Si la que enseña así las bragas es una chica, es una puta.

Qué fue de Fátima

Hace poco le pregunté a la bola de cristal *googleniana* por Fátima Elidrisi. Ahora tiene diecinueve años. Dejó los estudios en 2005 y jamás acudió a clase sin su *hijab*. Reconoce que para ella, estudiar fue una lucha cotidiana. En su primer día en el colegio público que le fue asignado tras ser rechazada por una escuela concertada católica, le esperaba una nube de cámaras y periodistas. La directora del centro había declarado que no la dejaría entrar si no se descubría la cabeza, aunque al final, Fátima entró. Dice que desea retomar sus estudios sin tantas presiones, ahora que es mayor de edad. Me gustaría preguntar a todas las que apoyaron el acoso institucional a esta chica para arrancarle el *hijab* de la cabeza en qué creen que la ayudaron. Si esto es defender los derechos de las mujeres, yo me borro de feminista.

Afortunadamente, la sangre no llegó al río. No se ha aprobado ninguna ley que impida a las niñas acudir al colegio con

el cabello cubierto, hay centros que siguen optando por la línea dura prohibicionista pero hay tantos otros centros que abogan por la serenidad y el diálogo. A la médica argelina Fatiha le sorprendió entonces el cambio en la actitud de la gente a partir de esta polémica. «Yo trabajo en escuelas y los niños y las niñas me han empezado a preguntar todo el rato: ¿por qué lleváis el velo? Esto es curioso porque en las escuelas de Barcelona siempre hubo niñas que llevaban el *hijab*.»

En Marruecos hay muchos padres que intentan impedir que sus hijas utilicen el *hijab* como aquí hay adolescentes que se incrustan un *piercing* a escondidas de sus familias. También por las calles de Barcelona veo a chicas magrebíes con minifalda y plataformas, pero de ellas no hablan las televisiones. Anna Sebastià de SOS Racisme me dijo cuando la entrevisté al calor de la polémica de Fátima: «También se puede pensar que hay adolescentes de otras religiones que tienen la presión de hacer la comunión o la confirmación, y yendo más allá de los orígenes culturales y de las opciones religiosas, valorar que estamos hablando de una chica que, como todas, está construyendo su personalidad. Y que tiene un padre y una madre que la intentan encaminar hacia un modelo de vida que creen conveniente».

Cuidado con quién te protege

Lo que más me escama de toda esta polémica alimentada tendenciosamente es que, cuando en los periódicos y las televisiones la defensa de los derechos de las mujeres pasa a primera página, siempre es para reforzar los sistemas de control sobre toda la población. No es de extrañar que, al calor del pasotismo judicial que permitió a un abusador de niñas ya condena-

do asesinar a Mari Luz, se pretenda aumentar el cumplimiento de las penas de prisión para violadores, pederastas... y terroristas. ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra?

Con el *hijab* pasa lo mismo: las mujeres musulmanas les importan una mierda a nuestros hombres de ley y orden. Si no valoran nuestras vidas ni nuestro bienestar, el de *sus mujeres*, cómo les van a importar las vidas de ellas. Para mí es más que evidente que, cuando dicen defender a las mujeres y a las niñas musulmanas de la dominación familiar masculina, detrás sólo hay islamofobia. La islamofobia que necesitan inculcar-nos los gobiernos occidentales para continuar con las invasiones a Irak, Afganistán, Palestina... Es tan evidente que duele.

«Los tiros van por el camino de afirmación de que hay dos mundos: el civilizado occidental y el bárbaro, inculto, represivo islámico, y los occidentales tienen la misión civilizadora. Toda esta polémica es parte del plan de las potencias occidentales, encabezada por un personaje oscuro como G. W. Bush para apoderarse de las riquezas de aquel mundo “incivilizado”. Si realmente les importaban los derechos de la mujer, ¿por qué Bush y sus aliados colocaron en el poder a unos monstruos como los talibanes y no dijeron nada durante años sobre la imposición del *burka* desde 1994 y sobre la lapidación de mujeres y hombres? Es muy sencillo: Cuando decidieron quitar de en medio a este grupo les guiaban otros intereses, y por eso empezaron a llenar las páginas de los periódicos con las barbaridades cometidas por los talibanes contra las mujeres». Lo dice Nazanin Amiriam, una periodista iraní clarividente y brutal refugiada en Barcelona a la que he entrevistado varias veces.

Ella sabe de lo que habla. El imperialismo occidental «civilizado» y sus guerras, con su impostora defensa de los derechos de las mujeres, es quien aleja cada día más la posibilidad de

que Nazanin regrese a su añorado país. Una mañana quedé con ella para una entrevista. La noche anterior cayó una tormenta impetuosa sobre Barcelona y pasamos al lado de un árbol que había sucumbido al viento. Nazanin me dijo: «Si volviera a nacer, me gustaría ser un árbol. Porque los árboles no se mueven de su tierra a no ser que los arranquen». Tal es el dolor y la determinación de quien vive a la fuerza a miles de kilómetros de sus recuerdos, del lugar donde desearía seguir luchando.

Mis hermanas moras

Gracias a mi apasionado trabajo en el periódico *Andra*, tuve la oportunidad de conocer a muchas feministas de países musulmanes. Los términos siempre son arriesgados y traicioneros, porque la que habla es un feminista occidental, por mucho que me encuentre en los márgenes del feminismo y de occidente. Si ellas son feministas islámicas, nosotras somos feministas cristianas, culturalmente hablando. Porque, entre ellas y nosotras, hay muchas para las que nuestros grandes dioses únicos (y siameses) son agua pasada, pero otras son creyentes, aquí y allí. Lo reconozco: ¡soy fan total de mis hermanas de lucha moras! Una vez tuve a la filósofa egipcia Nawal El Saadawi delante y me quedé extasiada y muda.

Fatiha me lo decía la mañana que la entrevisté: «Yo no digo que mi país sea el paraíso pero hay que conocerlo y verlo para opinar. Siempre se habla de las mujeres sumisas, que no tienen derechos... La gente te pregunta: "Y las mujeres, ¿en Argelia no luchan?" Pues claro que sí, pero aquí no se habla de esto, no se habla de los movimientos feministas, no se habla de las

mujeres que luchan, no se habla de las mujeres que trabajan... Sólo se habla de las mujeres sumisas, que también las hay, claro. Como aquí».

Ellas, las que no son blancas y europeas, cuando se sienten cuestionadas desde el feminismo occidentalocéntrico, son muy listas y acostumbran a darle la vuelta al espejo para que nos miremos nosotras en él.

Mama Samateh es una mujer gambiana que llegó a Cataluña con veintitrés años. Aquí fundó la asociación AMAM, donde debate con otras mujeres de su país sobre la necesidad de terminar con la ablación. Alguna querrá pensar que Mama vio la luz al entrar en contacto con nuestra «avanzada» cultura. Fue al revés. En un viaje a Gambia en 1998 conoció el activismo de GAMCOTRAP, una asociación de mujeres contra la ablación. Ellas le enseñaron cómo trabajar con las emigrantes de su país y convencerlas para que no mutilen a sus hijas. Si alguien en este mundo puede acabar con esta tradición, son mujeres como éstas: con su delicadeza, su inteligencia y su conocimiento de la cultura donde se practica la ablación. Mama me dijo algo cuando la entrevisté que se me incrustó muy adentro: «Vosotras os escandalizáis con esta tradición nuestra, nosotras no entendemos por qué os pegan vuestros maridos». Dio en el clavo: éste es uno de los países con mayor índice de malos tratos hacia las mujeres en el seno familiar del mundo.

En la solapa de *El velo elegido*, Fátima Taleb sonríe con su *hijab* y dice: «No necesito fundamentalistas occidentales que vengan a salvarme sin mi consentimiento, ni leyes que me prohíban vestirme a mi manera». Ella conoce en carne propia la perversidad de esos discursos que pretenden dominarla, con la excusa de salvarla de su cultura. «Si eres mujer perteneciente a una minoría cultural y con un nivel socioeconómico hu-

milde, eres extranjera y no tienes una formación académica, tienes más dificultades para que se tenga en cuenta lo que tienes que decir sobre ti misma y tu forma de vida.»

Ésta es realmente la cuestión: a quiénes se les reconoce la autoridad para nombrarse a sí mismas y explicarse (las buenas) y a quiénes se les arrebata esa autoridad (las malas: putas, emigrantes, gitanas, discapacitadas, negras, moras, lesbianas, transexuales, indigentes, viejas, alcohólicas, maltratadas, yonquis, rebeldes, locas, pobres en general...). Da igual que quien desautorice sea la Iglesia católica, la autoridad médica o académica, los periódicos o algunas feministas. En realidad, no da igual; es mucho más perverso y doloroso cuando quien te arrebata la propia voz es parte del movimiento que nació para liberarnos (a todas).

Las autoras de *El velo elegido* señalan que a menudo el feminismo occidental se centra únicamente en la segregación de género y parece como si las demás formas de exclusión (étnica, cultural, económica) no fueran «su tarea». Pero nos vamos espabilando, aunque sea a la fuerza. Como dice mi perra Sara, «gracias a la emigración, abro la puerta de mi rellano, y las tengo allí». Con sus luchas, con sus contradicciones, con sus esperanzas, con sus alianzas, como nosotras.

El velo íntimo y el tanga

En las últimas décadas, el giro integrista acontecido en algunos países de tradición musulmana (forzado en gran parte por la permanente e insidiosa intervención de EE. UU. y Europa) ha culminado con la obligatoriedad legal de que las mujeres porten siempre en público determinadas prendas. Para estos gobiernos, la imagen de uniformidad en las mujeres es símbolo de su autorita-

rio poder. No conozco a ninguna musulmana que reivindique el *hijab* y defienda además su imposición para toda la población femenina, aunque no dudo que las habrá. El patriarcado no se encuentra en el *hijab*, sino en la prohibición u obligatoriedad de llevarlo. Pero el río está muy revuelto, y hoy se cuestiona la capacidad de elección de cada mujer y el *hijab* ha sido tan electrizado políticamente que ni puede tocarse. Muerde.

La socióloga de origen egipcio Lena de Botton ha decidido aguantar los calambres en sus manos y preguntarle a ese pequeño y rabioso trocito de tela qué significa para las mujeres que lo llevan. Al margen de su uso político, para muchas musulmanas el *hijab* tiene un sentido personal, íntimo, que a nosotras puede escapársenos por lejanía cultural y que Lena desentraña: «El *hijab* permite a las mujeres la continuidad entre dos espacios sociales, el privado y el público». Ayuda a delimitar lo que cada una muestra o expone de sí misma hacia el exterior. Por tanto, les confiere seguridad y protege simbólicamente de las miradas ajenas lo que ellas no desean compartir, lo que es tan sólo suyo y de las personas que ellas consideran su entorno más íntimo.

Cuando Carmela estuvo en Marruecos hace unos años, fue a visitar un *hamman*. Se quedó prendada de la complicidad y del calor en aquel círculo exclusivo de mujeres. Quizá en la calle todas vayan tapaditas, mucho más que nosotras, pero en los baños públicos se muestran, se tocan, se cuidan, con una íntima desnudez desconocida en nuestra cultura occidental cristiana. Carmela fue recibida sin preguntas, una mujer mayor comenzó a masajearla por todo el cuerpo con vigoroso cariño y nuestra perra salió llorando del *hamman* por la emoción de haber recibido inesperadamente tanta generosidad.

Está claro que ellas y nosotras tenemos distintas vivencias de lo que es público o íntimo. Cuando Carmela se reencontró

al salir del *hamman* con Gaizka y Dudu, sus compañeros de viaje, ellos le preguntaron: «¿Te has excitado entre tantas mujeres desnudas?» No es maliciosa la pregunta; en nuestra cultura, un grupo de personas adultas y desnudas interaccionando físicamente sólo puede ser una orgía. Y las orgías no son muy habituales, la verdad. En Occidente la desnudez entraña sexo, y el sexo es tabú. Aquí la cristiandad fue eliminando los antiguos baños públicos romanos y condenó la desnudez al pecado, incluso en espacios íntimos. Así que las mujeres en Marruecos, por mucho que cubran su cabello en las calles, gozan de un paraíso privado de libertad corporal y afectiva que a nosotras nos fue arrebatado hace siglos y que no hemos logrado recuperar, salvo en gozosas ocasiones.

Una vez escuché en la tele afirmar a la espectacular *stripper* Chiqui Martí que ella no enseñaba el coño en ninguna playa, que era muy pudorosa. El público y sus compañeros de mesa se echaron a reír. ¿Cómo es posible que esta mujer cuyas tetas, piernas y culo conocemos mejor que los nuestros, diga que es vergonzosa? Yo la entendí: Chiqui lo muestra todo de su cuerpo, menos el triangulito que oculta el tanga. Ella se guarda para sí (y para los afortunados que ella decida) esos centímetros de su gloriosa anatomía. Lo da todo menos su coño, y mantener algo que se reserva y no da le permite recordar que es ella la que muestra y la que ostenta el control. Aunque su trabajo sea desnudarse.

RAWA y la Butler

A veces, cuando me pongo apocalíptica y, como a Shakira, me pesa más la rabia (y el miedo) que el cemento, evoco a las mu-

jerés de RAWA y me siento casi invencible. Ahora mismo mientras escribo, Meena, su fundadora y mártir, vela mi ánimo desde el portarretratos que siempre descansa sobre mi mesa. Asociación de Mujeres Revolucionarias de Afganistán, suena a ciencia ficción, a heroínas de *Mad Max*; lo son. Nacieron durante la resistencia contra la invasión soviética en 1977 y nunca han cesado de defender a las suyas, especialmente cuando los integristas talibanes implantaron el terror, la tortura y el asesinato sistemático de mujeres (con el apoyo de EE. UU., como recordaba Nazanin).

Las mujeres (y los hombres, que también los hay) de RAWA mantuvieron —y mantienen— una red clandestina e imparable de resistencia durante la dominación talibán. Ofrecían asistencia médica y clases de informática e inglés a las mujeres y las niñas aisladas en sus casas. Su osadía estaba castigada con la muerte. Conocí a Behjat en diciembre de 2000, su madre ya era activista de RAWA. Cuando le preguntamos por el *burka* nos dijo: «¿Cómo creéis que podemos ser irreconocibles y continuar con nuestro trabajo clandestino?». La asfixiante prenda que simboliza la dominación absoluta sobre las mujeres y las invisibiliza, ha sido la mejor aliada de las heroínas de RAWA. Desde entonces, cuando veo una silueta dando cuerpo a un *burka*, ya no sólo siento humillación y rabia. Sonrío e imagino que, bajo la gruesa tela, se esconde una de ellas.

La filósofa lesbiana estadounidense Judith Butler reflexiona en *Deshacer el género* acerca de los límites de la viabilidad humana y sobre los agentes que luchan sin tregua para revenir esos límites y ser viables. «A algunos humanos no se les reconoce en absoluto como humanos, y esto conduce a otro orden de vida inviable». Así ocurre en situaciones extremas de represión y aniquilamiento. Cuatro ejemplos: las mujeres en

Afganistán; los y las sin papeles; las mujeres torturadas por sus padres, maridos o novios, y los hombres y mujeres transexuales que batallan todos los días para afirmar un género que les es socialmente negado en cualquier rincón de este mundo. Sólo hay que abrir un libro de historia para echarse a temblar. «El pensamiento sobre una vida posible sólo puede ser entretenimiento para quienes ya saben que ellos mismos son posibles. Para aquellos que todavía están tratando de convertirse en posibles, la posibilidad es una necesidad.»

Las autoras de *El velo elegido* se acuerdan también de las activistas de RAWA —imposible olvidarlas— y conectan su extrema valentía con el concepto butleriano de «vidas no vivibles». Reproduzco sus palabras con pulso enfebrecido: «Llegados a este punto, debiéramos preguntarnos en qué lugar se desarrollan estas vidas no vivibles, no contempladas, no pensables desde la normatividad de género. Pues bien, podemos afirmar sin rodeos que RAWA representa uno de esos espacios, que poco a poco están consiguiendo un reconocimiento verdaderamente revolucionario, ya que están convirtiendo lo «no vivible» en lo posible, aunque esté prohibido. Ellas nos están diciendo que bajo ese *burka*, las mujeres tienen capacidad para decidir, transformar y rebelarse ... Ellas han dado el primer paso en el camino para no pertenecer a aquellas vidas que no pueden ser imaginadas».

El feminismo y sus prendas

«Cuando analizamos la cuestión del *hijab*, no podemos olvidar la larga tradición que tiene el feminismo respecto al análisis crítico de las imposiciones o prohibiciones respecto a la in-

dumentaria femenina», afirman las autoras de *El velo elegido* y señalan varias prendas que han focalizado las luchas de las mujeres por su autodeterminación (sujetador, pantalón, minifalda). El cuerpo y la vestimenta de las mujeres siempre ha sido campo de batalla, de control y de emancipación. Para una joven de familia ultraconservadora, ponerse una minifalda es un acto de insumisión. Para mi amiga Marta —que es una bolera marimacho—, que le obliguen a llevar falda en la cafetería donde trabaja es una pequeña humillación cotidiana que acepta por dinero y sobrelleva con risas.

Para las activistas de RAWA, descubrirse el rostro y maquillarse colectivamente es un acto de resistencia, de rebeldía. Aunque para muchas feministas occidentales pintarse la cara sea un signo de sumisión a los cánones estéticos. La cineasta y compositora vietnamita Trint T. Minh-ha, lo explica así: «Si el acto de develar tiene un potencial liberador, de la misma manera lo tiene el acto de velar, depende del contexto del velo, de cómo y dónde ven las mujeres la dominación». Esto que parece tan evidente, a veces hay que explicarlo.

Mi amiga transexual Janna me explicó hace cinco años en un autobús cómo empezaba a disfrutar el poder que le daba su recién estrenado aspecto de tía buena y cuánto le encantaba la galantería de los hombres hacia ella. Para mí, que estoy hasta el coño de toparme con esos galanes tan nada de película, el entusiasmo de Janna fue una revelación. No se puede obviar el contexto de cada una: a ella le ha costado mucho que los hombres la traten como a una señorita y no como a un maricón. Pero también entendí que, a través de ella, podía entrever recovecos de la feminidad que a mí se me habían escapado. Aquella conversación de seis horas —lo que tardó el autobús en llevarnos de Irún a Barcelona— es otro de los orígenes de este libro.

Si el *hijab* se relaciona misteriosamente con la sumisión de las mujeres a la autoridad patriarcal, a la minifalda se la acusa de desatar el deseo sexual masculino de manera irrefrenable. Y no se trata de un prejuicio trasnochado. El 17 de agosto de 2008, decenas de mexicanas en minifalda y escotazo se congregaron frente a la catedral metropolitana para decirles a los obispos que, si lo hombres las agreden sexualmente, no es culpa de tan exigua tela. ¿Hace falta recordar las miles de mujeres violadas y asesinadas en Ciudad Juárez, otro espantoso ginecidio de nuestros días? (No puedo, a veces siento que no puedo con este mundo heteropatriarcal. ¿Alguien conoce otro planeta adonde escaparnos?) Días antes, el episcopado había publicado un amplio texto con sus iluminadas reflexiones acerca de la violencia machista: por supuesto, una vez más, la culpa era de las mujeres por andar provocando por ahí semidesnudas y pintarrajeadas.

Sentencias minifalda

En la jurisprudencia española existen las llamadas «sentencias minifalda». (A mí esto me suena muy poco serio viiendo de esos hombres de largas togas). En nuestros tribunales, apenas se aplican los agravantes de homofobia o racismo y ni siquiera existe el precedente legal de transfobia. Sin embargo, la circunstancia de que una mujer lleve minifalda puede acortar la condena de su agresor. La más sonada de estas perlas jurídicas es obra del inolvidable juez Rodrigo Pita que condenó a un señor de Lleida a 40.000 pesetas por abusos deshonestos a su empleada de 17 años, aunque señaló que la joven «pudo provocar, si acaso inocentemente, al empresario con su vestimenta». (Para colmo inocentemente, ni siquiera por propia voluntad.)

No hace falta señalar que la vestimenta era una diabólica minifalda. Esta sentencia fue emitida en febrero de 1989 y respaldada por el Tribunal Supremo palabra por palabra años después. Recuerdo el revuelo con nitidez. Yo tenía quince años, estaba en el instituto y fue mi primer contacto con un grupo feminista. Bego y yo acudimos a una reunión con otras alumnas y dos profesoras. Estábamos comentando la célebre sentencia cuando una de las profesoras, arropada por la intimidad del grupo, dijo: bueno, es que hay algunas chicas que llevan faldas demasiado cortas. Todas asintieron, si mal no recuerdo. Era la última chorrada que esperábamos escuchar en un ambiente feminista y a Bego y a mí se nos fueron las ganas de volver a reunirnos con ellas.

A pesar de aquel estúpido comentario, recuerdo la extraordinaria agitación de mujeres de aquellos años. Iruñea amanecía empapelada por carteles antiaborto en los que se mostraba un bodegón a camino entre las fotos de residuos de Cindy Sherman y una lata de chipirones en su tinta. Los provida aseguraban que aquello era un aborto humano, nadie nunca les preguntó donde encontraron el modelo. Hace unos días, Josune Heredia me contaba sus recuerdos sobre aquellas tensas concentraciones frente a los juzgados donde se estaba procesando a médicos por practicar abortos y las *gentes de bien* agredían a las feministas. Y la policía cargaba contra ellas. Josune me habló también de manifestaciones de mujeres en minifalda protestando contra la célebre sentencia, como las de México este verano. (Todavía hoy la presión del Opus es tan amenazante que ningún cirujano tiene la osadía de practicar un solo aborto legal en Navarra.)

Por aquel entonces el siempre iluminado arzobispo de Iruñea lo dejó también muy claro: cuando las mujeres regre-

saban a sus casas tempranito para rezar el radiofónico rosario y no andaban por ahí al caer la noche buscándose la mala suerte, no pasaban estas cosas. (Pobrecitos, nunca lograrán superar la nostalgia franquista.) No le falta razón a este entrañable señor, si te recluyes en el hogar es más fácil que te viole tu padre, tu marido, tu tío. A las mujeres tienen que poseerlas los hombres de la familia, no un extraño cualquiera en un portal oscuro.

Como decíamos el juez Pita y yo, cuando sales de casa embutida en lencería y enseñando las cachas, es más fácil que los viandantes machos con los que te cruces no logren reprimir su imperiosa necesidad de interpelarte de alguna manera. Aunque el referido hombre de ley y yo no coincidimos en señalar la parte responsable. «Si la imagen de feminidad se vende siempre relacionada con el deseo masculino es un problema masculino, así que basta ya de discutir gilipolletas. Son problemas de ellos que tienen que solucionar ellos. Si a mí me apetece ponerme una minifalda o salir con un corsé es una cuestión identitaria mía, ningún macho me lo ha impuesto. Al macho le pone cachondo que yo lleve un corsé, punto», afirma Vero con la habitual rotundidad que nos cautiva.

Pero el problema es que el susodicho juez no está solo en su análisis. Culpar a las mujeres como provocadoras de los desmanes en el irrefrenable deseo masculino es una costumbre tan incrustada en la conciencia histórica colectiva que no sale ni con acetona. Hay minifaldas demasiado cortas antes que hombres demasiado violentos.

Las moras son sumisas por anudarse un *hijab* y nosotras somos putas por enseñar los muslos. Todas tenemos que soportar la violencia secundaria de quienes dicen defendernos. Todas tenemos que aguantar que se nos trate como a estúpidas, que se nos enfoque con una luz muy blanca, pretenciosa y estigmatizante, que se nos arrebate la propia voz con la excusa de que no sabemos lo que decimos. Todas calibrámos al salir de nuestras casas cada día que, lo que llevemos o no llevemos encima de nuestros cuerpos, condicionará la tranquilidad, el rechazo o la incomodidad en nuestro contacto con el mundo exterior. Todas desearíamos a veces ser invisibles.

Yo propongo desde aquí una gran manifestación de moras y cristianas, con minifaldas y *hijabs*, encontrarnos y mezclarnos hasta ser irreconocibles, gritar juntas: dejadnos en paz, no necesitamos vuestra amenazadora protección.

Oda al coño de Annie Sprinkle

El pasado mes de junio volvimos a encontrarnos con Annie Sprinkle, nuestra Mamma Posporno, nuestra Perra Alfa. La cita fue en las jornadas FeminismoPornoPunk celebradas en Arteleku. Annie y su novia Beth Stevens comenzaron deleitándonos con una conferencia conjunta sobre sus trayectorias como artistas hasta que, en un momento dado, estas dos mujeres cincuentonas y risueñas se volvieron locas. Soltaron los micros y se pusieron a follar encima de la tarima como lobas en celo. Ellas se entregaban al placer animadas por un público cómplice hasta que, tras unos minutos, la música volvió a relajarse. Annie y Beth recuperaron la verticalidad y la palabra.

Que dos mujeres postmenopáusicas follen en medio de una conferencia sobre arte feminista dentro de un museo rodeadas de perras que somos más manada que audiencia y, para colmo, en mis católicas tierras vascas, es para mí el paraíso que nunca me atreví a soñar.

En 1996, en mi último año de carrera, Managaitz, el grupo de chicas en el que participaba en el campus de Leioa, decidimos celebrar el 8 de marzo de una manera diferente. Estábamos

mos hartas de organizar jornadas y conferencias a las que sólo acudíamos nosotras, así que construimos un coño de plástico rosa de dos metros por metro y medio y lo pegamos en una de las dos puertas de entrada al edificio central. Para acceder al interior, había que abrir los labios de nuestro superchocho. Era muy agradable, olía a muñeca. Pero fue turbador. Había gente a la que le encantaba la idea y pasaban por el coño una y otra vez y gente que se asustaba, como si estuviera delante de Godzilla.

Una profesora se nos acercó encolerizada y nos dijo: «Yo soy feminista, vosotras no sé qué seréis pero no sois feministas, estáis escenificando la violación colectiva de una mujer». Joder, qué retorcida, le dije yo. ¿Por qué la violación, por qué no el polvazo? ¿Por qué no se lo está pasando bien nuestro chocho gigante? ¿Por qué el feminismo tiene que ser a veces tan puritano? Desgraciadamente, no tengo ninguna foto de aquel día pero es una de las acciones más bonitas que he ideado y llevado a cabo nunca. Y preconizó otro lugar propio desde el que hacer política en el que, desde entonces, estoy felizmente inmersa. Situándome desde mí misma y desde el centro de mi deseo.

Por aquel entonces, yo no había oído hablar de Annie Sprinkle. No sabía que esta jovencita judía y tímida llamada Ellen Steinberg se reinventó como Annie Sprinkle (rocío, humedad), la zorra más caliente y subversiva de la galaxia. No sabía de sus comienzos como actriz porno en los locos setenta, ni que después le asaltaron las ganas de investigar su propio lenguaje porno-filmico y realizó un montón de películas. Y que un día quiso ir más allá y exhibir lo que ninguna mujer había mostrado de su desnudez voluntaria y alegremente hasta entonces.

Ella se despatarraba en un sillón, con la vagina dilatada por un espéculo y entregaba a quien quisiera ver su cérvix una linternita. He visto las míticas imágenes. Annie, maquillada, escotada y divina como siempre sonríe con su habitual dulzura. Y las espectadoras —de todo género— le dicen: gracias, es muy bonito. Esa sonrisa de la puta que controla la situación, de la actriz porno que dice «queréis mi coño, pues os lo voy a enseñar hasta el fondo», es el paradigma de lo que yo pienso que suponemos las perras sin collar en este mundo heteronormativizado.

No sabía que para Annie, como feminista que es, el orgasmo femenino, tan menospreciado en el porno, era una prioridad. Otra de sus obras consiste en subir en el escenario a un buen número de mujeres y enseñarles a correrse con la respiración, como maestra de ceremonias lúbrica que es, ante el deleite del público. No sabía que Annie fue también trabajadora sexual fuera de la cámara, que es una gran defensora de la dignidad y de la seguridad de las putas y que batalló, en aquellos oscuros años de la era Reagan cuando las feministas antipornografía se aliaron con la extrema derecha, por la libertad sexual de las mujeres. No sabía entonces que Annie va repartiendo por el mundo diplomas por «los servicios sexuales prestados a la comunidad» como el que ahora tengo en mis manos.

Por fin tuve la suerte de conocer a Annie Sprinkle hace cinco años en Barcelona en la Maratón Posporno. El MACBA estaba a rebosar de admiradoras suyas y ella nos cautivó con *Mis treinta años de puta multimedia*. Oírla relatar sus correrías como actriz, directora de porno, artista, *show-woman* y doctora en sexología me produjo tanto placer que empecé a menstruar allí mismo como perra en celo. Entonces Annie nos

explicó que «posporno es material sexual explícito, que no es necesariamente erótico, suele ser más irónico, más político, más experimental, más espiritual, más feminista, más alternativo, más intelectual que el porno. El posporno también está hecho para excitar, pero no únicamente a los hombres, y también está hecho para pensar, experimentar, dialogar». Y concluyó su conferencia al grito: «Si no os gusta la pornografía que existe, cread vuestro propio porno». Y nos pusimos a ello.

Pero en 1996, mientras nosotras colgábamos el chocho gigante en la puerta de nuestra universidad, yo todavía no sabía que Annie ya había proclamado la Nueva Era Posporno hacía cinco años en su autobiografía pornopolítica *Post Porn Modernist*. De haberla conocido entonces, le hubiera contestado a la encolerizada profesora que nos acusó de no ser feministas y de estar escenificando la violación colectiva de una mujer: Señora, ¡somos perras feministas, de la manada de Annie Sprinkle!

Glosario de perras

VERO aquella noche volvía de actuar en un espectáculo, agotada. Entró en una cafetería y trató de buscar la cartera dentro su maleta. La camarera empezó a maltratar a Vero sin razón alguna. Vero regresó a su casa. Se desnudó. Se metió en la cama. No conseguía calmarse... Volvió a vestirse y regresó al lugar encolerizada. Mataría por ver la cara de pavor de la estúpida camarera ante la imagen de Vero que vuelve a preguntarle: «¿Por qué coño me tratas tan mal?» ¡Viva la Vero y su maravillosa mala leche!

PAULA organizó hace poco una cena en su casa. Allí estábamos muchas de sus amigas, hacía tiempo que no coincidíamos. Empezó la música y, de pronto, todas queríamos ser tan rubias como Paula. Ella sacó las pelucas que utiliza para atraer a los clientes y la sala se llenó de maricas y chicas oxigenadas.

MAJO ha participado en los últimos meses en varias peleas de perras. Las perras (nuestras amigas) son mostradas al público cual animales. Después deben utilizar todos sus recursos de lucha —incluido el sexo— para expulsar a sus contrincantes del cuadrilátero. Majo siempre gana a todas.

MÓNICA. Hace unos años, un grupo enorme de gente nos dirigíamos en metro de madrugada a una fiesta en una casa okupada (de las que ya no se permiten en esta ciudad). El vagón estaba lleno de maricas y Mónica, en medio de todos ellos, trataba de convencerles de que, en realidad, eran heteros en el armario. Los chicos se reían mucho con ella. También deleitó a tan encandilado público con uno de sus números más famosos: soy Normal Duval, monógama y heterosexual.

MARIANA estaba eufórica aquel 28 de junio, como siempre. Semi-desnuda, fusta en mano y al grito de «sois unas bollerías, unas putas», azotaba a todo cuerpo que se pusiera en su camino. Primero éramos nosotras y las participantes de la manifestación. Después se abalanzó sobre los transeúntes atónitos: familias, viejecitas... tuvimos que detenerla cuando divisó a dos niñas chinas.

BEGO acudió hace bastantes años a una cena de empresa con su falda roja con lunares blancos. Uno de sus compañeros le dijo: «Cómo vas con esa pinta, ¿es carnaval?». Aclaro que en Iruñea, donde entonces vivía nuestra perra, los límites de la normalidad son muy estrechos. La tremenda Begoña respondió: «¿Quién te ha dicho que a mí me gusta tu puta camisa de rayas?».

LAURA tiene un arma muy potente de perturbación masiva. Descarga sus terribles gases y neutraliza a todo el mundo. Le encanta hacer el experimento en el metro, cuando hay mucha gente. Se tira un pedo y, como ella es tan bonita y menuda, nadie la acusa con la mirada. Se ríe para adentro cuando nota que los pasajeros se apartan del hombre más voluminoso que haya en el vagón.

CARMELA se despedía de una clase de instituto donde había trabajado como profesora sustituta. Un grupo de niñas empezó a corear «perras todas, perras todas» mientras arañaban los pupitres. Carmela no daba crédito. «Nunca les había contado nada de mi vida, pero me detectaron», me dijo riendo.

PILAR llegó una tarde a mi casa. Hacía horas que insistíamos para que se animase a venir, ella estaba de domingo familiar con su marido y su hija. La esperábamos borrachas, travestidas y bailando. Enseguida se puso mi traje de corista verde esmeralda de plumas. Y fue poseída al instante por el espíritu de alguna *vedette* que se apodera de ella a menudo. «¡Joder, qué bien que me hayáis sacado de casa!»

HELEN regresa a su casa agotada tras una orgía. Su hijo —preciosura de seis años— se le tira encima. Ella le dice que está muy cansada. El niñito le contesta: ¡quieres follar con todo el mundo menos conmigo! Los dos ríen, se abrazan y quedan dormidos.

ALFREDO tenía una relación muy especial con nuestra perra Thibo. Cada uno tenía un álder ego travesti. A veces follando eran dos maricas y otras, dos chicas de pelucones multicolor, medias rotas y maquillaje exagerado.

SARA practica a menudo una técnica irresistible para provocarnos. Cuando, al calor de la noche, nos abalanzamos sobre ella y sobre sus tetas, ella nos dice: «No me hagáis esto, que soy madre». Otra noche, Carmela y ella localizaron unos camisones blancos de puntilla en el fondo de La bata de Boatiné. Las dos cantaban a coro: «Soy un putón de primera comunión».

Contra-agradecimientos

A mi padre, que siempre me decía: eres una gran emprendedora pero nunca terminarás nada. Me enseñó la debilidad del patriarcado.

A todos los macabros profesores (y profesoras) del Opus Dei con los que topé en el instituto público de Iruña y que trataron de hacerme la vida imposible, a pesar de que era buena estudiante. Aprendí a combatir los poderes en la sombra.

A un novio talibán con el que malgasté tres años de mi vida mientras me saboteaba para que no escribiese. Entendí que merecía algo mejor que lo que habían tenido mi madre y las mujeres de su generación.

A una novia sicópata que se reía de mí cuando escogía algún vino caro en un restaurante. Desidealicé a las mujeres.

A todos los trabajos de mierda donde me han explotado. Supe que llegaría más lejos.

A todos los imbéciles que nos prefieren mudas y muertas. ¡Aquí estamos, deslenguadas y jodidamente vivas!

A todas las arrogantes que leerán este libro sólo por el gusto de criticarme. ¡Tenéis para rato!

Agradecimientos

A Maro Díaz – Lolito Power (por su arrebatado apoyo a prueba de bombas, bajones y desesperanzas varias).

A mi bioamatxo Maribel Ziga y a mi biosister Ainhoa Ziga (por construir conmigo esta gozosa supervivencia y por quererme como soy).

A las mujeres de TAMAIA, y en especial a Beatriu Massià (por ayudarme a pasar página sin perder el aliento ni la memoria).

A las impulsoras del periódico *Andra* (por descubrirme el único periodismo que merece la pena).

A las doce perras que me han contado su vida y milagros para este libro: Verónica Arauzo, Majo Pulido, Paula Rodríguez, Begoña Periñán, Mariana Etxeberri, Mónica Boix, Laura Santone, Helena Torres, Carmela Roch, Sara Arnau, Alfredo Pestana Mota y Pilar Jiménez (por su generosa confianza y porque sin ellas este mundo sería para mí inhabitable).

A Virginie Despentes y Beatriz Preciado (por ser mis madrinas y creer en mí hasta cuando me veo borrosa).

A José Pons Bertrán, mi editor (por ser uno de esos pocos hombres valientes a los que les gusta rodearse de mujeres rabiosas).

A las chicas de Melusina, Ana S. Pareja, Carmen Villa y Carol París (por facilitarme tanto las cosas).

A Olga Muedra y Rafa Molina (por ser mi puerto seguro en esta ciudad en la que a veces naufrago).

A Errikerta Barriuso (por ser el héroe despistado de mi cuento).

A Eugeni Rodríguez (por enseñarme a celebrar cada pasito de este libro).

A Mònika Barrero (por entusiasmarse con el retrato de las perras).

A Erika Gasparini (por sacar a Bego tan flamenca y tan guapa).

A Iván Lozano (¡por esta maravillosa portada!).

A Fernando García (¡por esta pedazo web perruna!).

A Óscar Navarro y Juan Carlos González (por el vídeo promocional más etílico).

A la peluquería María Dolores (por ponernos tan divinas).

A otras perras de nuestra manada que han estado —y siempre están— cuando aúllo en su busca: Míriam Cameros, Ainhoa Resano, Elena-Urko Pérez, Diana Junyent pornoterrorista, Sandro Vigliano, Michael Andrew Clark Bisbal, Rodrigo Pérez de Eulate, Miquel Gratacós, Muriel Toussaint, Eduard Sánchez-Pasquala, Pere Costa, Guillermina Morales, Xabier Zelaia, Alfon Báguena, José María Macías, Zoulikha Las Estrellas, Diego García, Marcos Martínez... y tantas más.

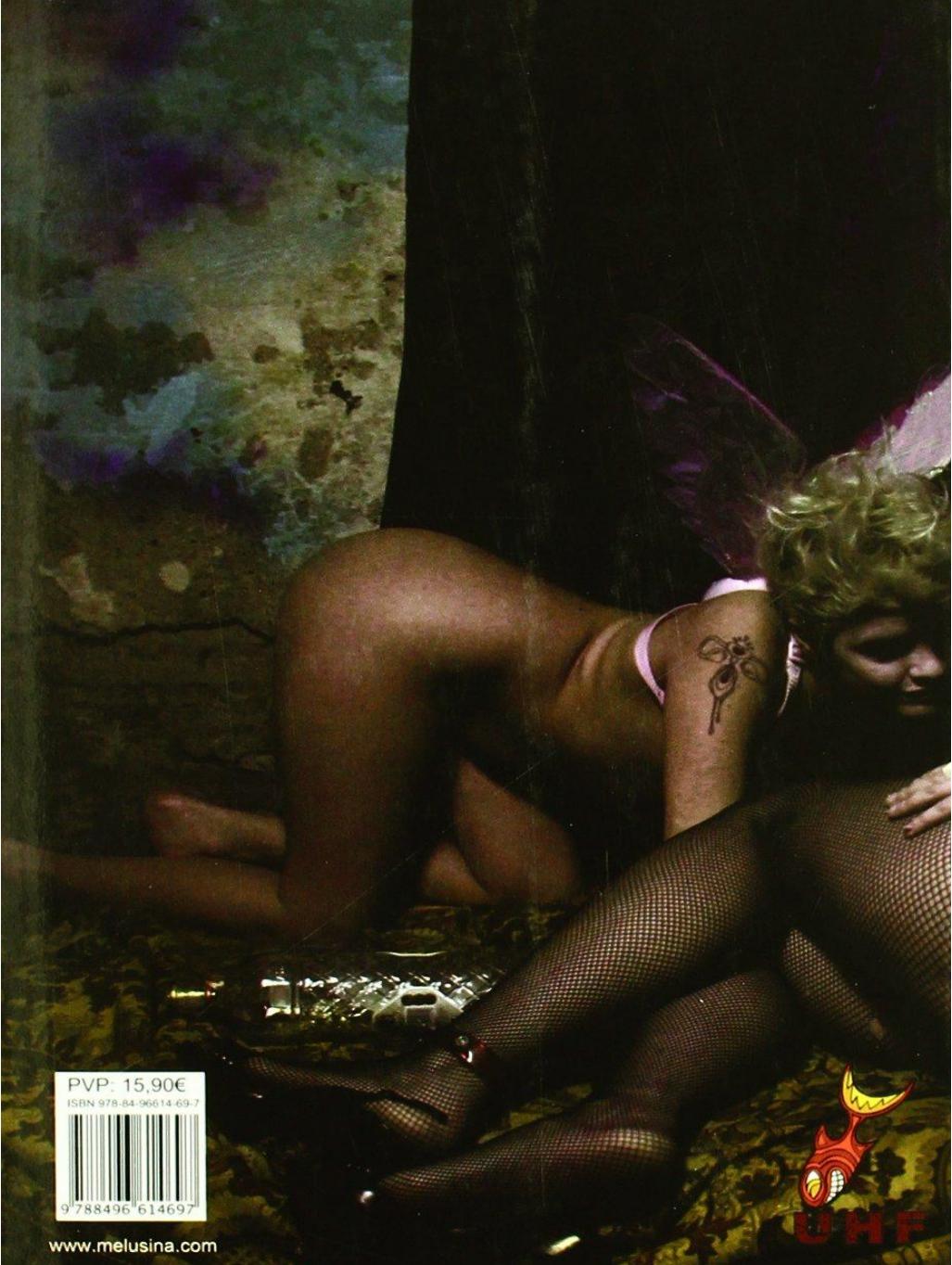
Bibliografía

- ALASKA, *Transgresoras, Las mujeres que cambiaron su mundo*, Ediciones Martínez Roca, Madrid, 2003.
- ARAUZO, Verónica, *Aventuras y desventuras de una puta trans en el extranjero*, en el blog La Quimera Rosa (<http://laquimerarosa.blogspot.com>).
- BUTTON, Lena de, PUIGVERT, Lidia y TALEB, Fátima, *El velo elegido*, Ediciones El Roure, Barcelona, 2003.
- BUTLER, Judith, *Deshacer el género*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2006.
- CORSO, Carla, *Retrato de intensos colores*, Editorial Talasa, Madrid, 2000.
- DESPENTES, Virginie, *Teoría King Kong*, Editorial Melusina, Barcelona, 2007.
- GALINDO, María y SÁNCHEZ, Sonia, *Ninguna mujer nace para puta*, Lavaca Editora, Buenos Aires, 2007.
- GÓMEZ, Paloma, *Anorexia nerviosa, una aproximación feminista*, (del libro, *Piel que habla, viaje a través de los cuerpos femeninos*), Icaria Editorial, Barcelona, 2001.
- Grupo DONES I TREBALLS (varias autoras), *Malabaristas de la*

- vida: mujeres, tiempos y trabajos*, Icaria Editorial, Barcelona, 2003.
- KIMBALL, Nell, *Memorias de una madame americana*, Editorial Sexto Piso, Madrid, 2007.
- LEMEBEL, Pedro, *Loco afán*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.
- LUNCH, Lydia, *Paradoxia. Diario de una depredadora*, Editorial Melusina, Barcelona, 2008.
- OSBORNE, Raquel, *La construcción sexual de la realidad*, Editorial Cátedra, Madrid, 1993.
- OSBORNE, Raquel, *Historias de buenas y malas: las perversas maniobras del patriarcado*, artículo publicado en el periódico *Andra*, junio de 2002.
- PHETTERSON, Gail, *El prisma de la prostitución*, Talasa Ediciones, Madrid, 2000.
- PRECIADO, Beatriz, *Testo yonqui*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 2008.
- RODRÍGUEZ, Eugeni y PUJOL, Joan, *Dels drets a les llibertats. Una historia política de l'alliberament GLT a Catalunya (FAGC 1986 – 2006)*, Editorial Virus, Barcelona, 2008.
- VIDARTE, Paco, *Ética Marica. Proclamas libertarias para una militancia LGTBQ*, Editorial Egales, Madrid, 2007.
- ZIGA, Itziar, artículos publicados en el periódico feminista *Andra*:
- *Una luz en la noche de Afganistán*, enero de 2001
 - *El desvelo de Fátima*, abril de 2002
 - Entrevista a Annie Sprinkle, julio de 2003
 - Entrevista a Beatriz Preciado, abril de 2003
 - Entrevista a Mama Samateh, junio de 2001
 - Entrevista a Paloma Gómez, enero de 2002
 - Entrevista a Pilar Mora, marzo de 2002

Las perras en el ciberespacio

- blog de Mariana: mariannissima-airlines.blogspot.com
- blog de Helen: <http://helenlafloresta.blogspot.com>
- blog del colectivo post_op (Majo): <http://posporno.blogspot.com>
- blog del grupo de teatro Maripili (Pilar): <http://maripiliteatro.blogspot.com>
- blog de ex_dones (Mónica e Itziar): <http://exdones.blogspot.com>
- blog de manada: <http://hastalalimusinasiempre.blogspot.com>
- blog de Lolito Power: <http://1hombredeverdad.blogspot.com>
- pagina web de Diana Junyent, pornoterrorista: <http://pornoterrorismo.com>
- blog de nuestras hermanas vascas, Medeak: <http://medeak.blogspot.com>



PVP. 15,90€

ISBN 978-84-96614-69-7



9 788496 614697

www.melusina.com

